

MARIO MONTEFORTE TOLEDO en Madrid

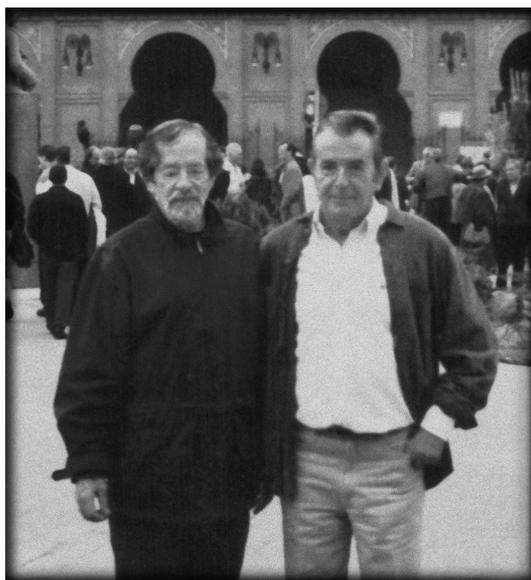
CONFERENCIAS Y GRABACIONES
1995 - 1999



JUAN JOSÉ SUÁREZ LOSADA

MARIO MONTEFORTE TOLEDO en Madrid

CONFERENCIAS Y GRABACIONES
1995 - 1999



JUAN JOSÉ SUÁREZ LOSADA

Primera edición, 2018

© Fundación Mario Monteforte Toledo

ISBN: 978-9929-716-61-2

Autor

© *Juan José Suárez Losada*

Editores

José Luis Perdomo Orellana

Pepo Toledo

Diseño de portada y diagramación

Karla Roxantha Cárdenas Palacios

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos, sin permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Índice

Presentación.....	9
Prólogo.....	11
Introducción.....	13
23 de junio de 1995–Casa Lucio.....	21
24 de junio de 1995–Desayuno en Acquafredda.....	39
26 de junio de 1995–Islamismo.....	53
14 de octubre de 1995–Economía.....	59
12 de octubre de 1996–Guatemala del siglo XXI.....	71
15 de noviembre de 1996–Chicote–Neruda.....	101
14 de noviembre de 1997–Pintura guatemalteca.....	111
10 de mayo de 1998–Inicio Cerezo.....	131
22 de septiembre de 1998–Nacionalidades.....	153
23 de septiembre de 1998–Café Comercial.....	179
24 de septiembre de 1998–Lhardy–Borges.....	195
10 de marzo de 1999–Cervecería Alemana.....	203
28 de agosto de 1999–Recordando a Miguel Ángel Asturias.....	219
2 de octubre de 1999–Puerta del Sol / Toros.....	231
Biografía conversada.....	247

**A Regina y Pepo Toledo,
con afecto vitalicio**

Presentación

Los griegos solían escribir que las ciudades se acreditan merced a la valía de sus habitantes. Son éstos los que, con su inteligencia, acaban definiendo la importancia de la urbe en que nacieron. Son los que producen la cultura, como seña de identidad de un territorio. Hoy nos acompaña un certero ejemplo de este principio básico.

Juan José Suárez Losada ha colaborado a dar brillo y esplendor a su entrañable ciudad natal. Lo ha hecho desde múltiples facetas, como los grandes polígrafos de cuna coruñesa (Menéndez Pidal, Salvador de Madariaga, Fernández Florez, José Cornide, Martínez Barbeito...).

Juan José Suárez une a su perfil polifacético una cultura enciclopédica, fruto, naturalmente, de sus cromosomas y de una educación polivalente durante la que fueron asimilados los mejores conocimientos. La experiencia posterior cimentó aquella erudición, convirtiendo a J.J., como le llaman sus amigos, en un hábil conversador, en un instructivo tertuliano, en una inagotable manía de sabiduría, en un humanista cosmopolita. Su pasaporte indica que ha recorrido prácticamente todo el mundo. Su actual residencia barcelonesa le permite disfrutar de una atalaya moderna acerca de lo que ocurre en Europa. Es abogado, diplomado en Derecho Tributario; asesor fiscal; estudioso de la nueva psiquiatría; crítico literario y de arte; experto en temas taurinos; virtuoso del jazz; y analista filosófico.

Aparte de ser notario, profesión que le ha permitido saborear la geografía del país, J.J. escribe poesía, novelas, ensayos

y relatos cortos, y en su adolescencia logró un premio nacional de literatura por *Los desplazados*, cuyo título era una premonición. En el transcurso de su dilatado y sensible peregrinaje literario ha publicado diversos libros y, ahora, los lectores solicitan la reedición de tales trabajos.

Ha pronunciado conferencias sobre casi todo, teniendo en cuenta que, además, juega bien el golf, al tenis y a los bolos americanos, especialidad, esta última, de la que fue campeón varias veces. Un personaje así, está obligado a disfrutar de una generosa biblioteca (la de Juan José reúne más de diez mil volúmenes) y a cultivar con singular aprecio la buena gastronomía (Juan José dispone de una acreditada vinoteca con ejemplares licorosos con más de cien años de antigüedad).

Dicen sus biógrafos que su apabullante cultura la disimula con suavidad gallega, probablemente enaltecida con el *sabor faire* que emana todas las noches de los destellos de la Torre de Hércules, y que salpican el bronco mar del Orzán en el que Juan José se dio frecuentes zambullidas mientras rememoraba algunos pasajes de la Marineda de doña Emilia o degustaba *in mente* alguna acrobacia herculina de Victoriano García Martí o sonreía recordando la desbordante personalidad literaria y física de Puga y Parga, «Picadillo».

D. JUAN RAMÓN DÍAZ
director de *El Ideal Gallego*

Prólogo

No es la primera vez que manifiesto esta certeza: la historia de la literatura escrita en lengua castellana de la segunda mitad del siglo xx y de los años que va cumpliendo el xxi necesitará ser reescrita algún día para que la justicia literaria pinche los globos de tantas glorias mediáticas, creadas por el culto al mercado, a la facilidad y a lo mediocre, y recupere para el público nombres y obras sacrificadas por la moda, el juicio adocenado de una crítica inoperante y la miopía de un mundo editorial que privilegió el afán de ventas por encima de la calidad. ¿Cuántos años tuvieron que esperar poetas excepcionales como Antonio Gamoneda, Francisco Pino o el gran Rafael Pérez Estrada para ser leídos en este país? Nombro a estos tres poetas como ejemplos de creadores casi desconocidos hasta edad muy avanzada —los dos primeros, el tercero murió sin ser apenas reconocido— por, entre otras razones, vivir en ciudades ajenas al ajetreo socio-cultural imperante en Madrid o en Barcelona, lugares cuyos medios literarios se cuecen los repartos de honores mediáticos. Por vivir apartados, o simplemente, por cuestiones de pudor.

Cuando esta supuesta reescritura de la historia de la literatura en lengua castellana salga a luz, nos encontraremos con sorpresas tremendas. En narrativa, concretamente, el lector descubrirá a un escritor realmente excepcional al que sin duda habría leído, traducido al castellano, de haber sido francés, por ejemplo, o latinoamericano o italiano. Sin embargo, este gran escritor es español, coruñés, se llama Juan José Suárez Losada y ha publicado entre otros, tres libros de narrativa excepcionales:

Anacos, *Diagonales* y *Diagonales 2* (reeditados por Endymion, Madrid, 2008); tres libros traducidos a un sinfín de idiomas (incluidos el persa, el árabe, el vietnamita y el chino). Calificado como el Augusto Monterroso español, sus relatos son piezas maestras de esencialidad, ironía y capacidad casi mágica para adentrarnos en lo más profundo de los misterios del ser humano, de la realidad, o de eso que llamamos realidad, y de la vida. Quizá debiera escribir «relatos» con interrogante. La duda tiene su sentido. Con la moda del «relato breve», algunas historias de Juan José Suárez podían ser calificadas como tales, pero en mi modesta opinión, y aunque algunas de sus piezas tengan pocas líneas (o un par de páginas) no les falta nada para ser relatos, a secas, en el sentido en que siempre hemos entendido este género, sea breve o no. Ni microrrelato, ni aforismo, ni poesía, sus textos son inclasificables. En cualquier caso, con sus *Anacos* («fragmento», en gallego), y *Diagonales*, Juan José Suárez convierte la brevedad en un arma que nos conduce a sorpresas infinitas e impactantes, que nos enseñan mucho sobre nosotros mismos y sobre nuestras relaciones con los demás, y, con ironía y humor sumamente elegante, nos abre a conocimientos insospechados sobre cuanto nos rodea.

Suárez Losada ha vivido en distintas ciudades españolas, donde le llevó su trabajo como notario, y ha viajado por casi todo el mundo dando conferencias sobre arte y literatura española, sobre jazz y filosofía, y sobre el toreo, especialidades sobre las que ha escrito en diversas revistas extranjeras. Hace pocos años, fue seleccionado por la Unión Europea para su programa *Tales of Europa*. Es un escritor de culto que ha hecho su obra literaria y crítica al margen de modas. La independencia y la libertad deberían ser categorías consubstanciales al ser del artista: pero, pocos son los que se aferran a ellas para crear una obra. Seguramente porque tienen un precio, claro: no salen por televisión.

ANA MARÍA MOIX, enero, 2013

Introducción

1. Este libro se basa en las conferencias de Mario Monteforte en Madrid. Al hilo de esas conferencias, grabamos varias conversaciones sobre barroco y pintura en Guatemala, la Guatemala del siglo XXI, Vinicio Cerezo, Miguel Ángel Asturias, nacionalidades, Pablo Neruda, Borges y Pessoa, islamismo y religión, economía y empresa, tauromaquia, el mundo femenino y un test que Mario calificó de psicoanálisis gallego.

Curiosamente, las conferencias no las llevaba escritas y para nuestras conversaciones venía cargado de papeles, libros y notas, cotejando fechas y citas escrupulosamente.

El libro acaba con una autobiografía hablada. Fue un proceso de grabaciones en años distintos que Mario constantemente rectificaba, ampliaba, matizaba. Prescindimos de datos puntuales que podían aparecer en cualquier contraportada de sus libros.

2. Conocí a Mario Monteforte a principios de los años noventa. Había un interés especial de varios amigos comunes en ese encuentro.

Mario abrió todas las puertas a una conversación de muchas horas. Dedicatoria especial de su último libro: «A Juan José Suárez, amigo del alma desde hace muchos años y al que conocí hoy». Ese día nació una amistad sin fisuras.

Los mismos vinos. Siempre pensé que una de las cosas más difíciles para el ser humano es gestionar su relación con el alcohol. Y en ese terreno, quizás en el único, Mario y yo nos aproximamos a lo que podía llamarse sabiduría. En nuestras conversaciones, probamos y saboreamos vinos que fueron confortable y templada música de fondo.

Sólo una noche, fiesta en casa de un matrimonio amigo, Mario coqueteó con el whisky. Tonet Lucio había traído a la fiesta a un pianista profesional, Cuco Pérez, que despertó en Mario nostalgias verbeneras.

Y un Mario Monteforte, arrebatado, inició con voz firme su variado repertorio: boleros, tangos, rancheras, corridos y canciones de la revolución mejicana.

Simultáneamente empezó un asalto a seducción armada a una chica veinteañera, que había conocido en la ruta Quetzal.

Y Mario le cantó:

Arráncame la vida
Quiero el rojo de tus venas
Para pintar en mis labios
El fuego de mi condena

Tal cual. La chica asustada y el pianista desconcertado. «El que evita la tentación, evita el pecado», decía San Ignacio de Loyola, pero Mario nunca evitó la tentación porque no creía en el pecado, sólo la palabra le producía urticaria.

Mario parecía haber entrado en trance, en la búsqueda de lo irrealizable, una especie de mística romántica con una chica de veinte años. Pronto se aclaró la situación: lo único que deseaba Mario era la urgente necesidad de consumir bíblicamente una pulsión sexual motivada por la ingesta de agua de fuego.

Al final, la sangre no llegó al whisky. Mario dio abrazos cordiales al pianista, a la veinteañera, a camareros y chicas de la limpieza, incluso a un señor desconocido, con bigote espeso, que venía a dejar un paquete. El señor desconocido de bigote agradeció tanto el abrazo del célebre escritor que prometió regalarle un queso de su tierra.

3. El que crea haber conocido profundamente a Mario en los años noventa, intentando flotar en el mar de sus contradicciones, debe acusarse de ingenuidad.

Mario no era sabio en creencias, sino en experiencia y conocimiento. Y en el mundo de los noventa el conocimiento se había sustituido por la información masiva, y la tecnología ya era un fin y no un medio para llegar a ese conocimiento. Los expertos y especialistas habían dejado su espacio a los datos y las encuestas, y los resortes emocionales y las creencias personales ganaban el partido al conocimiento y la reflexión.

Valle-Inclán decía que le había fallado su época. Mario Monteforte no lo decía pero lo pensaba.

4. A partir de los años ochenta, la transformación global de la economía neoliberal derrotó a la socialdemocracia, fuerza dominante en el siglo xx, que con su admirable

pacto de capital y trabajo, había integrado voto obrero y clase media urbana.

Crecieron las desigualdades y la corrupción, se perdió la fe en la fuerza transformadora del trabajo, la utopía se convirtió en distopía, y los choques generacionales y la fractura entre el mundo rural y urbano contribuyeron al cisma del becerro de oro. La ética ya era un arcaísmo.

La izquierda ya sin nuevas ideas, pedía una democracia y regeneración política, y China, sin democracia ni libertad política, exhibía el comercio más potente y el crecimiento más firme.

Mario con más años que edad, vivía esta ceremonia de la confusión con irritada perplejidad. Sólo respetaba lo respetable y ya casi nada le parecía respetable.

En una conversación grabada quiso centrar su posición política.

—¿Quieres decir que no conoces un caso como el tuyo?

—Ni el centro.

—Ya tienen los biógrafos un punto claro: nunca fuiste de derechas.

—¿Suficiente?

5. Las trayectorias, política y literaria, de Mario Monteforte tenían elementos comunes: sin puntos de fuga ni apriorismos estéticos, lo existencial y lo ideológico convivían escribiendo un relato resistente al tiempo y al margen de códigos, dogmas y cofradías (y con la conciencia de no haber llegado al fondo: esa era la herida).

Su más secreta aspiración: sentirse necesario. Pero no se inventó un alma literaria. Su única aportación religiosa fue mirar al cielo para ver si llovía.

Cuando escribía novela, a veces se cansaba físicamente, nunca anímicamente, demostrando que esa era su auténtica vocación-pasión de la que nunca pudo hacer profesión. Durante muchos años, buscó y no encontró un país en el que pudiera vivir dignamente y exclusivamente de su obra narrativa.

Nunca se consideró pintor, pero sus cuentos sobre la *Biblia* los pintó con palabras. Para él, la técnica en el arte como la ética en el comportamiento nunca debían ser visibles.

Sus certidumbres absolutas, pocas, curiosamente ganaban la partida a sus incertidumbres relativas, muchas.

Hay escritores que basan sus columnas literarias en frases de sus referentes y sus artículos son una auténtica casa de citas. Monteforte nunca plagió ni abusó de sus maestros: se limitó a admirarlos.

Fogonazos experimentales: no. Realidades reconocibles: sí. Nunca buscó desconcertar, sino acercar.

La absoluta necesidad de estar solo cuando escribía no lo definía como solitario, sino como solidario de sí mismo.

Decía, como Borges, estar más orgulloso de lo leído que de lo escrito. Borges no era sincero. Monteforte tampoco.

6. Olvidaba decir que Mario Monteforte haciendo su historia, hizo historia. También olvidaba decir que Mario Monteforte dejó un vacío.

23 de junio de 1995

Casa Lucio

Hoy Mario pronuncia una conferencia, en la Casa de América, sobre el barroco de Guatemala. Son las dos de la tarde. Tenemos mesa reservada en Casa Lucio.

Desde su fundación en 1974, Casa Lucio es el centro gastronómico y social de Madrid. Nunca hay mesa libre. Escaparate de lujo: la gente va a ver y a que la vean. Con la escenografía de un mesón de lujo, allí pueden convivir el rey Juan Carlos, el actor de moda, el Presidente del gobierno, la modelo de nalgas concretas, e inevitablemente, el trepador de guante blanco, disfrazado de chico de la Cruz Roja. Fotos de Lucio con Kofi Annan, Bill Clinton, Oliver Stone.

Gastronómicamente, con productos de primera calidad se sirve una cocina clásica, tradicional, imbatible, ajena a salsas que distraen el sabor, al margen de fusiones experimentales o sofisticadas. Callos, cocido, fabada, pescados a la plancha. Sus huevos estrellados, huevos rotos con patatas, se hicieron universales.

El dinámico Lucio, tabernero castizo, brujulea por las mesas, contagiando un tono de cordialidad. Mario le pregunta por sus instrumentos de trabajo y Lucio contesta: «Voy personalmente a comprar al mercado y ese producto de primera quiero que se sirva lo más natural y sabroso. Cuando es necesario utilizo hasta las viejas hornallas de carbón que dan un fuego especial. ¿Es la primera vez que viene a este mesón? Pues volverá, seguro».

Mario está a punto de escribir, nerudianamente, los versos más alegres esta tarde.

Pedimos huevos estrellados, una carne que se va haciendo sobre platos refractarios y, de postre, arroz con leche. Vino tinto, Rioja Alta 904, amplio y elegante. Este vino fue el autor intelectual de la conversación; acompañó a las ideas, fue creando palabras, y ahondó sensaciones.

—Volviste a Guatemala en 1987. La razón oficiosa de la vuelta fue estudiar el barroco local. Hiciste los deberes...

—Pero imagino que además de esta razón oficiosa, pesó el reencontrarte con tu país después de treinta años...

—...y cuando un Presidente amigo, Vinicio Cerezo, te garantizaba la libertad de expresión de unas ideas que no siempre coincidían con las suyas, te planteaste la posibilidad de quedarte para siempre...

—Me has cortado el juego de las respuestas inducidas. Eres un jodido cascarrabias. ¿De verdad que no puedo...?

—Tu caso es idéntico al de Mario Benedetti. Cuando volvió a su Uruguay, después de las dictaduras feroces, inventó la palabra desexilio. Tú también eres un desexiliado.

—El barroco es un concepto confuso, ¿verdad? Es internacional, no local, pero los historiadores, como Werner Krisbach, lo consideran característico de España y sus inmensos dominios

ultramarinos. Surge a comienzos del siglo xvii y en el mundo hispánico se prolonga en los tres siglos posteriores.

—Encajaban sus constantes definitorias en nuestra personalidad: crueldad, exceso, intensidad, emoción, sensualidad, religiosidad, lo grotesco. Y lo erótico. Frente al severo puritanismo luterano, surge el erotismo como una explosión.

—Un ejemplo. El catalán Eugenio D´Ors escribe *Lo Barroco*, traducido primero al francés en 1935 y después un bombazo internacional. Eugenio D´Ors era un barroco. Por una frase brillante y excesiva era capaz de perder su alma. Le dictaba a su secretaria. Al acabar, preguntaba siempre: «Señorita, ¿está claro lo que le he dictado?» «Clarísimo, don Eugenio». «Bien, entonces vamos a oscurecerlo». Oscurecer a base de recargar.

—Cierto. Vamos entonces a tu conferencia de hoy. Históricamente, en América Latina, dime qué significó el barroco.

—¿A quién representa el barroco?

¿Obstaculizó la Iglesia su evolución?

—¿Y los indios?

—En ese mundo de curvas, signos, espirales, formas flotantes y volantes, ¿ves alguna ideología?

—¿Cómo se manifiesta el barroco en Latinoamérica?

—Es curioso. La casa que visitamos la semana pasada, con un surtidor en el porche, grifería de oro, piscina climatizada en el salón, representa la fauna del nuevo rico. Históricamente, en España, esa fauna surgió en la posguerra con el estraperlo, después con la política y últimamente con el mundo inmobiliario entreverado con el político y el financiero. Las formas de expresar su opulencia son ultra barrocas hasta el delirio.

—Bueno, a veces, se dejan aconsejar por un decorador o arquitecto que les conducen por el camino de la discreción, incluso les eligen la colección de cuadros. Y otras veces, se van a la cárcel y un juez les embarga las griferías de oro, lo cual no deja de ser un alivio.

—...esos inefables retratos con la señora mirando al horizonte, puro realismo mágico...

—¿O es el hombre el que está mal hecho? ¿O el hombre se hizo mal a sí mismo? Por cierto, ¿qué te parecieron los huevos estrellados?

En la mesa de enfrente se sientan dos treintañeras de largas piernas, envueltas en unas túnicas que parecen creadas por un diseñador en noche febril. Mario fija la mirada exclusivamente en sus muslos. La vejez es cuando se presta más atención a los vestidos que a los muslos de las mujeres. Mario nunca será viejo. Sus ojos nuevamente vuelven a recitar, nerudianamente, los versos más alegres esta tarde.

Lucio, populista vocacional, vuelve a nuestra mesa. Mario se identifica como investigador guatemalteco que viene a dar un curso sobre el barroco. Lucio parece un poco perplejo, como si el barroco y Guatemala fueran remotas músicas: «Ah, bien, muy bien eso del barroco, aquí también hace falta cultura, no te creas». Tuteo inmediato, campechanía a chorros. Lucio no tiene misterio. Es el antibarroco. Lucio le cuenta su vida a Mario.

Niño y adolescente pobre, sin estudios, y triunfa a base de sudor y lágrimas. Hombre hecho a sí mismo. La historia mil veces contada. Mario escucha con elegante tolerancia. Acaba Lucio: «Y ahora te darán el Premio Nobel por el barroco ese, porque para dar un Premio Nobel antes hay que ser cliente de Lucio. Y tú ya eres cliente y amigo».

Al salir del restaurante, Mario me confiesa, casi me ruega: «Aquí, Juanjo, volveremos». No sé por qué recuerdo a Eva Perón cuando dijo: «Volveré y seré millones».

Como siempre, puntual y altivo, entra Mario Monteforte en la Casa de América.

Los gestos definen una personalidad. Y escriben el futuro. James Dean, cabeceando indeciso con la mirada perdida: desorientado. Bogart, acariciando el lóbulo de la oreja mientras habla: reflexivo. Y Mario arrogante, con la cabeza alta: como un torero haciendo el paseillo.

Hay bastante público en la sala, aunque el tema sea para especialistas. Mario saluda y comienza con total tranquilidad. El tono es coloquial, casi familiar.

23 de junio de 1995

En el coloquio sólo una pregunta: la influencia de los misioneros en la sociedad guatemalteca.

Mario contesta:

24 de junio de 1995

Desayuno en Acquafredda

Desayunamos en Acquafredda, barrio de Salamanca. Mario está encantado con la oferta de diez tipos de café, zumos de frutas, mermeladas, panes de molde de numerosos sabores, embutidos, bizcochos y magdalenas, incluso bollería de obrador propio. Elige un café aromatizado, zumo de naranja natural y quesos italianos.

Conversa con el camarero sobre los panes recién hechos y sobre los zumos de coco. Se produce una situación clásica: Mario no queda nada satisfecho de las respuestas del camarero y el camarero no queda nada satisfecho con las preguntas de Mario.

—Pues adónde vamos ahora, el Café Gijón, se produjo una vez el milagro. Servían unos picatostes gloriosos. Cuando les preguntaron al dueño por qué los había retirado, contestó: «Me los pedían demasiado».



El Café Gijón, paseo de Recoletos, se funda en 1888 por el asturiano Gumersindo Gómez, enriquecido en la Cuba colonial.

Desde los años cuarenta, fue el lugar de reunión de la cultura y de la farándula. Tertulias de perdedores de la guerra y ganadores del régimen franquista, ultraderechistas y comunistas, artistas

consagrados y artistas presuntos, parásitos resentidos y jolgoriosos golfos; por la mañana, estudiantes de oposiciones a cuerpos del Estado y por las tardes magistrados y fiscales. No hubo en la historia del café detenciones policiales ni denuncias particulares.

El Café Gijón era el hogar de los que no tenían hogar, un teatro en el que cada uno interpretaba su papel, el refugio de los últimos bohemios, un campo abierto a los pícaros de vuelo bajo, un jardín de egos revueltos, escaparate, pista de despeque, central de timos, lonja de contratación, colección de oficinas volátiles, espejo de dioses. Alguna mujer, pocos músicos, ningún místico.

Aires suicidas de los que nunca se suicidan. El escritor Manuel Vicent vio una tarde a un poeta desesperado y mirada febril. Le preguntó: «¿Te pasa algo?» Y el poeta contestó: «En este momento me debato en la tremenda duda existencial de pegarme un tiro en la boca o tomarme un helado de fresa».

Los años de posguerra fueron lentos en su grisura. Se buscaba carne vacuna con guarnición y carne femenina sin guarnición. La represión sexual, la suciedad y el hambre no eran retóricas.

El Nardo de Judea, poeta, le echaba sal al café porque creía que alimentaba más que el azúcar; del bolsillo superior de la chaqueta le caía siempre un reguero de tinta; la tinta se la fabricaba él mismo y su pluma era una pluma de gallina. El escritor Jesús Pardo escuchó cómo el Nardo se enfrentaba a un tertuliano poderoso: «Yo tengo más dinero que usted, porque yo tengo suficiente».

El espléndido artista Juan Manuel Caneja vio en el escaparate de un restaurante un pollo a la cazuela. Se enamoró canibalescamente del pollo. Su mujer fue a un dentista: «Arránqueme estas dos muelas de oro». Envolvió las muelas en un papel de seda y se fue a una joyería. Con el importe de la venta pudieron devorar el pollo a la cazuela.

Pancho Cossío, pintor, resumía así la situación del mercado artístico: «El problema de España hoy, es que si vendes un cuadro saturas el mercado».

El medio de transporte servía para encasillar y definir a los tertulianos. Algunos venían en taxi y después no tenían dinero para pagar el café. El joven actor Carlos Larrañaga llegaba en su moto Vespa, con chofer uniformado y gorra. Jaime de Mora y Aragón, hermano de la Reina Fabiola de Bélgica, iba a buscar a su amigo, el periodista Raúl del Pozo, en un Rolls, con enormes serpientes en el asiento trasero. En el Morris verde de Manuel Vicent había una pegatina: «Haz el amor y no la guerra», que hoy sabe a rancio.

Tino Grandío, el mejor pintor de las nieblas gallegas, coleccionista de gaitas y cuentanoches, tenía un artefacto con ruedas tan destartalado que lo depositaba con una piedra delante para evitar que se perdiese cuesta abajo.

Otero Besteiro, escultor, barroco en signos externos, cargado siempre de collares y medallas, aparcaba delante del café su luminoso Mercedes blanco. Si no había nadie en el ventanal que lo admirase, volvía a dar una vuelta.

—Cambia de coche —le pidió Grandío.

—¿Cómo cambiar de coche? El Mercedes es el mejor del mundo, mejor incluso que cualquier coche americano.

—Cambia de coche, Otero, porque en ese Mercedes te tomarán siempre por el chófer —insistió Grandío.

De todas formas, el conocimiento automovilístico en los años sesenta era muy escaso. El humorista Tono —«Cuando voy a dormir, pongo en la mesita de noche dos vasos de agua; uno absolutamente lleno por si tengo sed, y otro vacío por si no tengo sed»— y el hijo del autor teatral Carlos Arniches viajaban desde San Sebastián a Madrid. Se apagaron las luces del auto.

Desconcierto. Pasa un automóvil en dirección contraria con las luces apagadas. Se tranquilizan: «Nada, no es avería de nuestro coche. Es un apagón general».

La primera y más potente tertulia fue la de «Juventud Creadora», presidida por el poeta garcilasista José García Nieto, bien instalado en el franquismo, elegante y generoso en su ayuda a los escritores de izquierdas. García Nieto guardaba las formas hasta la ampulosidad. Detestaba las salidas de tono y que le llamasen Pepe.

Amelia, la señora de los lavabos y encargada de recoger las llamadas telefónicas, era una mujer tan descentrada que acabó en un frenopático.

—¡Pepe García Nieto, al teléfono! —gritaba.

—¿Es a mí, señora? —preguntaba el poeta.

—Sí, a ti, gilipollas.

En la tertulia «Juventud Creadora» estaba expuesto el también poeta Gerardo Diego, sin palabra y sin gesto, profundo admirador de Huidobro. Después se incorporó Edmundo de Ory, fundador del postismo. Y Cela que, como Juan Rulfo con su *Pedro Páramo*, pegó el campanazo en 1942 con una novela breve, *La familia de Pascual Duarte*. Después, con *La Colmena*, reflejó el ambiente del café y de la España gris; tuvo serios problemas con la censura.

—Cela se creó un personaje público tronante, truculento y tremendista. Cuando le hablaban de hambre o necesidad, replicaba que cuando pasaba hambre se bebía su propia sangre o hacía caldo metiendo el codo en una olla de agua hirviendo. Contaba en sus memorias que siendo joven compró con un amigo una cabra. Después de beneficiársela sexualmente, la vendieron ganando dinero. Reconoce que lo ideal hubiese sido chulear mujeres, no cabras. La palabra coño la introdujo en la Academia.

Sombras: Cela fue censor, aceptando informar al aparato del régimen. Luces: funda en Mallorca, en 1956, una revista, *Papeles de son Armadans*, respaldando a escritores marxistas y abriendo puertas a los exiliados españoles. En sus obras explora el lado escatológico y esperpéntico del mundo, sin comprometerse socialmente, pero es innegable su dominio absoluto del idioma, una riqueza magistral léxica y sintáctica, su pasión literaria. Y su vocación experimental, variando el canon narrativo. Cuando ya dominaba una fórmula que le funcionaba, se encierra detrás de un negro biombo y descarga toda su angustia en oficios de tinieblas sin lectores. Personaje único.

César González Ruano, otra figura indiscutible, escribía con una pluma colegial que mojaba en un tintero, envuelto en el humo espeso de sus cigarrillos negros con boquilla, que fumaba sin pausa. Dos, tres, cuatro artículos seguidos, sin la más mínima duda y sin una sola corrección o rectificación. Esa asombrosa facilidad torrencial la heredó Francisco Umbral. Producción al año de Umbral: uno o dos libros y mil columnas. «Yo no pienso, escribo», era su divisa. Ruano y Umbral fueron los dos grandes articulistas españoles del siglo. Quisieron ser poetas, y también narradores y ensayistas, pero en esos tres campos no pasaron de la superficialidad. Un libro de Ruano, sus memorias, y otro de Umbral, su trilogía de Madrid, sí merecen la calificación de magistrales.

Ruano, hipocondríaco, con farmacia ambulante, cleptómano especializado en libros y relojes antiguos, creó un personaje elitista y decadente, cínico y absolutamente amoral: «No daría la vida por la inmortalidad. No. Yo quiero las dos cosas». En 1941 se presentó al premio Nadal. Se lo concedieron a Carmen Laforet. Y César *dixit*: «Hemos hecho y ganado una guerra para acabar con la democracia y ahora la democracia me quita el Nadal».

Ganó una fortuna con sus columnas periodísticas y se gastó tres fortunas en taxis, casas, colecciones de príncipe. Piso de lujo, amueblado con antigüedades, biblioteca excelsa, criada, secretario, y hasta mozo de comedor. No pagaba nada ni a nadie. Un periodista le preguntó: «Don César, si le tocara en la lotería mil millones de dólares, ¿qué haría?». Ruano contestó sin inmutarse: «Viviría exactamente como vivo ahora, pero pudiendo».

Sexualidad daliniana, arribista con fantasías nobiliarias y servilismo venal ante el nazismo, llegando en la guerra mundial a denunciar a los judíos para quedarse con sus bienes. Ya Cansinos Assens había pronosticado que a Ruano le faltaba pasión y sinceridad para hacer la gran obra, aunque tenía talento, quizás demasiado talento. Todo en Ruano, dice Cansinos, tiende a lo podrido y a lo morboso.

Otro gran icono del Café Gijón era el escultor Cristino Mallo, ateo militante y anticlerical furioso. Una mañana lo visitaron unas monjitas pidiendo limosna. Cristino, que tenía la casa en obras, les dio un ladrillo. Las monjitas le enseñaron una imagen del Niño Jesús.

—Le pedimos para el Niño.

Cristino, antes de cerrarles la puerta, gritó:

—¡Ese niño no es mío!

La hermana de Cristino, Maruja Mallo, pintora surrealista con una obra extensa y muy cotizada, ganó un concurso de blasfemias durante la República; entraba en las iglesias en bicicleta y se disfrazó de monje para ocupar una celda en el Monasterio de Santo Domingo de Silos. Amiga de Neruda y Lorca, amante de Alberti, escapó a Argentina y contaba que Perón tenía veinticuatro cadáveres femeninos en un sótano de la Casa Rosada.

Un día llegó Maruja al Café Gijón con un abrigo de pieles; un camarero, Pepe Bárcenas, se ofreció galantemente a guardárselo, y ella se opuso: «Muchas gracias, pero no me lo quito. No llevo nada debajo». Vivía de noche: «El día está lleno de obreros con perforadoras». Cenaba a las diez de la mañana.

El bohemio por excelencia era Perico Beltrán. No pagó un café en su vida, pero escribía guiones, organizaba subastas, cantaba zarzuela, hacía imitaciones, bailaba claqué y tango, recitaba poemas, toreaba vaquillas, ponía inyecciones como consumado practicante, incluso tuvo incursiones en el teatro de vanguardia, llevando a Ionesco al Café Gijón. Llegó a dormir en el ascensor de la casa de su amigo José Antonio Novais. Le ofendía que le ofrecieran un trabajo convencional, contestando como el pintor gallego Urbano Lugrís: «¿Cómo voy a fichar en una oficina a las nueve de la mañana si me levanto a las seis de la tarde?».

El poeta más maldito era Carlos Oroza. Adoraba a César Vallejo y en César Vallejo se transmutó: muy moreno, pelo largo, ojos pequeños, jersey de cuello alto, más delgado que sus huesos, se alimentaba de cafés con leche. Cuando veía a alguna extranjera, casi siempre norteamericana poco atractiva, se acercaba a su mesa y le decía: «Un café con leche a cambio de una sonrisa». La estadounidense sonreía y Oroza la centraba: «No, la sonrisa la pongo yo».

La mujer más representativa del café era Sandra. También jugaba al malditismo. Liberada sexualmente, lengua venenosa, máscara agria y disparatada.

—¿Es usted actriz? —le preguntó una señora.

—No. Soy puta.

A Sandra la mató el alcohol. A Ignacio Aldecoa lo mató el alcohol. Ignacio Aldecoa sabía que en el relato había llegado a la perfección. Ignoraba a quien no lo admiraba. Lacónico, esencial,

serio y distante. Sólo se relacionaba con sus más íntimos, Sánchez Ferlosio y su mujer Carmiña Martín Gaité, Alfonso Sastre. No hablaba de sí mismo y cultivaba el misterio con su introversión. Maestro de la prosa exacta y precisa. Murió en 1969 con 44 años.

El cenit de la indolencia era Eusebio García Luengo, sabio, digno y elegante, jamás pidió nada a nadie por no hacer el esfuerzo. Al café le daba un sorbito y se cansaba. Empezaba un artículo y tardaba semanas en acabarlo. Un inmenso escritor que no escribía. Seducía con las palabras, convirtiendo a todos los tertulianos en oyentes respetuosos. Con las necesidades mínimas cubiertas por una herencia, carecía absolutamente de ambición o narcisismo. Su filosofía: «El resentimiento del triunfador es mucho peor que el del fracasado».

Si García Luengo era la indolencia expresa, Enrique Azcoaga era el trabajo oculto. Azcoaga, digno novelista, ensayista y crítico, dejó al morir en 1985 un dietario inédito que asombró a Jesús Pardo: cincuenta mil folios a máquina, de enorme interés, archivados y clasificados.

Alfonso Paso, vividor de blanda sonrisa, tuvo tal éxito como autor teatral en esos años que llegó a tener, simultáneamente, seis obras en cartel. Paso entraba en el Café Gijón, triunfante, escogía la mesa central, y cuando era consciente de ser el crisol de todas las miradas, pedía cigalas, capricho tan exótico como pedir caviar iraní. A cada autor que entraba en el café lo saludaba agitando las patas de la cigala. Humillado por el vuelo de la cigala, Manuel Gutiérrez Aragón, joven director de cine de calidad, entró con un cuchillo para matar a Alfonso Paso y salvar así al teatro español. Ese día Paso no acudió al café. Cuando le reprocharon a Gutiérrez Aragón su ataque de cólera alcohólica, se disculpó con humildad franciscana.

—Yo no quería matarlo. Sólo cortarle las manos.

En la línea de consagrados, había dos actores veteranos, Guillermo Marín y Félix Fernández, a los que nunca faltaba trabajo. Guillermo Marín llegaba al Gijón con su calvita reluciente y su caniche blanco. Él pedía un huevo frito con patatas y para el caniche un espectacular filete de ternera. Si alguien le miraba: «Por favor, no me hable del hambre de la India».

Félix Fernández adivinaba la vida anterior de cualquier tertuliano. A Luis García Berlanga, quien con Buñuel formaba la pareja cimera de la dirección de cine español, le dijo: «Berlanga, usted en su vida anterior fue tonto de pueblo».

Había escritores y artistas que se pasaban prácticamente todo el día en el Gijón.

—¿Y estos cuándo escriben o pintan?

—Entre horas, naturalmente —contestó Cela.

Francisco Umbral escribió una novela, *El Giocondo*, en la que retrataba a toda una fauna del café, buscona del sexo oscuro, que se sintió traicionada y profundamente herida. Como medida precautoria, Umbral dejó de ir mucho tiempo al Gijón. Cuando volvió fue para recibir la bofetada más sonora y simbólica de la literatura española.

No fue la única bofetada recibida. Al retornar los escritores exiliados, Umbral escribió un artículo miserable, calificándolos de mediocres que intentaban aprovecharse del exilio.

—¿Usted ha escrito esto? —le preguntó un desconocido.

Y antes de que pudiera responder, le soltó una bofetada con sonoridad de látigo.

Para el camarero Pepe Bárcenas, la escena más extraña del café se celebró en el sótano, que él llamaba la cripta. Un grupo de ciegos contrata a una señorita brasileña. Los ciegos la tocan lentamente. La señorita se desnuda y se sube a una mesa. Y los

ciegos se quedan concentrados, muy serios, imaginando lo que la señorita estaba realizando con su cuerpo.

En 1975 muere Franco. Una viñeta de Xoaquín Marín retrata a un cementerio. Desde las tumbas salen voces: «¡Con Franco vivíamos mejor!».

En los años setenta y ochenta, desembarcaron periodistas y cineastas menos contemplativos y nada estáticos. Cuando cerraba el Gijón recorrían Madrid con sed de noche y de alcohol, urgencia de vida y de sexo, buscando la última copa desesperadamente en gasolineras, en el bar del aeropuerto, cabarés, ventas de flamenco, el mercado de frutas de Legazpi o la casa del pintor Pepe Díaz, el más comunista y el más generoso. En las madrugadas de vino y rosas, Pepe Díaz regalaba sus cuadros o los cambiaba por una ristra de chorizos.

El prostíbulo más famoso era el de Madame Theddy, sofisticado y untuoso. Bendijo su inauguración oficial un sacerdote que era fiel cliente. Madame Theddy uniformó a sus chicas con trajes transparentes y recibía una chica con frac. El desfile era espectacular.

—¿Y usted?

—Yo solo vengo a mirar —contestó Jesús Pardo.



Mario y yo nos sentamos en la segunda mesa, a la derecha entrando. En la primera mesa hay un cartel de reservado. Es la tertulia de Manuel Vicent.

La primera vez que entró en el Gijón, Vicent escuchó unos extraños ladridos y un señor a cuatro patas le mordía el pantalón rabiosamente. De pronto, el señor interrumpe sus ladridos, se levanta y con exquisitez le da la mano.

—Me llamo José Paredes Jardiel. Soy pintor.

Vicent, ante tal recibimiento con ladridos de pintor ya casi famoso, pensó que ese era el lugar donde deseaba estar toda la vida. En esos años el café lo regía uno de sus dueños, el simiesco Pepe el Mono. José Luis Coll preguntaba: «¿Por qué a ese mono le llaman Pepe?».

Mario viene cargado con libros y anotaciones. Estos días ha leído, más bien ojeado, numerosas narraciones de autores españoles. Ya conocía muchas obras de Cela, Benet, los Goytisolo, González Ruano, Umbral, Marsé, Vicent.

Con su incurable insatisfacción, desea conocer y leer todo de todos para un estudio de la literatura española en sus últimos cincuenta años. Convinimos en acotar terrenos, ciñéndonos a los narradores. En la poesía, un Celaya o un Blas de Otero eran merecedores de ese estudio en exclusiva y de figurar en la bandera del Nobel.

—Boccaccio es a la *gauche divine* barcelonesa lo que el Café Gijón a los escritores madrileños y periféricos. Lugar de citas, reuniones y tertulias. Aquí están todos, incluso tu amigo Jesús Pardo.

—Todos los superlativos, desde Jesús Pardo y Cela hasta Benet y Umbral me recuerdan al general Narváez. Agonizaba y su confesor le pidió que perdonase a sus enemigos. Narváez con un hilillo de voz dijo: «No puedo perdonar a mis enemigos. No los tengo. Los maté a todos».

—Se llama la generación del 54, porque en ese año publicaron su primer libro. Antonio Ferrés, Armando López Salinas y Jesús López Pacheco. Los tres clásicos del realismo social. La crónica fotográfica en la mina, en la fábrica, en la central eléctrica. Contaron con la apuesta del editor Carlos Barral, esa literatura revolucionaria y testimonial provocaría un levantamiento contra el régimen franquista. Ya sabes: Luckas, Brecht, Lucien Goldmann, Roland Barthes...

—Benet lleva tu concepto al límite. Para Benet, la literatura es un fin, debe crear un espacio propio con su propia moral y hacer la revolución, distante de necesidades sociales y consignas políticas. La literatura al margen de la sociedad, al margen de sus problemas, como una historia singular, individual y personalísima.

—Irreconciliables incluso formalmente. El realismo social define a sus personajes a través del abundante diálogo, sin presencia del narrador; en Benet el diálogo está ausente. En el realismo social las frases son directas y sencillas; Benet teje un opaco y laberíntico entramado de oraciones subordinadas. En el realismo social los lugares y personajes son claros e identificables; en Benet sólo son abstracciones. En el realismo las referencias son populares y Benet utiliza la mitología clásica y términos alemanes, franceses o italianos.

—Yo valoro el testimonio ético de los realistas, y el estilismo narcisista de los benetianos. Pero mis preferencias estarían en la tercera vía. En 1964 se publica *Tiempo de silencio* del psiquiatra Martín Santos. Un acontecimiento. Sin renunciar a la denuncia social, profundiza esa denuncia con un lenguaje joyceano, sin entrar en opacidades benetianas.

—Además, como Juan Goytisolo después, desmitifica esos valores esenciales de la madre patria: heroica y generosa, noble e íntegra... como dice Martín Santos, era un tiempo de silencio y quedaba todo por destruir.

—Como Ignacio Aldecoa. Dime quién es para ti el narrador, en esos cincuenta años, al que invitarías a una conversación infinita.

—Lo escogerías por amigo.

—A Luis Goytisolo, muy superior a su hermano Juan en el terreno narrativo. *Antagonía* es una obra ambiciosa y exigente. Toda una teoría sobre los mecanismos de la novela y un reflejo brillante de la burguesía. No es una obra fácil, pero intelectualmente busca y encuentra la novela total.

26 de junio de 1995

Islamismo

Hoy comemos en Casa Mingo.

En 1888, Domingo García González inauguró Casa Mingo, ocupando un antiguo almacén de material. Este lugar se fue convirtiendo en el centro de reunión de los asturianos que emigraban a Madrid. Hoy es costumbre ir en familia a comer a Casa Mingo.

La planta es amplia y oscura, conserva su vieja decoración con mesas de madera y suelo de baldosas. En clientela y camareros no domina precisamente la juventud. Carta breve, precios bajos. La especialidad del restaurante es el pollo asado con sidra, buscando siempre aves de poco peso que son las más sabrosas. Mario y yo nos inclinamos por la pura cocina asturiana: queso de Cabrales, fabada asturiana y empanada de bonito, todo regado con una sidra de elaboración propia que acompaña alegremente los platos. No sirven café. Y Mario elimina fulminantemente Casa Mingo de la lista de futuras visitas.

—Tu balance de este siglo, Mario.

—Te confieso que en este terreno veo muchas contradicciones. Se habla del terrorista suicida como víctima de una sociedad desigual e ignorante, psicológicamente desequilibrado y actuando por su cuenta, cuando la inmensa mayoría no son ni pobres ni analfabetos ni depresivos y no actúan individualmente, sino que pertenecen

a un grupo con líder, adoctrinamiento y estrategia. Ideología de combate: muerte a los infieles aunque, estadísticamente, hay más víctimas musulmanas que occidentales. Y sin potentes ejércitos y sin sofisticados artefactos guerreros tienen una fuerza militar inmensa e incontrolable. ¿Hay arma más poderosa que desear morir matando por una causa que ellos consideran noble?

—También juegan el sentimiento de humillación, el reconquistar el territorio del que fueron expulsados fundando un nuevo Estado, una memoria colectiva que lleva al victimismo, el factor político, el afán de poder..

—Por cierto, Pío X prohibió el tango por su gran languidez. ¿Y el antioccidentalismo? La Europa decadente aporta al campo de juego el laicismo, la separación de Iglesia y Estado, el llevar la religión a la esfera puramente privada, la igualdad de la mujer, la democracia, los principios de la Revolución Francesa, los valores de la Ilustración, la declaración de los Derechos Humanos...

—Y las iglesias católicas no tan abarrotadas. Es que la dicotomía fe—razón está presente en todas las religiones, en la cristiana desde su creación. La resistencia de la Iglesia católica a la ciencia y a la filosofía es histórica, recibiendo la condena de todos los pensadores modernos, desde Nietzsche a Sartre. Todos los filósofos racionalistas consideran que las religiones son brotes de humo, algo vacío, carentes de sentido...

—El sentimiento sin sentido, ¿es religión o superstición? Pienso en mi abuela Lola. Estaba totalmente arruinada, pero como no lo sabía seguía dando órdenes napoleónicas desde su inmensa cama, controlando un cuidado jardín japonés. Había montado su propia capilla, rodeada de candelabros, reliquias, cálices de oro, rosarios de plata, pinturas de cristos crucificados y retablos barrocos de niños Jesús gorditos. Tenía, como tu tía Lola, todos los santos a su servicio y, si cumplían sus órdenes imperativas, delegaba su promesa en la cocinera. «Manuela, con la procesión del sábado tendrás que ir de rodillas desde la fuente hasta la iglesia. San Antonio cumplió, no faltaba más, y yo también cumplo». Tenía a todos los santos desorientados con sus delegaciones y las rodillas de Manuela eran un poema sangrante. El santo favorito de mi abuela era San Ramón. Mi abuela tenía ochenta y siete años y San Ramón era el patrón de los partos. Un día le pregunté a Manuela si creía en Dios. Después de un silencio de varios minutos, me contestó: «Mira, Juanciño, a mí eso de Dios me parece cosa del demonio».

—Y los dos pensamos en la *Biblia*, ese delirio de los delirios, pero de innegable influencia literaria. Todos los grandes, Goethe y Nietzsche, Shakespeare, Faulkner o Joyce, han bebido en sus fuentes. En España se prohibió leer la *Biblia* hasta el siglo pasado, y aún hoy no es una lectura literaria masiva.

—Omítese mañosamente a Salomón que tenía trescientas esposas y setecientas concubinas. Ahí te duele. Ha desgraciado tu biografía erótica.

—Salomón tuvo un heredero ilustre, George Simenon, el maestro de la novela policíaca, que en sus memorias sienta el principio de que el placer es la coartada perfecta para la comunicación. Y en su lista ha contabilizado dieciocho mil mujeres comunicadas con él. Dieciocho mil.

—Te sugiero que nos estamos desviando, no milagrosamente, del tema que nos ocupa: fe, religión, islamismo.

—Tienen fe los que quieren tener fe. Y Dios existe para los que creen en Él. Estoy con Cioran: toda versión de Dios es autobiográfica.

Me gusta el concepto de Régis Debray: lo sagrado, que no es necesariamente racionalista ni sobrenatural, convierte a un colectivo en un todo, no en un montón.

—No olvides los efectos utilitarios y terapéuticos de la fe y de la religión: dan sentido a la vida y al dolor, disminuyen la ansiedad y aumentan la autoestima, evitan depresiones, adoptan la resignación, resuelven el futuro eterno... ya sabes...

—Pero tú no eres bienaventurado, Mario.

—Podía ser peor.

14 de octubre de 1995

Economía

El Ateneo de Madrid, sociedad privada declarada de utilidad pública, fue fundado en 1835 al abrigo de los más puros aires liberales. Celebra diariamente actos abiertos al público, desde conferencias y presentación de libros a exposiciones y proyecciones de cine. Los sábados y domingos se ofrecen conciertos de música clásica.

Su sede actual, Calle del Prado número 21 desde 1884, es un edificio modernista de los arquitectos Enrique Fort y Luis Landecho.

Mario desea visitar la galería de retratos, un recorrido por la vida político-cultural de dos siglos. Unamuno y Manuel Azaña ocuparon la presidencia de El Ateneo. La dictadura franquista significó un bloqueo a su intensa actividad cultural.

También visitamos la centenaria biblioteca, quizá la mayor joya del Ateneo, distribuida en cuatro salas. La grabación la hacemos en la cafetería, ruidosa y asilvestrada, que contrasta con la elegante decadencia que se respira en El Ateneo.

Hoy toca economía.

—Y como la industria es tecnología e innovación, requiere conocimiento, estudio, talento y personal especializado. Nada de eso demanda la construcción. Parte obsesivamente de la cultura de ser propietario de la vivienda, duplicando el número de propietarios españoles a Suiza o Alemania. Ya en pleno franquismo, un ministro dijo que España sería un país de propietarios, no de proletarios. Influyen también los alquileres altos, los créditos fáciles y baratos, y las subidas constantes del precio de esa vivienda. Además, el ladrillo genera impuestos para los gobiernos, tasas y plusvalías para los ayuntamientos, riqueza para los especuladores de terrenos y para los promotores de las viviendas, comisiones para los concejales de urbanismo que conceden recalificaciones y licencias, financiaciones ilegales para los partidos políticos, ganancias ilimitadas al sistema financiero que no quiere dejar de crecer un solo instante.

—Cerca de mi lugar de nacimiento, A Coruña, hay un pequeño pueblo, Betanzos, en el que todos los años se suelta en el mes de agosto el globo de papel más grande del mundo. La construcción en mi país es ese globo de papel. La clase social vampírica, compuesta de empresarios, políticos y financieros, con el soporte de ciertos poderes mediáticos y despachos profesionales, van a impedir que ese globo estalle o que estalle lo más tarde posible. Es un potente engranaje. Al día de hoy, desafía con soberbia chulesca la ley de la gravedad económica.

Hay un cambio de paradigma. Tomemos como ejemplo ese pequeño pueblo citado. Antes, la actitud del paisano ante la vida era de esfuerzo y trabajo, y después la recompensa era el acceso con sus ahorros a una propiedad. Ahora, las

nuevas generaciones han invertido los valores: primero la propiedad y el disfrute; después ya se pagará la cuota de la hipoteca, el crédito para el coche o la póliza para el viaje al Caribe. Epicúreos sin conocer a Epicuro. Satisfacción al instante: el sacrificio es un valor moral y, como todos los valores morales, retórico. En ese inmenso globo de papel la élite vampírica invita a viajar a la clase media y le da un trocito de tarta. Hace concesiones, no por convicción moral, sino en legítima defensa. Sabe que si crea una desigualdad en la que son mayoría los excluidos puede provocar un estallido. Y entonces compra la paz social a precio de saldo. Y todos desean que la fiesta continúe. O casi todos.

—La élite vampírica no está en mínima minoría. Los más irritados socialmente son aquellos a los que no se les dio la oportunidad de ser corruptos: ellos hubieran pagado aún más comisiones al político de turno para conseguir la adjudicación de obra pública. Hay corruptos potenciales, emergentes, colindantes, presuntos, tácitos y emboscados. Si se unen, no existe estructura judicial y policial que pueda controlarlos, ni cárceles que puedan retenerlos. La corrupción es sistémica.

—Volvamos. Primero fue el ser. Después, el pienso luego existo cartesiano fue sustituido por el neoliberal compro y tengo, luego existo. Ahora, con el globo de la construcción y la jerarquía del poder financiero, ya no basta tener: hay que exhibir. La felicidad no está en comprar la inmensa finca o el inmenso yate o el inmenso cuadro de Miró, sino en que nadie de su entorno pueda comprar esa finca, ese yate o ese Miró. Si la riqueza de su vecino crece tanto como la suya, les produce frustración. Es el capitalismo patológico.

—La clase vampírica tiene plan B. Vamos a tomar como símbolo a Mario Conde, una historia que sigues desde 1994. Conde vació el banco que presidía. El guión ya está escrito. Denuncia, proceso, prisión. Y en la cárcel, limpiará su celda primorosamente, entonando incluso suaves cancioncillas tirolesas. Cumplirá las órdenes de los funcionarios con sonrisa angelical. A sus colegas de la prisión, para evitar el linchamiento, los seducirá regalándoles trajes, consiguiéndoles un empleo o haciéndoles un informe. Redención de penas por el trabajo y buena conducta: a los cinco o siete años estará en la calle. Irá a la televisión y con aires de Cristo flagelado pedirá perdón por su codicia, declarando que con la cárcel ha pagado su deuda con la sociedad. Y ya podrá disfrutar de su fortuna, ingresada mediante artilugios de alta ingeniería financiera, en unos paraísos fiscales que ninguna autoridad judicial o policial pudo localizar. La élite vampírica vacía bancos, vacía empresas, vacía un país entero, creando crisis en las que el dinero

14 de octubre de 1995

ha desaparecido. La historia de muchos países en los últimos años está en los paraísos fiscales. Y esa historia nunca podrá escribirse enteramente.

—¿Por qué te parece increíble, Mario, lo que has verificado y estudiado mil veces? Las economías y las religiones y los nacionalismos carecen absolutamente de valor científico, prevalecen siempre las emociones sobre las argumentaciones, las creencias sobre la razón. Son las ideas grandes, como las llama Fischer, y no las ideologías, las que pueden salvar. ¿Estás de acuerdo?

—Pero ese capitalismo se puede modular. No creo que el capitalismo humanista sea un oxímoron. Acompáñame a una visita a cualquier entidad financiera o empresa multinacional. Líderes déspotas, jornada laboral que se mide por cantidad de horas no por calidad o intensidad de trabajo, competencia agresiva y desleal dentro de un mismo sector o de un mismo equipo de la propia empresa, buscando cumplir unos objetivos que se priman más que el sueldo; presión angustiada por el presentismo, juntar a empleados que se detestan, considerar el elogio o la motivación como una debilidad, creación deliberada de climas de inestabilidad, obligando a una movilidad innecesaria; teorizar sobre el valor de la experiencia y fomentar jubilaciones anticipadas. En fin, una estrategia que lleva a la conciencia de los trabajadores de que son meras piezas intercambiables por otras de menor coste. A esto le llamo capitalismo sádico.

—Pero no pueden prescindir del consumidor de lo fabricado por la empresa. En la Gran Depresión de 1929, Henry Ford aumenta el sueldo a sus empleados para que puedan comprar sus coches. Y la Historia, dice Mark Twain, no se repite, pero rima.

—¿Y por qué no potenciar el capital humano para llegar a la productividad ideal? Si aumentas la satisfacción personal de tus empleados automáticamente aumenta la productividad de la empresa.

—No es idealismo. Es la simple aplicación de principios elementales. Con las ideas-eje de la empresa, explicitadas y razonadas, y marchar juntos en ese objetivo común: cooperación y complementariedad en vez de desunión y competitividad dentro de la misma empresa. Ser escuchados todos para proponer ideas y sentirse partícipes en el objetivo común. Trabajar juntos los más empáticos e igualdad de retribución de hombres y mujeres cuando desempeñan la misma función. Interacción laboral entre trabajadores del mismo nivel. Realizar en casa,

con apoyo tecnológico, los trabajos que no requieran presencia física, reduce incluso los costes de instalaciones. Sustituir la rutina por trabajo creativo. Posibilidad de plantear la jornada intensiva, que concentra esfuerzos, reduce costes, normaliza la vida familiar del trabajador y le da sensación de libertad. Programas preventivos y reconocimientos médicos. Incluso hacer accionistas a los mismos empleados para fidelizarlos en ese objetivo común. El que ficha sólo por dinero, sólo por dinero se va a la competencia.

—Por supuesto que está incluido todo lo que contribuya a descubrir y potenciar valores individuales que producen siempre más productividad y rentabilidad en la empresa. Tangibles por el camino de los intangibles. El sueldo psicológico compromete con la empresa. La mala gestión de horarios laborales y la carencia de medidas de flexibilidad, producen un dolor evitable y una cantidad ingente de absentismo laboral.

—Bastaría que un periodista independiente o un ejecutivo con coraje denunciase las causas de esas bajas laborales —estrés, ansiedad, depresión, e incluso suicidios— en una marca de impacto internacional, para que esa empresa lavase su imagen con medidas dignas del Arcángel San Gabriel.

—Antítesis del mismo Adam Smith: es necesario controlar y dominar ese egoísmo para que la vida en comunidad no se convierta en una guerra de todos contra todos. El interés personal, el egoísmo, no puede ser, como afirma Hobbes, el único factor determinante y motivante. El ser humano es capaz también, dice Adam Smith, de comprender el interés personal del otro y de llegar a un intercambio mutuamente beneficioso; esa propensión a intercambiar, potencia el crecimiento económico, clave del bienestar social.

—Encajo la ironía e insisto: el egoísmo y la codicia se modularán para sobrevivir: puro empirismo. No puede desaparecer la clase media.

—Las fortunas aceleradas, los nuevos ricos que han creado el mercado de la construcción forman una fauna especial. Nacen pobres en una jaula familiar de madera. Trabajan mucho, especulan más, trepan. Acumulan. Ahora viven en una casa enrejada con coche blindado y un equipo de seguridad. Morirán ricos en una jaula de oro. Y la riqueza que siguen acumulando sólo servirá para ampliar esa jaula.

—Nunca mejor empleada la palabra negocio. Los nuevos ricos de la especulación creían que la plenitud estaba en acumular riqueza. Y se encuentran en el más desatado desequilibrio psicológico. Al conocerse internacionalmente su espectacular fortuna, han tenido que renunciar a sus costumbres y a su entorno cercano, son acosados por el periodismo amarillista, reciben constantes amenazas de extorsión y secuestro de sus hijos, coleccionan peticiones económicas angustiadas y el agobio de otros trepadores, y, especialmente, la sensación de que no hay ser humano que se les acerque espontáneamente por sus cualidades. Están condenados vitaliciamente a una jaula de oro.

—Hablando de realismo mágico. Había muerto Julio Cortázar y en un muro de Buenos Aires se leía: «Julito, volvé, ¿qué te cuesta?».

—Y el marxismo, con aires de la filosofía hegeliana, fue a su vez la filosofía que desencadenó el estalinismo. Fracasa trágicamente el comunismo, pero el capitalismo neoliberal también tiene mucho de estalinismo cuando convierte a los políticos en marionetas del poder económico. Y una parte de

ese mundo del becerro de oro tiene profundos principios morales para aplicarlos a fines financieros inmorales.

—No. Si aplazamos la utopía de la idea aún no pensada, siempre hay la solución posibilista de un nuevo pacto social.

—Para realizar reformas memorables se necesitan unas ideas memorables que aún no han sido creadas. Hoy, aquí, ahora, la única posibilidad de salvación es buscar puntos de encuentro para firmar un nuevo contrato social.

—Si no somos capaces de crear la idea jamás pensada porque la creatividad humana ha llegado al límite, y esa es mi hipótesis, seamos al menos capaces de crear un ideal unificador en un nuevo contrato social.

—Te cuento sólo lo que he vivido. En nuestra transición, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista Español, consensuó con Fraga Iribarne que, cuando fue ministro de interior, lo había encarcelado. Los republicanos aceptaron la monarquía y los militares a los comunistas y los centralistas a los nacionalistas. Había un ideal motivador, un objetivo común. Y si quieres, rebajando lirismos, se adoptó la solución hobbesiana de evitar el mal mayor.

—No deseo otra cosa que alguien me desmienta.

Unos conocidos nos piden sacar una fotografía colectiva. En las fotografías de grupo sólo se recuerda al situado el primero a la izquierda. Observo que Mario Monteforte se sitúa siempre el primero a la izquierda. Hoy también.

12 de octubre de 1996 Guatemala del siglo XXI

Madrid. 12 de octubre de 1996. El Gobierno y la guerrilla van a firmar próximamente los acuerdos para la paz. La Casa de América convoca, en una mesa redonda sobre el tema «La Guatemala del siglo XXI», a siete personalidades guatemaltecas, abarcentes de todos los estadios sociales y políticos.

Además de Mario Monteforte Toledo, intervinieron Jorge Mario García Laguardia (procurador de Derechos Humanos), Rigoberto Quemé (alcalde de Quetzaltenango), Rosalina Tuyuc (diputada del Congreso por el Frente Democrático Nueva Guatemala), Juan Manuel Morales López (coronel, director del Centro de Estudios Militares), Jorge Briz (presidente del Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras) y Byron Morales (Unidad de Acción Sindical y Popular).

El moderador, Ramón Gandarias, ex embajador de España en Guatemala, director de Tribuna Americana, recordó la especial atención prestada a Guatemala en los siguientes actos:

—En 1995, una mesa redonda sobre las elecciones que dieron la victoria a Arzú. Intervinieron Marta Casaus, profesora guatemalteca residente desde hace un tiempo en España; Torres-Rivas, ex embajador de Guatemala, Arévalo de León y Arturo Arias.

—En una reunión posterior los observadores españoles de las elecciones contaron su experiencia en Guatemala. Fue organizada por Miguel Ángel Fernández, embajador especial de las Naciones Unidas para este tema.

—Un seminario de dos días sobre «Guatemala, la paz que llega», invitando a quienes habían seguido el tema de la paz con gran cercanía: el embajador español Juan Pablo de la Iglesia, Iduvina Hernández, Óscar Clemente Márquez, Eduardo Zupeza, Manuel Jesús Salazar y otra vez Marta Casaus.

—Rigoberta Menchú dio una conferencia, «El papel de los pueblos indígenas en el proceso de la paz», con el esperado éxito de prensa y público.

—Presentación de libros como *La serpiente en la corbata* y premios de entidad económica, como el concedido al guatemalteco de origen español, el padre José María Suárez, por sus importantes obras sociales, una de ellas en Chichicastenango.

El moderador, al dar inicio a la mesa redonda, ruega a los participantes que cada intervención no supere los diez minutos.

En la mesa redonda no hubo ningún momento de crispación. Al no ser avisados anticipadamente, los siete participantes tuvieron que improvisar. El tono común lo constituyeron la sinceridad, prudencia, modestia y sencillez. Ni brillantez expositiva, ni ideas originales, ni ilusiones eufóricas. Claridad. Y siempre una esperanza controlada.

El procurador García Laguardia

Empieza recordando que hoy tuvo una sesión de trabajo y amistad con su homólogo español Fernando Álvarez de Miranda. Desde su óptica de defensor del Pueblo, ex presidente y magistrado del Tribunal Constitucional de Guatemala, historiador y educador, Guatemala necesitaría dos cosas fundamentales:

«El fortalecimiento del Estado —y en esto disiento de alguna opinión que otras instituciones o personas tienen— y la reconversión moral de la sociedad civil. Y en primer lugar es imprescindible que se avance en el proceso de democratización que se está realizando en Guatemala.

En una ponencia que yo presentaba con mis colegas constitucionalistas mexicanos y españoles, en el Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional de la ciudad de México, el año pasado, calificaba mi ponencia como “Guatemala, una transición permanente”. La tesis que planteaba era que desde 1982 iniciamos una transición y no hemos pasado a la consolidación, a diferencia de lo que ustedes, los españoles, pudieron hacer tan fácilmente, o lo que algunos países como Chile en América Latina han podido hacer. Nosotros estamos en un proceso de transición permanente que nunca consolidamos.

La prueba es que en 1993 por poco se nos viene al suelo todo el proceso, con ese golpe de Estado que el presidente Serrano quiso dar, apoyado por grupos importantes del país, lo cual implica la debilidad del proceso en el cual estamos caminando.

Yo creo que es muy importante insistir en el fortalecimiento de la transición, que pasa por el fortalecimiento de las instituciones del Estado, que están muy debilitadas en un país en que el Estado-Nación casi no existe, en un país en que el Estado-Nación lo estamos creando desde la independencia y no hemos llegado a construirlo todavía. Y ya tiene enemigos suficientes que quieren debilitarlo, copiando en alguna medida modelos de países mucho más desarrollados, donde esto por supuesto es posible y, en algunos de ellos, hasta necesario. Al contrario, nosotros en Guatemala, tenemos que fortalecer las instituciones del Estado para avanzar en la democracia, necesitamos instituciones eficaces».

A continuación, el señor Laguardia reconoce que, a veces, es necesario adelgazar al Estado para evitar la corrupción y el burocratismo que ha angustiado a muchos países de América Latina; pero adelgazar no significa debilitar, sino fortalecer. Tiene la impresión el señor Laguardia que desde hace algunos años hay un movimiento para debilitar al Estado, creando un vacío en la sociedad que ha sido llenado por la delincuencia y el desorden.

«No podemos seguir caminando si no rescatamos nuestras instituciones nacionales. Debe haber un buen Ejecutivo, debe haber un buen Congreso de diputados, debe haber un buen Organismo Judicial y buenos organismos de control: el Tribunal Constitucional, el Tribunal Defensor del Pueblo, que juegan un papel clave en el proceso de consolidación».

Hace especial énfasis en el golpe de Estado de 1993. Él era magistrado de un Tribunal Constitucional que jugó un papel decisivo.

«Interpretamos que podíamos actuar de oficio y declaramos anticonstitucionales las normas temporales que el presidente Serrano había dictado en un decreto-ley a las siete u ocho de la mañana. Y a las dos de la tarde se había encontrado con nuestro Tribunal Constitucional. Sin que nadie nos lo pidiera, nos habíamos reunido, habíamos decidido que teníamos competencia, creando una jurisprudencia especial que en este momento todos los Tribunales Constitucionales de todas las partes del mundo estamos estudiando, esa competencia que nosotros nos atribuimos, declarando inconstitucionales las normas temporales del Gobierno, dando el camino para volver al orden constitucional, como así se realizó.

Refiere también el papel jugado por el Tribunal Electoral. Hasta 1982, las elecciones eran fraudulentas, dando una ilegitimidad al régimen. A partir de 1985, con la Constitución, que tuvo como modelo muy especial la época de 1978, y la creación del Tribunal Electoral, las elecciones fueron limpias y transparentes. Y ese avance no conviene olvidarlo. Sin el fortalecimiento de las instituciones, insiste, se puede venir al suelo todo el proceso de consolidación».

«Y por otra parte tenemos que reconvertir la sociedad civil, el comportamiento de la sociedad civil en un sentido moral y aquí tomo mi formación básica de educador, porque creo que hubo un gran error en el sistema educativo de Guatemala, y de mu-

chos países de América Latina, de Centroamérica especialmente, y de Guatemala más, que estamos pagando: el cambio del sistema educativo, orientado el cambio sobre el modelo liberal español y francés del siglo pasado, orientado a crear hombres y mujeres, ciudadanos y ciudadanas comprometidos con su propia familia, con su propia sociedad y con su propio sentido de nación. Todas las escuelas normales, los colegios militares, los bachilleratos, estaban orientados a eso, todo el currículo estaba orientado a formar ciudadanos comprometidos con el país.

Todavía la mía posiblemente es una de las últimas generaciones que nos creamos con ese sentido místico de respeto, de participación y de compromiso social con nuestro país y con un Estado que estábamos construyendo».

Recuerda el señor Laguardia que ese sistema educativo se derrumba en los años cincuenta. Entre otras cosas negativas que ocurrieron en Guatemala en esa década, una de ellas fue el cambio de plan de estudios.

«Se cambió por un plan de estudios orientado a la competitividad, al individualismo, al hedonismo, y a estas alturas ya son muchas las generaciones que están viviendo con esa estructura moral».

Reivindica una vuelta a un sistema de estudios que rescate el sentido moral de la ciudadanía y de la participación. Concluye: «Yo creo que estas dos líneas que he señalado son los aspectos fundamentales para solucionar los problemas del país, de acuerdo con mi experiencia personal y constitucional. Muchas gracias».

Rigoberto Quemé, alcalde de Quetzaltenango

Empieza agradeciendo la oportunidad de plantear su exposición alrededor de dos realidades que debieron haberse fortalecido en Guatemala desde hace mucho tiempo para evitar el enfrentamiento que se dio.

«Nosotros partimos de una idea de poder local, a través de la experiencia como alcalde de la ciudad más importante de Guatemala.

El primer eje de trabajo que se debe enfatizar es el binomio democracia-participación. Y el otro es el de autonomía-descentralización. Desde todo punto de vista el Estado, hasta cierta época, había sido muy centralista, excluyente y con un alto contenido de discriminación hacia la población maya de Guatemala.

Cuando entra en crisis el Estado a través de la guerra, sufre una afrenta de doble vía. Por un lado, la insurgencia que quería destruirlo y cambiarlo, y por el otro el ataque interno que hacían los sectores conservadores, al estar utilizando al Estado para su beneficio.

Dentro de esta óptica de un Estado en crisis permanente, las municipalidades no dejaron de sufrir las consecuencias. Y hoy, en la firma de los Acuerdos de Paz, las municipalidades no aparecen en primera línea sino otras instancias más efímeras, más coyunturales, una Asamblea de la Sociedad Civil, los Fondos Sociales, que el Gobierno está implementando, y una cantidad muy grande de ONG's que muchas veces surgen al calor de esta oportunidad de manejar y de ser intermediarios de recursos económicos.

Sin embargo, aquellas estructuras del mismo Estado que fueron abandonadas en esa lucha por el mismo, como son las municipalidades, que históricamente han satisfecho las necesidades de la población, con el apoyo o sin el apoyo de los gobiernos, con el apoyo o sin el apoyo de los sectores civiles o privados, y mucho menos la ayuda internacional.

Sin embargo, las municipalidades como estructuras jurídicas y políticas, históricamente son las únicas que han enfrentado las necesidades más apremiantes de la población, porque el gobierno, como parte del Estado, aparece mucho más lejano y con una cobertura muy débil hacia el interior del país».

Postula Quemé a continuación el fortalecimiento y modernización, a la luz de los nuevos requerimientos, de las instituciones del Estado, ya que la lucha de los dos sectores antes mencionados no pudo cambiarlo ni eliminarlo.

«Entonces nosotros planteamos a través de un proyecto político cívico nacido en una comunidad, de una de las provincias de Guatemala, la creación de un concepto operativo, incluso de poder local, en donde el eje central sea la municipalidad como institución formalizada e histórico-complementaria determinada por su actividad, pero que no sólo la municipalidad sea el único elemento posible del poder local sino que alrededor del esfuerzo municipal por ser una apropiación simbólica de la misma población, se debe fortalecer y se debe articular el proceso integrado de participación, en primer lugar instituciones del Gobierno, ONG's, Sector privado, cooperativas, universidades, iglesias y demás instituciones que deben ser parte de ese poder local que se tiene que construir para que sea posible el proceso de la implementación de los Acuerdos de Paz.

Un poder local que articule en una estrategia de trabajo a las organizaciones informales, aquellas que no han sido reconocidas por el Estado o que actúan al margen del Estado, no de forma subversiva o clandestina, simplemente actúan de hecho, por ejemplo las Cofradías, los Consejos de Ancianos de las Comunidades, algunos grupos y comités pro mejoramiento que no están institucionalizados ante el Estado.

Pero además de ese poder local que nosotros planteamos, debe contener alrededor de la municipalidad, en un proceso de bastante coordinación a los grupos sociales que nunca tienen una representatividad, grupos sociales de origen cultural, de origen étnico, de origen económico o político, que no son partidos políticos, sino que son grupos sociales informatizados, pero que tienen una práctica continuada y permanente a través de los diversos requerimientos de la sociedad.

Pero además, el poder local que nosotros planteamos tiene que contener algunos elementos que son precisamente de relaciones sociales, el tipo de relación social que se establece en las comunidades entre los hombres, y de éstos con la naturaleza. Creemos que eso es importante como marco de referencia para el poder local, porque no podemos construir una sociedad sin que tome en cuenta qué tipo de relaciones establecen los grupos, los hombres con la naturaleza misma, la cosmovisión que alrededor de ella se tiene y en ese sentido como pueblo maya pensamos que podemos aportar la cosmovisión de un proceso civilizatorio, de un proyecto de civilización que plantee en primera instancia una relación equilibrada, una relación armónica e íntimamente vinculada a la sociedad y a la naturaleza.

Pero también el poder local debe construirse a través de las leyes formales que el Estado ha establecido, adecuándolas a la época, adecuándolas a las necesidades, pero que también debe haber un proceso de reconversión de las normativas oficiales para que sean el medio catalizador de las demandas y de los proyectos de la sociedad local que nosotros planteamos.

También está el punto importante que es la normatividad maya, o sea lo que muchos llaman el Derecho Consuetudinario y que son prácticas sociales con su alto contenido de valores éticos y morales, y que son parte del deber-ser de la sociedad y de los pueblos mayas, articulando acciones concretas ante problemas que se plantea la organización social.

Y por último, el poder local que nosotros creemos que debe definirse y construirse a partir de ahora, en una estrategia de comunicación y de coordinación sostenible y sustentable, que implique un desarrollo humano y un respeto a la diversidad, lo que a final de cuentas plantea una acción de interculturalidad». Expone Rigoberto Quemé el proyecto que están realizando con el pueblo maya-quiché que, por primera vez, accede a una alcaldía tan importante.

«Pensamos que si esto se formaliza y se institucionaliza, todos esos elementos pueden ser aplicables a muchas realidades de Guatemala. Un modelo en donde la democracia, la participación, la autonomía y la descentralización sean los cuatro puntales de un desarrollo real y efectivo que contribuya a eliminar la pobreza, enfermedad e ignorancia que fueron las causas de la guerra en Guatemala. Ese es nuestro planteamiento. Muchas gracias».

El coronel Juan Ismael Morales López

Agradece poder exponer de una forma muy general los proyectos del Ejército guatemalteco para los próximos años. Señala inicialmente que el Ejército de Guatemala es una institución profesional; nace directamente de la formación en la Escuela Politécnica, fundada por comandantes españoles, manteniéndose sus consignas y principios sobre los cuales se basa la profesión militar.

«Al Ejército de Guatemala le ha tocado jugar un papel preponderante a lo largo de la historia, desde su fundación, sin embargo viene a acrecentarse la participación en la defensa de los intereses de la Nación.

El Ejército está preparado para afrontar y jugar el rol que le corresponde en el proceso de democratización en Guatemala a partir de 1985 en que, bajo un gobierno militar, se inicia esa apertura.

Entre los más importantes cambios constitucionales está el enmarcar directamente la misión del Ejército para el futuro en la defensa exterior, con la posibilidad de ser comandados por una autoridad civil. Nosotros lo entendemos y lo comprendemos. El Ejército ha jugado roles los años pasados como consecuencia de vacíos que existían en nuestra sociedad. Gracias a Dios pudimos enfrentarlos y defender los principios democráticos, de lo cual nos sentimos orgullosos».

Para enfrentar el reto del futuro, el Ejército y dentro de un plan genérico de modernización, se desglosan medidas concretas:

- a) Reducción: «Está acordada y firmada en los Acuerdos, en un 33% de sus efectivos».
- b) Regionalización: «Esto significa reacondicionar el dispositivo que en este momento el Ejército tiene para la defensa».
- c) Educación: «Nosotros lo vamos a manejar desde varios aspectos. Capacitación para el soldado, un programa de educación integral para el soldado. Comprendemos que esto es muy necesario, ya que no solamente cumplimos con el aspecto constitucional militar sino que consideramos estar participando en el desarrollo del país. La capacitación de los soldados la realizamos en coordinación y con la colaboración de la Procuraduría General de los Derechos Humanos, gracias a la colaboración del doctor García Laguardia, aquí presente».

Apunta el señor Morales López que, con apoyo del Ministerio de Salud, se preparará a los soldados como monitores de salud, sabiendo que Guatemala sufre una pobreza de conocimientos en este aspecto.

- d) Tecnificación de los niveles intermedios: «A través de los programas desarrollados, dentro del Ejército, en aspectos de salud, enfermería, conductores, oficios como carpintería, herrería, para la gente intermedia y reforzarlos con los conocimientos de Derechos Humanos».
- e) Profesionalización de nuestros oficiales. «Con el nivel de Estado Mayor, el oficial tiene la oportunidad de encontrar y alcanzar una maestría en Administración de Empresas».
- f) Ley de Servicio Militar y Social. Se estaba trabajando para llevar al Congreso un proyecto con el consenso de la mayoría de los grupos políticos: «Consideramos que el servicio militar debe ser obligatorio, con sorteo, como lo tiene

España y otros países europeos como Suecia. Si llegase a la voluntariedad completa consideramos que vuelve a ser discriminatoria para ciertos sectores».

- g) La modernización del equipo del soldado. «El concepto que manejamos es una defensa de nuestro territorio ante un conflicto potencial que pudiera surgir».
- h) Participación del Ejército en la cobertura y mitigación de desastres naturales: «Y en este aspecto conviene señalar el grado de potencialidad que Guatemala tiene. Nosotros vivimos en una zona sumamente rica en desastres por el aspecto volcánico, rico en el aspecto sísmico, y el Ejército, por la organización y disciplina que despliega, consideramos que puede participar en esa mitigación de desastres naturales».

Éstos fueron los aspectos aludidos por el señor Morales López, ofreciéndose a contestar cualquier pregunta que sobre ellos pudiera surgir.

La diputada Rosalina Tuyuc

Sorprendida, como todos, por no conocer con anticipación el tema a tratar hoy, empieza agradeciendo la oportunidad de expresarse.

«Sepan que el pueblo de Guatemala, nuestros mártires, van a agradecerles todo lo hecho por ellos, porque todos saben que el motivo de nuestra presencia, acá en España, es por la firma de uno de los últimos Acuerdos de Paz».

Para Rosalina, la firma de los acuerdos es el fin de un proceso y el inicio de otro:

«Apenas estamos principiando a construir la verdadera democracia, y en este día de hoy, muy especial, porque se conmemora no sólo el día internacional de los Derechos Humanos, sino también el día internacional de los pueblos indígenas, cobra importancia este

encuentro entre guatemaltecos y españoles, y podríamos decir que estamos terminando una etapa, pero vamos a comenzar otra».

Con un hablar lento, humilde, herido sin resentimiento, Rosalina va exponiendo los elementos a jugar en este proceso:

«Yo quisiera seguir pidiendo el apoyo de todos ustedes para esta segunda etapa de trabajo que nos corresponde, desde luego, a todos los guatemaltecos, pero también la presencia internacional tiene que ser importante.

Ahora que se va a comenzar a construir la nueva nación multiétnica, a reconocer jurídicamente la existencia de los pueblos indígenas, con nuestros derechos y con nuestra propia identidad, también creo que es muy importante que entre todos sepamos construir esa participación de todos los pueblos indígenas en la toma de decisiones.

Durante muchos años sólo nos han dicho lo que teníamos que hacer, pero nunca nos han preguntado lo que es posible con nuestra colaboración y participación. A lo largo de toda esta historia no sólo los pueblos indígenas sino también los campesinos, los más pobres de Guatemala, hemos dado nuestra sangre y ha recaído sobre nosotros la peor desgracia de esta historia. No sólo hemos aprendido a sufrir, sino también a sobrevivir, hemos aprendido en la protesta y llega el momento de hacer nuestras propuestas y de trabajar por ellas.

En esta nueva construcción del sistema democrático, el Estado tiene que empezar a abrirse y darnos esa participación. Muchos de nosotros hemos hecho el intento de esa participación, pero han sido las diversas circunstancias que llevaron a que nuestros pueblos hayan tenido que perder la vida. Quizá el costo ha sido muy grande o muy alto, pero todavía la esperanza de ese nuevo amanecer la tenemos, y queremos aportar y fortalecer las instituciones civiles, fortalecer el sistema democrático y la sociedad civil guatemalteca».

Para Rosalina Tuyuc, la base de esa construcción es el respeto a la diferencia de opiniones, la diversidad dentro de la unidad, abrir el tiempo de la tolerancia.

«Aprender a vivir no sólo con el Ejército, sino también con la guerrilla, con los familiares de personas desaparecidas, las viudas y los huérfanos, los desplazados y los refugiados. Es el momento del reencuentro, de la unidad nacional, del respeto a la inteligencia, no sólo de nuestros grandes académicos, sino también de la inteligencia de muchas de las mujeres de los pueblos indígenas que de alguna manera han sido descalificadas o no han tomado en cuenta».

Invita a todos los sectores guatemaltecos al trabajo de la construcción de una gran esperanza, evitando cualquier foco de resurgimiento de la guerra:

«Nosotros, los que hemos sufrido, somos los más interesados, pero también va a depender de la solidaridad internacional, del acompañamiento de la comunidad internacional para el fiel cumplimiento de los acuerdos, a ser vigilantes de esos acuerdos, que los recursos económicos se usen para fortalecer la paz y la unidad nacional».

Insistiendo en ese acompañamiento internacional para fortalecer la democracia, y que en vez de denunciar violaciones de Derechos Humanos, «el futuro no sea sino anunciar la nueva esperanza, el nuevo amanecer, y, sobre todo, construir juntos esa paz que tanto hemos anhelado todos los sectores guatemaltecos. Muchas gracias».

**Jorge Briz, presidente del Comité
Coordinador de Asociaciones Agrícolas,
Comerciales, Industriales y Financieras**

Con voz clara y claras ideas, empieza Jorge Briz sacando una conclusión de todo lo hablado anteriormente: más de treinta años de violencia y enfrentamiento no han logrado solucionar los problemas de Guatemala.

«En lugar de solucionarlos, tenemos más problemas que hace treinta y seis años. Tenemos menos salud, menos educación, menos infraestructuras, más pobreza y miseria, y estamos más enfrentados los guatemaltecos. De ahí podemos concluir que la historia nos enseña que un enfrentamiento armado no resuelve los problemas que tiene nuestra nación.

Y en este caso no podemos excluir a ningún sector, inclusive al sector que yo represento actualmente. En el pasado y todavía en el presente, parte de él no tiene una visión nacional y una visión conjunta. Y como han dicho mis antecesores en la palabra, Guatemala requiere una visión de unidad que efectivamente fortalezca la institucionalidad».

Declara a continuación que Guatemala tiene problemas puntuales, sociales y económicos.

«El mayor problema que afronta nuestro país es la pobreza y la miseria. No podemos hablar de un país que puede progresar si tenemos tanta gente que vive mal y efectivamente enfrenta cada día muchísimos problemas.

De aquí podemos concluir que los sistemas que Guatemala ha adoptado en la resolución de problemas no han sido exitosos. A nadie le conviene, y menos a un sector privado, que haya tantas personas sin poder adquisitivo y que no puedan resolver sus necesidades puntuales.

En Guatemala no hay inversión, pero tampoco hay estabilidad, y si hay tantas personas inconformes con el sistema, tampoco va a haber desarrollo. El primer problema es cómo incorporamos a esas mayorías poblacionales al desarrollo y al progreso nacional con resultados concretos. En otras palabras, pasar del discurso a los hechos. Y es ahí donde debemos agradecer el apoyo internacional, pero tener la conciencia que sólo los guatemaltecos con trabajo, disciplina, y planes concretos, podemos resolver nuestros problemas.

Si debemos generar riqueza, somos nosotros con nuestras capacidades los que vamos a resolver los problemas nacionales. Guatemala ha tenido en el pasado y en el presente problemas de discriminación, privilegios y pobreza. Tenemos que atacar esas tres grandes avenidas y es la voluntad de todos los sectores que haya una unidad nacional y que todos conjuntamente podamos resolver nuestros problemas».

Declara luego la voluntad firme de discutir los problemas, a fortalecer el diálogo y las instituciones.

«En los temas económicos tenemos problemas de orden fiscal. Tenemos un Estado que no capta lo suficiente para resolver los grandes problemas que tiene la nación y así también tenemos un Estado que muchas veces gasta mal los recursos que recibe. El gastar mal no justifica que el contribuyente no pague impuestos.

Debemos reconocer que Guatemala tiene una realidad económica y social muy particular. Y debemos elaborar una legislación que corresponda a esa realidad. En el tema impositivo estamos claros que debemos efectuar una reestructuración de fondo, para que efectivamente con sistemas simples y comprendiendo nuestras realidades, el gobierno pueda captar los suficientes recursos para resolver los problemas y resolverlos bien, lo que no significa que tener un gobierno fuerte que resuelva los problemas tenga que ser un gobierno grande e ineficiente.

En el tema de la competitividad no podemos escapar a la realidad de que estamos en un proceso de globalización y que nuestro país tiene que ser sumamente competitivo y es ahí donde la principal ayuda internacional que se le puede dar a Guatemala es el acceso a los mercados. Si nosotros podemos acceder con eficiencia a mercados externos y mercados tan importantes como el de la Comunidad Europea, por ejemplo, efectivamente vamos a poder generar empleo y bienestar».

Hace énfasis el señor Briz en el problema de la insuficiencia de empleos en Guatemala y, como secuela ineludible, de la imposibilidad de generar riqueza. Su exposición de la empresa es de una sencillez casi desconcertante:

«Debemos comprender que el sector privado no solamente es el empresario sino el trabajador, y nosotros como empresarios debemos estar muy interesados en el bienestar de los trabajadores. Si tenemos trabajadores con bienestar, tenemos trabajadores que van a trabajar con gusto para la empresa, van a producir más y van a generar más riqueza».

Vuelve a los años de enfrentamiento que les han enseñado a ser solidarios con las realidades puntuales.

«Si queremos realmente democracia necesitamos instituciones que puedan ser válidas interlocutoras de los intereses de la población. Otro tema es el de la capacitación. Guatemala tiene un alto grado de personas que no saben leer ni escribir, aun cuando realicen actividades económicas exitosas, pero sí es un grave problema que debemos resolver en el cortísimo plazo.

En fin, Guatemala es un país con muchos problemas, pero también con más oportunidades que problemas. Tenemos un territorio que es privilegiado, una posición geográfica que también es privilegiada, nuestra gente es hábil y trabajadora, y consciente de que debemos progresar».

Concluye refiriéndose a un viaje al interior del país, que vivió conflictos armados, para establecer una representación de la Cámara de Comercio.

«La mayoría de nuestros directores son del sector indígena y, créanme, lo que nuestra gente quiere son oportunidades, quieren trabajar, y efectivamente quieren resolver sus problemas, y quieren dejarse de una buena vez por todas de la globalización y del enfrentamiento.

Y para concluir nuevamente, el mensaje es positivo. Queremos aprovechar las oportunidades y queremos que el sector internacional nos ayude a fortalecer esas oportunidades y a realizar para los guatemaltecos su mejor futuro. Muchas gracias».

Mario Monteforte Toledo

Rompe el ritmo lento y contenido de los anteriores ponentes. Su intervención es vibrante y acelerada. La vuelta al mundo guatemalteco en diez minutos.

12 de octubre de 1996

12 de octubre de 1996

12 de octubre de 1996

Byron Morales, Unidad de Acción Sindical y Popular

Celebra el señor Morales que estemos a las puertas de la conclusión de una etapa en la historia de Guatemala, de más de treinta años de enfrentamiento armado y de contar, por primera vez, con instrumentos que propicien la solución de graves problemas que aquejan al pueblo guatemalteco, que den respuestas urgentes a los grandes rezagos económicos y sociales.

—Hay tres elementos que son importantes desde el punto de vista del movimiento social para esta etapa que se avecina. En primer lugar el estimular, propiciar y profundizar la participación social. Los acuerdos políticos de paz a estas alturas ofrecen una cantidad enorme de herramientas que posibilitan esto, para ello es necesario por un lado que las organizaciones que existen desde hace mucho tiempo, en efecto con un panorama tan sombrío como Don Mario formulaba hace unos momentos, requieren en gran medida iniciar un proceso de actualización, de adecuaciones; un proceso de transformación, básicamente preparándose de cara al papel que debe jugar en el futuro próximo.

—Igualmente requiere redoblar los esfuerzos en dirección a generar nuevas formas organizativas, formas emergentes que se vienen multiplicando y que están dando importantes respuestas. Esa participación social de manera muy especial tiene que darse a nivel local y municipal, departamental, regional, y a nivel nacional.

—A nivel local encuentra un gran obstáculo: la situación de desconfianza y miedo que todavía se genera. Éste es un aspecto ineludible, que está ahí presente y que debemos reconocerlo.

El señor Morales cree que el proceso de cumplimiento de los Acuerdos de Paz va a dar como consecuencia una fase de asentamiento y de creación de condiciones para la confianza, que permita a la población hablar, organizarse y participar en las prioridades y en el diseño de las respuestas.

—El otro elemento es la concentración social. Pero no podemos esperar concentración con una población profundamente dispersa, fragmentada. De esta forma es importante la generación de esas formas organizativas y de representación de luchas reivindicativas que posibilitan tener interlocutores válidos en todos los niveles y frente a los diferentes aspectos que necesariamente hay que abordar.

—A nivel del ejercicio de derechos laborales, de derechos sindicales, hay obstáculos monstruosos, fundamentalmente por una mentalidad empresarial bastante rezagada en muchos empresarios, aunque también es importante reconocer que hay otros que, en efecto, han ido comprendiendo que es importante avanzar en esa dirección, y se han ido encontrando importantes soluciones a problemas ancestrales.

—El tercer elemento, muy vinculado a los otros dos, es el de la beligerancia social, que de hecho se manifiesta en momentos coyunturales.

Deja claro el señor Morales que cuando habla de beligerancia no se reduce al mero desorden o al planteamiento de actitudes radicales, sino a «la movilización, iniciativas y propuestas concretas de trabajo, en todos los niveles, en todo los campos, en todos los sectores y en esa misma medida ir contribuyendo de manera eficaz a la construcción de nuevas realidades. Y como una segunda fase, que será a muy corto plazo y que nosotros visualizamos, está básicamente relacionado con el esfuerzo de cooperación que entre los diferentes sectores debe manifestarse en función de un proyecto común de construcción de nuevas realidades para Guatemala».

Aun reconociendo que hay aspectos en el panorama social bastante desalentadores, finaliza, como los demás ponentes, con un canto a la esperanza: «Estamos aquí dispuestos a continuar en nuestra lucha y no renunciar a la victoria de la justicia y al hecho mismo incuestionable de que Guatemala merece un mejor destino. Gracias».

Coloquio

Finaliza la mesa redonda. Son las ocho y treinta de la tarde. Empieza el coloquio.

El primer interviniente es un señor que dice que no desea preguntar nada. Sólo va a exponer. No se identifica, sus palabras son claras a favor de la negociación:

—Es cierto que hoy hay en Guatemala más miseria que antes y más concentración de tierras y riqueza. En cambio, haremos una valoración positiva. Seguimos toda una estrategia, que tuvo un elemento central en lo militar, pero también en el trabajo de masas, en el trabajo político y diplomático, y en el trabajo internacional. En esa lucha por la democracia, se ha ampliado la democracia, y con esos cambios no es el mismo país que hace treinta años. El proceso electoral es un ejemplo.

—Y el mérito más importante: la negociación de la paz. Es todo un programa para nosotros. Por lo que luchamos está expresado en la negociación, que tiene una gran ventaja: no es una parte de la sociedad la que se impone a la otra parte, sino el resultado de una negociación en un proyecto nacional, en una configuración de una nueva nación, una mayor democracia y un nuevo desarrollo social. De ahí la importancia del cumplimiento de los acuerdos.

El último en intervenir se identifica como el presidente de una ONG nacida en la Universidad Complutense y abarcando dieciséis universidades más en España.

Manifiesta su voluntad firme de seguir colaborando en el desarrollo de Guatemala, pero vigilantes en tres direcciones: Primera: En la deseada vuelta de los capitales a Guatemala, lo que animaría a los empresarios locales a invertir. Segunda: Rechazar ser el servicio posventa de ciertas industrias y de ciertos movimientos. Tercera: Ver si realmente el Ejército hace una revisión a fondo en sus filas. Considera idílico el paisaje del Ejército aquí presentado y concluye:

—Ojalá sea verdad.

Al finalizar el acto comento con Manuel Piñeiro el coraje de Mario. Defendió el capitalismo, sin justificaciones matizadoras, en un tono que contrastó con la prudencia conservadora de los demás ponentes. La explicación de Piñeiro es lúcida como siempre:

—Mario fue y es un hombre de izquierdas. Al defender algo tan alejado de sus creencias está haciendo un acto de patriotismo. Veía a su Guatemala postrada y rota por una batalla ideológica sin fin que sólo había traído años de plomo, y con la mirada puesta en un futuro que ya no le pertenecía, defiende el pragmatismo como medio de acelerar el desarrollo.

Manuel Piñeiro apunta después sobre la URNG:

—La Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca es el resultado de la fusión de los cuatro grandes grupos guerrilleros existentes en el país. Un hijo de Miguel Ángel Asturias, Rodrigo, era uno de sus cuatro líderes que actuaban siempre colegiadamente, aunque él fuese el más brillante. Rodrigo Asturias, que acometió con gran estilo el riesgo y el peligro, era un degustador intenso de la vida. Mario Monteforte lo definía como un comunista de gustos caros. Tuve con él, en México, conversaciones infinitas. Transmitía más talento que confianza.

Comentamos sobre el presidente Álvaro Arzú. Asumió el poder a principios de este año. Proceso electoral muy ajustado, venciendo por escaso margen al ultraderechista Alfonso Portillo. Abstención del 62%. Rigoberta Menchú: «Las comunidades indígenas mayas no se habían identificado con ninguno de los dos candidatos». Principal promesa electoral de Arzú: la firma de la paz en diciembre, acabando con los treinta y seis años de plomo.

Abogado, cuarenta y nueve años, rubio de ojos claros, poderosa familia de origen vasco. Bien visto por sectores progresistas y por Estados Unidos. De modo inmediato hace una drástica

depuración de altos mandos del Ejército y de la Policía, abriendo una puerta a la URNG, con quienes se reúne privadamente. Entre Arzú y Rodrigo Asturias nunca reinó la confianza.

Consulto mis notas sobre el discurso de Mario Monteforte que puede sintetizarse en:

1. Problema político. Estado débil, desintegración de instituciones y grupos sociales. Indígenas subdivididos, con líderes locales no nacionales; un sector obrero, alienado por la pobreza y la legislación laboral, que sólo es un movimiento de resistencia; partidos políticos diezmados y enfrentados sin ideologías claras y faltos igualmente de líderes nacionales.
2. Problemas económicos. Pobreza. Faltan mercados para la industria y comercio. Sobran inversiones especulativas. Salarios míseros: no hay consumo interno.

Sus soluciones:

1. Organización: coordinación de fuerzas. Visión política y económica a medio y largo plazo. Rehacer desde las escuelas los valores nacionales. Buscar la legitimación a las instituciones a través de la participación.
2. Ayudas externas en capital y tecnología para la producción, sin alegar como coartada la inseguridad del país.
3. Necesidad de definición ideológica. El paso de nuestro pre-capitalismo medieval al verdadero capitalismo en un movimiento de progreso. No disfrazar el idioma: el capitalismo es hacer plata con el trabajo propio y ajeno.
4. Mensaje de esperanza. Guatemala no es un país rico. La riqueza está en su gente.
5. La gente. Asocio, conmovido, las palabras de Mario con la última escena de la película *Las uvas de la ira* basada en una novela de Steinbeck. La madre, en un estado mísero, dice: «Pero no podrán con nosotros porque nosotros somos la gente».

Hablo brevemente con Mario. Lo veo desazonado. Hoy le duele más que nunca Guatemala. Hoy le duele más que nunca no haber creado esa nueva idea que diera color al amanecer del que hablaba Rosalina Tuyuc.

Para animarle, Freud le hubiera dicho: «Mario, tienes un hermoso futuro en tu pasado».

15 de noviembre de 1996

Chicote – Neruda

Mario desea visitar el Museo de Bebidas de Perico Chicote, en la Gran Vía madrileña, el más importante del mundo con sus veinte mil botellas.

En la época del productor norteamericano Samuel Bronston, el Museo fue Hollywood. Además de presidentes como Eisenhower, monarcas como Rainiero de Mónaco, princesas como Soraya, científicos como Fleming, desfiló toda la primera fila de actores y actrices: Lana Turner, Gary Cooper, Orson Wells, Audrey Hepburn, Bette Davis, Rita Hayworth, encabezaban la lista. Chicote defendía con firme elegancia la colección. Sofía Loren se enamoró de una botella y se quedó sin ella. La prensa italiana titulaba: «Chicote dice No a la Loren». Rechazó igualmente todas las ofertas de compra, una de Onassis.

El Bar Chicote fue inaugurado en 1932. En 1936, al iniciarse la guerra civil española, y en continuo bombardeo sobre Madrid, el Bar Chicote era cobijo de los corresponsales de guerra, y allí escribía sus calientes crónicas Hemingway. Al finalizar la guerra, Chicote fue contratado como *barman* para eventos oficiales, gestionaba además el bar del Congreso de los Diputados y todas las bodas de rango le daban el toque de ser servidas por Chicote.

Perico Chicote, madrileño de familia humilde, sin formación cultural, estaba dotado de una especial habilidad para crear cócteles y no crear enemigos. Monarquía, República, Guerra Civil, Dictadura, Democracia. Sin ideología explícita,

vivió todas las etapas con naturalidad y sencillez. Su bebida favorita: vino tinto con sifón. Fue la figura más popular de Madrid. Murió en 1977.

El Museo está situado en el sótano. En el bar, primera planta, exponen sus ceñidos encantos las señoritas de alterne. Siempre tuvieron estilo propio, marca de la casa: discreción. Ava Gardner, más bebedora que los peces en el río, le decía a Perico Chicote: «Tu bar ser de putas; yo ser una puta».

En la parte delantera del bar, hicieron tertulia los autores teatrales del momento —Tono, Mihura, Joaquín Calvo Sotelo— y críticos taurinos —hermanos Cossío, Corrochano—. Miguel Mihura escribió en su autobiografía que había nacido en Madrid porque era el lugar más próximo al Bar Chicote.

Su leyenda negra surge al ser el primer lugar en donde se vendió la penicilina, inexistente entonces en el mercado español. Chicote sólo regaló una botella de su colección: un whisky de marca desaparecida al doctor Alexandre Fleming.

Mario y yo pedimos dos dry martinis, el cóctel clásico por excelencia, un latigazo helado con fuego dentro. Con el dry martini no hacen falta espías ni policías ni detectives privados ni sacerdotes para conseguir una confesión. El dry martini habla solo. Jrushchov lo consideraba el arma más letal que había ideado Occidente. W.C. Fields perdió su salud por haber brindado con dry martini por la salud de sus amigos: descanse en paz. Dorothy Parker decía que al tercer martini se encontraba bajo la mesa y al cuarto bajo el cuerpo de su invitado: descanse en guerra. Mario comenta:

—Pero reconoce que estamos tomando los mejores dry martinis de nuestra vida. En fin, hoy toca hablar de Neruda y si te parece vamos a seguir la misma fórmula que con Asturias: relacionando etapas.

—En la preadolescencia, Neruda era un niño tímido y ensimismado que se pierde en la selva y escribe versos interesantes, y tú, a esa edad, dominas selvas y terremotos, un aventurero que escribe una novela no interesante.

—Segunda fase: amores platónicos, estudios, lecturas mil. Y percepción juvenil, después rebelión y exilio, ante los gobiernos militares impuestos por Estados Unidos.

—En la guerra civil española los dos tomáis partido por la República. Neruda, aún sin carnet de militante, se integró en la única fuerza organizada de resistencia contra el fascismo: la comunista.

—Y llega el gran momento en los años cuarenta. Tú eras uno de los líderes de la Revolución de Octubre en Guatemala, la revolución total, cultural y económica, social y política.

En esas fechas de vuestra revolución, marzo de 1945, Neruda es senador de la República de Chile, y ese mismo año ingresa en el partido comunista.

—Thoreau dice que a los grandes poetas sólo los grandes poetas pueden leerlos, pero los marginados chilenos no leían a Neruda, y se conmovían. ¿Os separó el comunismo? Matízame la respuesta.

—Comunismo, comunidad, solidaridad, fraternidad, y después viene la praxis. El comunismo fabrica sus gulag, la Iglesia sus pederastas, los políticos sus genocidas, la filosofía sus Heidegger simpatizantes del nazismo... Se derrumban las utopías colectivas.

—La utopía individual.

—Son compatibles, incluso simultáneas. Sigamos. En 1971 le dan a Neruda el Premio Nobel. ¿Harías voto de castidad por ganar el Premio Nobel? Te dejo pensar.

—¿Hablamos de la poesía de Neruda?

—Motor de la alegría e instrumento para la paz. Hay una anécdota que Neruda contaba y que le produjo un gran desconcierto. Fue una conversación con el Che Guevara.

—Por eso viene el desconcierto de Neruda. Le dice el Che: siempre estamos en contra de la guerra, pero cuando la hacemos no podemos vivir sin ella y queremos siempre volver a ella. Yo creo que el Che confundía la guerra con un orgasmo.

—Ergo: la Revolución es un perro dálmata que cambia de dueño, el problema es que ese nuevo dueño puede ser aún más miserable que el anterior.

—Compromiso y elección sartreana.

—Defectos de fábrica. Insisto siempre: estamos mal hechos, Mario. Hay que refundarse todos los días, excepto Neruda al que hoy hemos beatificado.

—Con su voluntarismo lo tuvo mejor que tú, que te produce la misma ira el estalinismo que el imperialismo. Hablando de ira. Huidobro y Neruda se profesaban un sagrado odio africano. Bastó que en una antología poética de Eduardo Anguila se pusiese en primer lugar a Huidobro para que Neruda, en su poema «Aquí estoy», regalase los oídos de sus enemigos con un concierto que no sonaba precisamente a Mozart: cabrones, hijos de puta, comunistas de culo dorado, me cago en la puta que os mal parió...

—Pues yo creo en la humildad de Tolstoi cuando se retira de los salones mundanos, avergonzado de que se le considerase un alma pura. Y creo en la humildad de Kafka en su carta a Milena: «Mi ser es miedo». Y creo en la modestia de Camus que no podía soportar que lo considerasen mejor de lo que era. Y en la de Julio Cortázar, cuando se le acerca un adolescente tembloroso: «Le pido por favor un autógrafo. Mi padre dice que usted es Dios».

Y Cortázar, casi sonrojado, le contesta: «Dile a tu padre que Dios no existe». Y creo que por la vía del cínico escepticismo, llegaron a la humildad Onetti y Rulfo. Y por esa vía escéptica e irónica hay brotes de humildad hasta en Borges: «No sé nada. Imagínese que ni siquiera sé la fecha de mi muerte».

—Es cierto que esas interpretaciones de autohumillación son exclusivas del autor, no delegables, y si proceden de un tercero tienen efecto de rebote irascible. La escena de Sócrates, en el ágora; después de una lección magistral, proclama: «Sólo sé que no sé nada». Los discípulos sonríen pícaramente y entonces él replica: «Pero vosotros, menos».

—¿Quién es José Luis Cuevas compitiendo en autopublicidad con nuestro Dalí? En 1973, en Tarragona, conmemorando los dos mil años de la llegada del emperador Octavio Augusto a la ciudad, entra Dalí con una carroza inmensa en forma de elefante; se declara católico, apostólico, romano, y proclama su lealtad incondicional al invicto caudillo Franco... Tenía tal obsesión por la inmortalidad que proyectó congelar su cadáver hasta el día en que la ciencia venciese a la muerte. Esos deseos de inmortalidad también eran obsesivos en Unamuno, capaz de creer en un Dios en el que él no creía para tener una glo-

riosa vida eterna. El ego de Unamuno era catedralicio. Cuando Ortega y Gasset, otro no precisamente franciscano, esperaba su visita y tenía a alguien en el despacho, le rogaba: «Salga usted inmediatamente, que viene Unamuno con su ego, y no cabremos en esta habitación». Bioy Casares, pensando no sólo en los argentinos, podría afirmar: «Los artistas se suicidan arrojándose de lo más alto de su yo».

—¿Quiénes son Fuentes y Paz compitiendo en narcisismo con nuestros Cela, Umbral o Benet? Cela se declara el mejor escritor español desde la generación del 98, y pide perdón por el poco esfuerzo que le ha costado. Paco Umbral califica a Octavio Paz de político vendido, busto parlante de la televisión mexicana, y un mal poeta que, cuando se pone telúrico, le sale Neruda. De Carlos Barral asegura que bebía para olvidar lo mal poeta que era y como prosista era tan infame que no acertaba en un solo adjetivo. Y Benet, ay Benet, consideraba deleznable la novela del siglo XIX; Joyce, un segunda fila; Balzac no hizo literatura sino un proyecto catastral... esa mezcla de autoincienso provocador, desprecio impertinente, arrogancia pontifical, me lleva a recordar los ataques de celos de un folletín americano. Decía Julio Cerón que a todo discóbolo le llega su bumerán...

—Y lo más importante, social y políticamente de una ejemplaridad admirable.

—A mi hijo le pusimos de nombre Pablo. Brindemos por los Pablos.

—¿Qué significó Neruda en tu vida y en tu obra?

—¿Te das cuenta que ahora has citado a cuatro poetas, no siendo tú poeta?

—Diagnosticaría: dry martini de Chicote.

14 de noviembre de 1997

Pintura guatemalteca

El 14 de noviembre de 1997, Mario Monteforte da una conferencia en la Casa de América de Madrid sobre el tema «La pintura en Guatemala como proceso». Hora: siete y treinta de la tarde. A esa hora, decía Eugenio D´Ors, en Madrid o das una conferencia o te la dan.

Por la mañana desayunamos en la cafetería del Hotel Suecia, donde se alojan los conferenciantes de Casa de América. El Hotel Suecia fue y es un hotel de escritores y artistas. Hemingway tiene una placa. A Hemingway, en España, le pasó lo mismo que a Mario en Guatemala: casi todo el mundo lo conocía y casi nadie lo leía.

Mario está despreocupado por la conferencia. Es un tema que domina.

—¿Por qué ese título de la pintura como proceso?

—Pero hay nombres inevitables. Carlos Mérida, por ejemplo. Por cierto, te regaló un cuadro y lo vendiste en un momento de gustos caros y mujeres atractivas...

—A mí lo que más me conmueve de Mérida es su esencialidad. Se sale de lo folklórico y refleja al indígena con profundidad heridora. Es tan guatemalteco que resulta universal. Como la literatura mexicana de Juan Rulfo. Sentir lo nuestro para llegar a todos. Efraín Recinos, ¿no es un caso similar de talento inmenso y modestia franciscana?

—En mi primer viaje a Guatemala, a principio de los años 90, quise conocer personalmente a varios artistas guatemaltecos. Me había interesado su obra a la que sólo había llegado parcialmente, a través de alguna exposición colectiva, catálogos o libros de arte.

—Para mí, Efraín es un personaje por exclusión: no ambición comercial, no resentimiento, no envidia, no amargura, no dioses redentores ni inspiradores. Y no vanidad.

—Cuando citas la influencia de la arquitectura de Lloyd Wright, recuerdo que, en una audiencia pública, el juez comenzó así: «Usted, señor Wright, es considerado el mejor arquitecto del mundo». Wright contestó: «Indiscutiblemente». Al finalizar la vista, sus amigos se le acercaron lamentando que no fuera más modesto ante el juez. Wright replicó: «No podía, estaba bajo juramento». Personalmente, ya ves, es el anti-Recinos.

—Especialmente siendo tu amigo.

—Yo no pierdo la esperanza. Eso de trabajar la paciencia diariamente es una oración purificadora, que debe producir efectos benéficos en el más allá. En el más aquí, es evidente que con Recinos desactivas tu capacidad crítica y eres el primer admirador de sus obras monumentales.

—A mí me pareció más tímido que cordial, y mucho más irónico que dramático. Efraín Recinos es un escéptico que ríe bajito. Receptivo a las opiniones expertas, silencioso o ausente ante las conversaciones tópicas o relaciones banales. Me impresiona que bajo esa soledad ensimismada, se esconde un investigador obsesivo, un autocrítico feroz, que ha llegado a encontrar, con una profunda información literaria, la otra realidad en el arte, una realidad personalísima, ingenua de puro sabia.

—Cuando me enseñaba el Teatro Nacional, dijo algo revelador: «Hacer esta obra cuando en Guatemala había desigualdad y miseria, puede producir mala conciencia. Pero la hubiera hecho otro si yo hubiese renunciado, y quizás peor». Esa declaración es una mezcla de posibilismo, compromiso y humildad.

—Para mí también es personaje. Pero por inclusión: seguridad, elegancia, brillantez, autocontrol, cultura universal, distancia, teatralidad...

—Me pareció político, con vocación política. Le pregunté si le había quemado el Ministerio y me dio una respuesta definitiva de su personalidad: «Supe escapar a tiempo».

—Su pintura me impactó mucho. Como cuando escuchas la trompeta de Miles Davis, ves torear a Rafael de Paula o lees los macondos de Gabriel García Márquez. Técnica deslumbrante, pero el valor añadido lo tiene ese don indefinible y mágico. Aquí los flamencos lo llaman duende. Rojas tiene duende.

—Estoy seguro. Me regaló un libro suyo con textos de Lionel Méndez Dávila y lo hice rotar por todos los críticos y artistas iconoclastas del antiguo imperio español. Hubo unanimidad en el adjetivo calificativo: fascinante.

—En todos se reúne el artista con personalidad y talento, y el ciudadano comprometido. Y eso es muy difícil. Tan difícil como encontrar a un político honesto, un futbolista pensante o una prostituta virgen.

—Y singular. Me lo presentó Antonio, un jesuita. En su casa y taller corre limpia el agua. Se respira honestidad, orden, solidez. Es tan infrecuente esa estabilidad familiar y personal...

—Exacto. Tú eres el modelo de estabilidad familiar. Pueden cambiar las señoras, pueden escapar los hijos, pero tú sigues ahí, fiel a los valores eternos, incommovible, como un baluarte familiar, ejemplo divino para generaciones futuras.

—No me extraña. Vamos con Quiroa, otro fraterno tuyo.

—Recuerdo un relato en el que los comunistas niegan la existencia de Dios, con el trabajo que le costó a Dios inventarse a sí mismo. Entonces Dios castiga a los comunistas enviándolos al infierno capitalista. Es tan irónico que merecía ser gallego. Su pintura y su narrativa para mí han sido siempre una fiesta.

—Luis Díaz me pareció una persona efervescente. Un entusiasta inasequible al desaliento. Buscando una interacción, una complicidad en los demás que nunca llega. Da la sensación de estar siempre en el lugar inadecuado haciendo lo que no toca. Un idealista haciendo su propia revolución. La contracorriente de la contracorriente.

—Desconcierto y tal vez frustración. Como tú dices, tiene tal cantidad de registros que si quisiera se hubiera integrado en cualquiera de los campos que dan bienestar económico. Pero juega al malditismo. Es un conceptual puro que intenta crear conciencia donde sólo va a encontrar silencio.

—En eso, el más rico de Guatemala. ¿Qué te parece como pintora Isabel Ruiz?

—Tengo un gran afecto a esa pareja. Sufrieron, ¿puedo llamarle genocidio?, y gestionaron con tal elegancia su dolor que parece natural, de nacimiento. Tal vez sea así: dolor de nacimiento. Para mí representan la dignidad. Su obra está hecha en carne viva. Isabel fue la que me llevó al taller de Auyón, pintor por el que aposté, adquiriéndole una serie de obras que aún estaban bajo la influencia de Elmar Rojas. Ahora, intenta buscar un camino personal, y me preocupa el pozo en el que ha caído...

—Su fragilidad. Isabel Ruiz sale del pozo aunque sea a mordiscos. Mordiscos a sí misma. Pero sale. En fin...

—Su influencia es demoledora. Me pasaba días viendo cuadros sólo en su línea. Se lo pregunté a él y fue clarísimo en la respuesta: «Los pintores que, por afinidad conceptual o de técnica, siguen mi estilo tienen toda mi comprensión. Los que copian por oportunismo comercial merecen mi desprecio. Y ese desprecio es infinito cuando, después de producir obras bajo esa clara influencia, reniegan de ella por resentimiento o envidia». Ilustró el ejemplo con algún nombre que vamos a olvidar.

—...y que fue mucho más. Artistas de personalidad potente que, en pura lógica, no encontraron respuesta en un pueblo angustiado por la supervivencia. Su proyección en Europa hubiera sido...

—...y los guatemaltecos hubieran aportado una iconografía distinta, una nueva mirada. Ver una colectiva suya era como rezar los misterios gloriosos del color. Cuando Cortázar publicó *Rayuela*, todas las universitarias parisinas, con su pelo corto y su suéter de cuello vuelto, conteniendo unos pezones que se disparaban al cielo, soñaban con ser la Maga. ¿Cuántos escritores de primera fila había en esos momentos en París? Pero ninguno había creado a la Maga. En fin, nos quedan, Mario, aún por citar mil nombres.

—Lirismo, simbolismo, abstracción, pero ninguna renunció a la esencialidad de sus raíces.

—Me interesan mucho las investigaciones antropológicas de Roberto Cabrera, rebelde hasta el barroquismo, de constantes cambios en su código expresivo, ahondando siempre en su tierra de origen.

—Rodolfo Abularach, también muy potente en su cambio de registros, que domina intelectualmente. César Izquierdo, estructuralista refinado y singular. Los guerreros pájaros de González Goyri me impactaron, su lenguaje es luminoso y lírico y personal. Enrique Anleu, el Tápies guatemalteco. Espuma la tensión en la obra exacta, meditada y segura de Moisés Barrios. Resulta personal el surrealismo místico de Ramón Banús.

—Tan estimables como Xicará y Juan José Rodríguez, adquirí incluso una obra de De León, un espantapájaros que es alegría y misterio... en fin, nos siguen faltando muchos pintores... El surrealismo de Roberto Bancís; el color de Gilberto Hernández y de Juan de Dios González; y Erwin Guillermo, intuitivo y derogatorio. El asombroso perfeccionismo clásico de Manuel Gallardo...

—Me interesan sus contradicciones: neosurrealista, hipersurrealista, idealista sarcástico.

—Déjalo ahí. Nos vemos en la conferencia.

Mario llega con puntualidad londinense a la Casa de América. Viste de azul indiscutible. Sigue relajado y sonriente. Lamenta la ausencia de Efraín Recinos:

Breve introducción. Y va desgranando la conferencia arrebatada, coloquial y sin papeles.

14 de noviembre de 1997

14 de noviembre de 1997

14 de noviembre de 1997

A las ocho y diez de la tarde se abre el coloquio. Mario Monteforte bromea: «Que no sean muy difíciles las preguntas, por favor».

Un señor desea conocer las actividades artísticas de los indígenas. Mario Monteforte Toledo contesta:

Otro señor pregunta sobre la actual actividad artística en Guatemala.

10 de mayo de 1998

Vinicio Cerezo

El diez de mayo de 1998 se presenta en Casa de América el libro de conversaciones de Mario Monteforte con Vinicio Cerezo.

La noche anterior cenamos en Casa Ciriaco, calle Mayor junto a la Catedral de la Almudena. Como almacén de vinos y tienda data del año 1897, cuando su dueño era Antonio Fernández. La taberna la abre Ciriaco Muñoz en 1917 y la sección de restaurante en 1929.

Casa Ciriaco es historia y clientela famosa. Desde el balcón superior de este edificio, el 31 de mayo de 1906, el anarquista Mateo Morral lanzó la bomba contra los reyes Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, el día de su boda, acabando con la vida de veintitrés personas.

Una placa recuerda que el pintor Ignacio Zuluaga tuvo tertulia y mesa reservada muchos años y en ella cenó por última vez el 25 de octubre de 1845.

A la entrada, una taberna donde se espera turno. Decoración de azulejos. Fotografías taurinas y de la familia real, de Severo Ochoa y Caro Baroja. Servicio ágil y familiar, ambiente alegre, cocina castiza madrileña. Hoy cenan aquí los «Amigos de Julio Camba», peña de escritores y artistas recordando al gran articulista, que también tuvo en la Casa Ciriaco su tertulia. Mario le había leído con entusiasmo varios reportajes sobre Europa.

Julio Camba fue un escéptico volteriano. Formalmente elitista, elegante, conservador; en el fondo, libertario en estado puro: ansiaba la libertad absoluta para no hacer absolutamente nada.

Murió soltero porque sabía, como el poeta, que el número dos era la desdicha.

Le humillaba escribir para ganarse la vida: «Eso de tener talento es una lata». Cuando ganaba al póquer no escribía ni una línea. Ajeno a los halagos, homenajes y pompas: «A mí todas las pompas me parecen fúnebres». Le ofrecieron un sillón en la Real Academia de la Lengua y contestó: «No insistan en lo del sillón. Yo lo que necesito es un piso». Mientras le ponían el piso, vivía en el Hotel Palace degustando tres platos exquisitos con cuatro vinos distintos. Presidía una tertulia en Casa Ciriaco, ejercía de gastrónomo excelso y jugaba al póquer.

Escribía poco y le pagaban mucho. Como corresponsal de *ABC* en Londres, opinaba que los ingleses tenían la misma imaginación que una máquina frigorífica. La puntualidad, la seriedad, la lógica, la honestidad de los ingleses era sólo producto de su falta de imaginación. Pero si un día quisiera casarse vendría a Londres: sus mujeres no sienten celos ni tienen nervios, comen muy poco, no hacen ruido ni ensucian la casa.

Como corresponsal en Berlín, encontró a los alemanes muy pesados, grandes como matronas, pero vestidos tampoco estaban muy bien, les faltaba la gracia de los franceses.

Como corresponsal en París, recordaba admirativamente al farmacéutico Parat, que había instalado un cinturón de castidad, modelo medieval, a su santa esposa. Era el único parisino que estaba seguro de que su mujer no le había engañado. Aconseja a todas las parejas el cinturón de castidad recíproco, instrumento de lo más práctico.

Pronostica que las tres o cuatro personas equilibradas que quedan en el mundo lo van a pasar muy mal. No van a poder siquiera matar a sus esposas cuando están cansados de la vida conyugal, ni a un tío rico para heredarle. Los sensatos

no podrán hacer nada de nada: «Comprendo la desesperación de los normales. Yo, en su caso, me volvería loco».

Para salvar la democracia, pide que en las elecciones voten los muertos. Sería un voto desligado de todo interés terrenal, y además los muertos creen en Dios: «Si no creen los muertos en Dios, quién va a creer».

Acaba con un mensaje de esperanza, marca de la casa: «El porvenir es de los bárbaros. Tengamos confianza en el porvenir, nosotros, los españoles».

Mario y yo pedimos una de las especialidades de Casa Ciriacco, gallina en pepitoria, con el vino de la casa, un Valdepeñas severo, persistente, con sabor a fruta madura.

Mario me va contando el proceso del libro sobre Vinicio.

—¿Aprobó Vinicio ese trabajo?

—¿Cuál fue la actitud de Vinicio en las grabaciones?

—Tú no eres optimista retórico, ni extrovertido, ni superficial, ni de derechas. Ese contraste hubiera sido interesante reflejarlo en el libro. Tus planteamientos de intelectual, con su

inevitable idealismo y proyección a largo plazo, chocan frontalmente con el Cerezo político, resultadista en la inmediatez. No coincidís ni en ritmo ni en tono.

—Me interesa saber la postura de Vinicio Cerezo en los acuerdos para la paz. Con mis datos llego a tres conclusiones. Primera: criterio de Vinicio, como única vía de superación del conflicto, de negociación directa con URNG. Segunda: oposición de las Fuerzas Armadas, condicionando esa negociación directa al desarme de la insurgencia. Tercera: intervención del gobierno español, como anfitrión, testigo y garante de esas negociaciones llevadas, en principio, en riguroso secreto. Es decir, Vinicio Cerezo inicia el proceso de paz, que se frustra por la oposición del Ejército y por su falta de capacidad política para superar esa oposición. ¿Qué opinas tú?

—Y en enero de 1993, ya no era presidente Vinicio, se retoman con renovado vigor las conversaciones para llegar a un acuerdo de paz. ¿Es así?

—Como veo tu incomodidad al hablar de este libro y no es cosa de ahogarnos en el vino Valdepeñas, te propongo que hablemos sólo del tema femenino.

—En la grabación, Vinicio recuerda a su abuelo Celso, que murió a los treinta y siete años, dejando once hijos, con ocho compañeras. El padre de Vinicio tuvo otra familia con varios hijos, pero su madre no se divorció porque pensaba que la unidad familiar era indispensable para que Vinicio cumpliera su destino. Vinicio te confiesa que el lado más vulnerable en su comportamiento, que afrenta a sus costumbres cristianas, es su conducta con las mujeres.

—¿Seducción por la personalidad femenina o sólo pulsión sexual por el cuerpo femenino?

—¿Desconfianza como defensa de tu vanidad? El punto vulnerable del hombre es la vanidad. Se conquista a base de elogios, y los elogios, ya lo sabes, siempre son insuficientes. Julio Camba era una gloriosa excepción. Una mujer sólo le seducía si le invitaba a un faisán regado con vino francés.

—Ya me has dado la respuesta. No te fascina la personalidad femenina, pero quizá, a nivel de inconsciente, pesa su aplastamiento machista histórico.

—No olvides al psicoanálisis. Freud afirma que la única contribución de la mujer a la civilización fue el arte de tejer; la considera como un hombre incompleto que dedica toda su vida a compensar esta inferioridad. El freudismo y el psicoanálisis posfreudiano centran a la mujer en su destino singular: la reproducción. Llegan a explicar el maltrato por su tendencia al

masoquismo. Estoy convencido de que el conocimiento femenino de Freud se centraba exclusivamente en casos patológicos, lo cual le llevó al desconcierto. Le hizo falta tu rodaje, Mario.

—Al liberarse del subsidio masculino, buscan opciones no rituales. Los anticonceptivos separaron la sexualidad de la maternidad. Y por supuesto no renuncian al placer no reproductivo.

—Y la separación de sexo y amor. Visualiza la imagen. Ortega y Gasset, seductor nato, consciente de su superioridad intelectual, se encuentra en Buenos Aires, en casa de Victoria Ocampo. Pasean por el jardín. Diálogo filosófico profundo. De pronto, Ortega hace una pausa solemne, mira a Victoria y le pregunta: «¿Hacemos el amor, Victoria?» y Victoria le contesta: «No. El amor ya lo hago con mi jardinero. Sigamos platicando». Y no sólo la separación de sexo y amor, sino sexo al margen del hombre. Simone de Beauvoir, la gran ideóloga del feminismo, se basa en la obra de Master y Johnson sobre sexualidad. Master y Johnson mantienen que sus experiencias de laboratorio han establecido que el orgasmo vaginal es un mito y que sólo es real el orgasmo clitoriano. En el placer sexual la mujer no tendría ninguna necesidad del hombre.

—Estos días estábamos revisando los estudios sociológicos de las universidades norteamericanas sobre la mujer.

—Conclusión, ninguna. Pistas.

—¿Quieres decir, Mario, que buscas mujeres tan inteligentes que reconozcan que tú eres más inteligente que ellas y, como consecuencia, se te sometan inteligentemente?

—La situación económica es definitiva. Una simple hipoteca sobre el domicilio conyugal puede impedir o retrasar un divorcio. En mi experiencia profesional son mayoría los matrimonios en los que ya no hay amor, tampoco desamor. No son felices, tampoco infelices. Defienden una situación estable, consideran la rutina y la paciencia preferibles a la intensidad y la sorpresa. La escritora catalana Mercedes Salisachs juzga a los hombres por sus bostezos. Las ex son las fuentes más deseadas para Hacienda o para el periodismo amarillista, especialmente si están resentidas o fueron abandonadas por otra más joven. Empuñan el hacha de la venganza con frialdad militar. Ahí está la razón de que la Iglesia mantenga el celibato. Si autorizase el matrimonio, las ex de los obispos acababan con la Iglesia en un mes. Cambiemos el tercio. Háblame de tu mito erótico, de tu concepto del feminismo, de la pornografía y la promiscuidad, de la ternura.

—Influencia de las mujeres en tu vida y en tu obra.

—¿Cuál fue la mujer con la que más has convivido?

—¿Te veré aún celebrando tu quinto matrimonio?

—Ya conoces el aforismo: imposible estar casado y tener razón al mismo tiempo. Los cardiólogos podrían aportarte motivos preventivos: el matrimonio con un ama de casa es el que más protege al hombre de riesgos cardiovasculares.

—En el cielo, Mario, el cielo está lleno de amas de casa. En un intento de definir a la mujer, Simone de Beauvoir parte de un principio: «No se nace mujer, se llega a serlo». Y ese principio lo desarrolla Lacan: cada mujer debe inventarse a sí misma, no hay modelos. La feminidad es alteridad radical, la mujer es distinta de lo que parece, es siempre otra.

—Pongamos punto final. Pontificando sobre la mujer siento la misma incomodidad que tú hablando del libro sobre Vinicio. Parecemos obispos.

—En el asilo de ancianos de Carballo, un pueblo gallego, vi una pintada que decía: «Muchos de estos ancianos se arrepienten de los pecados no cometidos». Cuántos pecados habrías cometido con ese oro de tu pariente cardenal...



Lo conté en el libro *Mario Monteforte Toledo para siempre*, edición de José Toledo Ordóñez. La mañana del día 10 de mayo de 1998 no fue apacible. Todos los amigos comunes pidieron, casi suplicaron a Mario, que recibiera y comiera con Vinicio Cerezo. «Ni comida ni cortesía. Vinicio Cerezo me lavó el corazón».

Fue una especie de Viernes Santo Monteforte. A las ocho de la mañana, como surgiendo de la niebla, Mario entra en la cafetería del Hotel Villa Magna, el más moderno y el más cuidado hotel de Madrid; encuentra la cafetería siniestra, y el café sospechoso.

A las nueve y veinte quiere comprar un peine. Y a las diez, comer una paella que encuentra seca, áspera e intragable. A las doce dice añorar su caballo andaluz. A las trece horas entramos en la Asamblea de Madrid, donde nos invitaron a comer, después de un largo recorrido en taxi.

En la comida, increpa a un periodista, encuentra caliente la sopa que pidió fría, quemada la carne que él pidió casi cruda, y, cómo no, el café es sospechoso, muy sospechoso.

Cuando empezaban a limarse las diferencias con el periodista, con el cocinero de la Asamblea de Madrid, y con Madrid capital de España por la gracia de Dios, pide urgentemente un taxi para preparar la presentación de su libro sobre Vinicio Cerezo, el político que le lavó el corazón. Por cierto, las razones de ese lavado que me revela como confidenciales, no extrañarían ni ofenderían a nadie, ni siquiera a Vinicio Cerezo.

Reaparece a las siete de la tarde en la cafetería de la Casa de América. Peinadísimo, impecable en su traje oscuro: «¿Te dije, Juanjo, que el peine que compré hoy merece figurar en la historia de la infamia de Borges? Igual que la paella y la cocina de la Asamblea». No, no me lo había dicho. Hoy no se salva ni el peine.

Me enseña la preparación de su conferencia. Cinco palabras, exactamente cinco palabras intentan huir de un pálido folio. Presiento lo que Mario no siente.

Le entrego la síntesis del libro *Vinicio. Entrevista de Mario Monteforte Toledo*, que me solicitó. Mario sólo dice:



Síntesis del libro

He utilizado los mismos conceptos, incluso las mismas palabras de Vinicio Cerezo en el balance de su gobierno.

Vida política de Vinicio

Inquietud política muy temprana. A finales de los cincuenta sube a la presidencia Ydígoras Fuentes y Vinicio se integra en la oposición.

La caída de Árbenz fue el primer gran golpe. Había terminado la buena Guatemala y había que comenzar desde cero para salvarla.

Líder estudiantil en la Universidad de San Carlos y de la Democracia Cristiana. «Es un error pretender que las universidades sean apolíticas; la apoliticidad es un dogmatismo». Ejerció la profesión de abogado entre 1968 y 1976.

Entre 1974 y 1978 fue diputado del Congreso de la República. De 1985 a 1991, presidente de Guatemala. Posteriormente, miembro titular del PARLACEN. Estudios de Ciencias Sociales. Conferencias y escritos sobre política.

Su divisa: «Tengo el egoísmo de sentirme alegre y bien, y la conciencia de lograrlo sólo sirviendo a los demás».

Análisis de sectores

1. Fuerzas Armadas

Al empezar la legislatura todavía no se daban las condiciones para que el Ejército pudiera superar su ideología de guerra. Propósito del gobierno: desmilitarizar la sociedad. Durante los últimos años evolucionaron las Fuerzas Armadas mucho más que los empresarios.

No están en contra del progreso capitalista y la reforma estructural del país. Toman conciencia de que la oligarquía les utiliza en defensa de los grandes intereses. Rompen el bloqueo que supeditaba el Ejército al poder económico. Ya no cuenta el anticomunismo como política integral represiva.

En 1988 el gobierno se apoya en el Ejército para evitar el derrocamiento por la oligarquía económica.

Logros del gobierno: baja drástica en la represión de los militares, reducción del presupuesto militar, exclusión de unidades que cometieron desafueros, consolidación del poder civil.

La firma de los Acuerdos de Paz con la guerrilla hace cada día menos necesaria la presencia de ejércitos del tamaño que hoy tienen. Más necesaria, en cambio, es una fuerza de carácter civil como la Policía Nacional, el único cuerpo al que debiera encargarse la seguridad personal y pública.

El país en general estaba hastiado de la violencia y la represión. Hasta Estados Unidos comprendió que los gobiernos autoritarios desacreditan su propia imagen.

Se firmaron los acuerdos de base para el proceso que en la próxima década iba a terminar en la firma de la paz con la guerrilla.

2. Religiones

Con el gobierno, libertad absoluta de cultos. Normalmente las sectas apoyan al gobierno de turno. Nunca intervinieron las religiones en cuestiones económicas. En el campo electoral y proselitista están con los candidatos evangelistas y especialmente con Ríos Montt. A finales de la legislatura, muchos obispos criticaron al gobierno por no haber hecho reformas más profundas y no haber castigado a los militares responsables de violaciones de derechos humanos. La Iglesia católica jugó un papel gradualmente más claro y enérgico a favor del proceso de paz.

3. Prensa

Declaración de principios de Vinicio: «Siempre he pensado que en materia de expresión de pensamiento es preferible el exceso de libertad que la falta de libertad».

Relaciones de la prensa con el gobierno: después de 1989, la prensa se alía con el CACIF en campaña de desprestigio de las instituciones civiles, especialmente del gobierno.

4. Indios

Actuaciones: desde 1954 no recibieron los bienes, los estímulos y el respeto que les dio el gobierno. Leyes que aseguraron su libre organización. Recursos a muchos pobres para abrir pequeñas y medianas empresas. Ayuda para organizar cooperativas.

Detrás de todas las posiciones racistas hay muchos motivos económicos. Por otro lado, las soluciones excesivamente étnicas, como las religiosas, conducen al dogmatismo y al enfrentamiento.

Estaban los indios totalmente excluidos de los centros de decisión de los asuntos fundamentales que les afectaban y sólo una pequeña minoría figuraba en la burocracia. Su defensa contra el sistema es el abstencionismo electoral.

Ninguna sociedad está compuesta de iguales. Y los sectores más débiles deben ser tutelados por las leyes: varios artículos de la constitución sugieren estatutos específicos para los pueblos indígenas. El gobierno y la iniciativa privada sensible a estos temas deben crear las condiciones para que los indígenas puedan organizarse autónomamente.

El sector indígena no es homogéneo, ni lo era cuando llegaron los españoles. Ya hay entre ellos muchos ricos, incluso con trabajadores ladinos.

5. Sector laboral

Después de 1954, etapa de total represión política, añadida a una depresión económica mundial, convierte a casi todo el sector obrero en economicista, con más interés en conservar los empleos que en la participación.

Labor del gobierno: casi total apertura a las organizaciones sociales y gran tolerancia en relación con los sindicatos. No tardó el sector empresarial en formar sus grupos antisindicalistas. La sindicación prosperó mucho más en el sector público que en el privado.

En las reformas tributarias y educativas, absolutamente decisivas e imprescindibles, los sindicatos respaldaron al empresariado.

Propósitos no logrados y sus errores

1. Reforma fiscal y reforma agraria

No se logró por la resistencia feroz de la derecha. Su falta, uno de los mayores lastres del desarrollo. La derecha nunca podrá explicar cómo puede hacerse cargo el Estado de todos los servicios que corresponden a la política social sin pagar impuestos.

La tierra debe pagar un impuesto progresivo, incluyendo la propiedad urbana. No se plantea una reforma agraria expropiatoria, esa no es la mecánica adecuada; y hay que extirpar racionalmente la noción ideológica de que la reforma agraria consiste en socializar la tierra y repartirla en pedacitos.

El impuesto progresivo redistribuye las grandes fincas, pone en producción racional las tierras ociosas, aumenta las fuentes de trabajo para campesinos. En este terreno el rol del gobierno es decisivo.

2. Política social

La actuación del gobierno fue insuficiente por no haber cortado de raíz estos planteamientos del empresariado: subir los impuestos a los ricos perjudica a los pobres, el alza de salarios y el control de precios produce inflación, hay que ayudar al capital porque es la columna vertebral de la sociedad. No tocar la propiedad de la tierra, no fiscalizar en exceso las contabilidades

privadas, si hay necesidad de fondos recurrir a préstamos externos o privatizaciones de bienes nacionales, repartir el pago de deuda pública con impuestos indirectos; mercado libre, pero con protección a los productos nacionales. Su ideología: el bienestar de los de abajo resulta del bienestar de los de arriba. No quieren entender que el objetivo del capitalismo no es el enriquecimiento de unos pocos, sino la distribución de la riqueza entre muchos.

Sus amenazas: llevar el dinero al exterior, paralizar la vida económica del país, anunciar la quiebra de las empresas, violentas reacciones populares y, como remate, el golpe de Estado. El gobierno fue ingenuo en creer todas esas amenazas.

Desde 1954 el gran capital, con el respaldo de las Fuerzas Armadas, ha gobernado con total autocracia al país. Sus abogados especialistas han hecho las leyes y defienden el sistema monetario y crediticio. Se cedió demasiado, pero el gobierno no puede luchar solo contra la oligarquía y sus aliados.

Aciertos del gobierno: promoción organizativa, romper el monopolio y la hegemonía de ciertas centrales.

Internacionales

1. Centroamérica

Imposibilidad de seguir aislados de un mundo globalizado y depender indefinidamente de la ayuda extranjera. Había mentalidad de dependencia.

El proyecto de integración centroamericana no significa control estatal sino acuerdo total de los empresarios privados. Son necesarias concesiones mutuas e instituciones estables como el Parlamento Centroamericano, pero sin poder vinculante.

Hubo crecimiento económico, sin mayor justicia social ni mayor bienestar colectivo.

2. Estados Unidos

Ahora las presiones tienden a disminuir. Se centran en secundar su política anticubana, apoyar sus posiciones en los foros internacionales, respetar los derechos humanos, cancelar la represión militar, incrementar la lucha contra el narcotráfico. Y el mantenimiento de libre comercio con disfrazado proteccionismo a su favor.

3. Recetas del Fondo Monetario Internacional

Son una opción para las situaciones de emergencia. Se las descalifica por su verdadero objetivo: salvar al sector capital, no a la sociedad. Tratan de implantar como alternativa única el neoliberalismo y cerrar créditos a quienes no lo aplican.

El sector económico no acepta compartir la carga del desarrollo nacional y los gobiernos se ven forzados a vivir de préstamos, cuyo peso recae a la postre en los sectores menos favorecidos. El mayor agobio de la economía son las deudas externas. El FMI es el protector de los acreedores.

4. Belice

En Guatemala se partía del dogma de que «Belice es nuestro». Llegó a convertirse en vivo sentimiento popular. Actuar dentro de la realidad de su independencia requería especial tacto. Situaba a la política en dos planos: por una parte, establecer relaciones de provecho mutuo; y por otro, proyectar un acercamiento antillano a base de rescatar la imagen de Guatemala, deteriorada por treinta años de dictadura.

Conclusiones

El proceso democratizador abierto en 1986 no podrá consolidar expectativas y demandas sino a largo plazo, una labor de varios gobiernos sucesivos. Se vivió y gobernó al día.

La firma de la paz es un buen principio que abre esperanzas. Falta superar la cultura del miedo y de la desconfianza. Se requiere un enorme esfuerzo colectivo.

La corrupción no es sólo política, es de la sociedad casi entera. Inútil combatir efectos sin extirpar las causas.

El Estado no responde a los requerimientos y al desarrollo económico de la población. Su reforma implica enfrentamientos con fuerzas suficientes para impedirla.

No todo es cuestión de políticos imaginativos, son imprescindibles técnicos de primera.

Se pospusieron las soluciones económicas y sociales y se dedicaron los mejores esfuerzos a consolidar el régimen político. Error del gobierno. Si no hay reforma económica y social simultáneamente con la reforma política no habrá progreso. Declara Vinicio: «No, no he cambiado en cuestión de principios; no me volví revolucionario. Sigo siendo feliz como un pequeño burgués de clase media y de poder vivir cómodamente hasta donde se pueda».

Son muchas las causas que en materia de progreso histórico el gobierno no ha llegado ni siquiera a donde pudo haber llegado.

La Democracia Cristiana tuvo una posición firme contra las dictaduras porque había un enemigo muy concreto enfrente; pero a la hora de confrontar la transformación de la sociedad, el zapato le quedó demasiado holgado.

El conocimiento popular respecto a los líderes políticos es instintivo, no racional.

La tensión fundamental dentro de la política guatemalteca la origina el poder económico que quiere liquidar al poder civil y gobernar el país totalmente.

Con puntualidad londinense empieza la presentación. Sus participantes: Manuel Piñeiro Souto (director de Tribuna Americana), Iñigo Cavero (presidente del Consejo de Estado), Vinicio Cerezo (expresidente de Guatemala), y el autor del libro, Mario Monteforte.

Manuel Piñeiro inicia el acto:

«Quizás para los que, como muchos de los presentes, hemos sido testigos de la actualidad guatemalteca, uno de los hechos más llamativos haya sido el total silencio, cuando no la más brusca descalificación, sobre la obra del gobierno que presidió Vinicio Cerezo a caballo entre la segunda mitad de los años ochenta y los primeros noventa, y que marcaba el arranque de la transición democrática de Guatemala, tras treinta años de gobiernos militares.

El silencio se ha roto ahora con este sugeridor e interesante libro de Mario Monteforte Toledo, que, en cuidada edición, presenta la editorial guatemalteca Artemis-Edinter. La descalificación, sin embargo continúa, puesto que tras ser ignorada su publicación de forma deliberada durante unas semanas, la única reacción escrita ha sido un demoledor y destemplado ataque, que no análisis ni crítica, lo que a su vez ha motivado una cadena de reacciones procesales».

Manuel Piñeiro a continuación hace una referencia a la violación de derechos humanos y violencia vinculada con el largo enfrentamiento armado y concluye:

«El Vinicio de Mario progresa en círculos concéntricos que a veces parece que se cierran para reabrirse posteriormente en una cadena de revelaciones a veces asombrosas, y desde luego nunca escuchadas antes. El durísimo acoso, por ejemplo, al que el poder económico somete a su gobierno constituye toda una lectura a ratos espeluznante, siempre ejemplificadora y de rabiosa actualidad; o la petición que recibe, y a la que no se pliega, con fino sentido de la Historia, para permitir que su país

albergue la apertura de un nuevo frente antisandinista, o en fin, su nostálgico recordatorio de la máxima del ilustrado presidente Arévalo en el sentido de que gobierno que transa perdiendo, o deja que le tomen la calle, se cae».

A partir de la presentación de Manuel Piñeiro, el acto muere entre la languidez y la desgana de los intervinientes.

Iñigo Cavero, apremiado por un compromiso, sólo puede hablar unos minutos sobre la democracia cristiana y su relación amistosa con Vinicio Cerezo.

Vinicio Cerezo explica asépticamente las pautas de su gobierno en la lucha con el poder económico. A una pregunta del periodista Francisco Peregil, de *El País*, sobre corrupción, Vinicio contesta:

«En Guatemala no hay carrera política y nunca se sabe cuánto va a durar uno en los cargos. Esto acelera el proceso de corrupción».

Cierra el aguado acto Mario Monteforte Toledo. No habla de la oportunidad del libro, ni de la democracia cristiana, ni de corrupción, ni del gobierno de Vinicio Cerezo. En puridad, no habla absolutamente de nada. Engallado, mirando al frente, ignorando la presencia de Vinicio Cerezo, ni siquiera consulta las cinco palabras que flotan en el pálido y arrugado folio. Pinta un cuadro abstracto de color blanco. (Un cuadro en blanco puede ser bello. Depende del blanco.)

Acabado el acto, Mario me pregunta.

—Estuviste brillantísimo. Sobre todo muy concreto.

—Sí, muy ceñido al tema. Mañana un centenar de personas, fanatizadas por tu apasionado discurso, pedirán de rodillas su ingreso en la Democracia Cristiana.

Mario hace un gesto que, en un acto de puro voluntarismo, interpreto como cariñoso.

Hace años, sustituí la palabra Felicidad, con mayúscula, por la de bienestar, con minúscula. Para conseguir un bienestar estable es imprescindible tener una memoria selectiva. Y hoy, en este Viernes Santo Monteforte, me quedo con el abrazo entrañable de Mario y entierro en el olvido los peines infames, los cafés sospechosos y los lavados de corazón.

22 de septiembre de 1998

Nacionalidades

El 22 de septiembre de 1998, Mario Monteforte, presentado por la escritora Rosa Regás, dio una conferencia en Casa de América sobre «Nación y Nacionalidades en los Estados Multiétnicos de América Latina».

Antes de la conferencia–coloquio, tomamos un café en el Palace, el hotel más cargado de historia y personalidad de Madrid. Bajo su cúpula central de inmensa belleza, siguen tejiendo redes doradas empresarios, políticos y artistas, Dalí incluido.

Mario hace una referencia al volcán Pacaya que complicó su viaje desde Guatemala y desea información sobre el protagonismo de Rosa Regás, su presentadora de hoy, en un movimiento cultural cuyo nombre no recuerda.

En 1967, el periodista Joan de Sagarra etiquetó de *gauche divine*, Tom Wolfe les hubiera llamado *radical chic*, a un grupo de personas de extracción burguesa, coincidentes en su actitud ante la vida —exprimida, divertidamente, con una intensidad sin límites— y lograr en sus profesiones la excelencia. Cumplieron el objetivo, creando una nueva estética–ética.

La sala de fiestas barcelonesa Bocaccio, sin la «c» clásica, era el lugar de reunión y celebración de sus ritos nocturnos: revolución sexual, gestión de proyectos profesionales, especularidad, imágenes promocionales. La escenografía, con maderas nobles y terciopelos, recordaba su origen de clase y templaba un clima de europeidad y postmodernismo netamente urbano.

El ilegal Partido Comunista era el único grupo antifranquista organizado, por eso algunos miembros de la *gauche* fueron sus fugaces compañeros de viaje. En el fondo, en la *gauche* había más liberación personal que compromiso social, y rechazaban las consignas, ya fueran del severo Partido Comunista como del franquismo esclerotizado. No eran de derechas, pero existían como si lo fueran.

Yo nunca supe si el franquismo fue una paradoja o un pleonismo. El franquismo descendió a lo divino y se encontró oscuramente feliz, y la *gauche* subió alto, tan alto que fue luminosamente alegre. Los franquistas y los comunistas eran muy pesados: sus cuerpos estaban llenos de creencias.

No fue un choque de trenes constante, porque uno de los trenes voló, burlando aquel mundo gris del pensamiento único, convirtiendo la faja en minifalda y el cuartel en whisky. Lo grave no era tener una copa de más sino una copa de menos.

Fueron sensibles a influencias con música de color: contracultura, *hippismo*, Mayo del 68, estructuralismo, semiótica, Susan Sontag y Humberto Eco con sus apocalípticos e integrados, Barthes, Marcuse, McLuhan. Y el movimiento feminista: las mujeres fueron pilares en la *gauche*, jugando el erotismo como fuerza subversiva y hedonista. Los amores súbitos socializaban. La editora Esther Tusquets decía: «El sexo era el juguete preferido y las perversiones un refinamiento exquisito».

Fueron tachados de narcisismo elitista, pero nadie puede negar que coparon los primeros lugares en la edición, fotografía, canción, cine experimental, publicidad, arquitectura, narrativa, teatro, poesía, incluso en el diseño y en el comic. Deseaban, vallejianamente, que el viento cambiase de aire. Y el viento cambió.

—El dueño de Bocaccio era su hermano Oriol, y el otro hermano, Xavier, fue el decorador. Rosa, editora y escritora, fue la

activista de la *gauche*. Vázquez Montalbán la definió, en una novela, como sacerdotisa iniciadora de movimientos contraculturales. Rosa es una radical de raíz, apasionada, luchadora. Nunca caminó de espalda.

—Nada qué ver. La *gauche* se creó su espacio de libertad en un ambiente político y social represivo. A la movida le regalaron esa libertad y no supo qué hacer con ella, era el momento aperturista de la transición democrática con el alcalde más tolerante, el profesor Tierno Galván. De la *Movida madrileña* solo sobrevivieron algún fotógrafo y algún cineasta como Pedro Almodóvar; los demás descansan en los paraísos: en los paraísos artificiales.

Ocho de la tarde.

Rosa Regás, en la presentación, recuerda el papel de la Casa de América: acortar la distancia entre una y otra orilla.

«Desde 1992 esta institución nos muestra, nos enseña, nos recuerda que del otro lado hay personajes tan fascinantes como Mario Monteforte. Conocí a Mario Monteforte en 1995 o 1996. Había oído hablar de él, pero no había leído nada suyo. Me llamó poderosamente la atención y me emocionó muchísimo un libro de cuentos suyo, titulado *Cuentos de derrota y esperanza*. Me gustó tanto que incluso hice una cosa de la que soy absolutamente contraria: hacer fotocopias para dárselas a personas que sabía que podían gustarles. Son unos cuentos realmente deliciosos, de una profundidad y una amargura que sólo puede entender la persona que lo ha vivido y que a mí me hicieron andar por este país buscando editores que se atrevieran a publicar su obra. Sus obras, por otro lado, no se han publicado en España, pero sí se han publicado en editoriales españolas. Mario Monteforte es un personaje singular, extraño, porque tiene tantas facetas que uno piensa siempre que la próxima vez que lo vaya a ver se encontrará con una faceta desconocida».

A continuación, Rosa Regás va enumerando los libros de Mario como investigador, novelista o autor teatral. Y Rosa concluye:

«Mario además ha tenido una vida sentimental intensa y en este momento tiene ya dos biznietos. Esto es algo de lo que se siente muy orgulloso, como es natural. Y además ha sido un gran

deportista, aunque parezca mentira este hombre todavía monta a caballo como si tuviera veinte años».

«Yo, ante esta cascada de elementos de una vida, quiero destacar un ejemplo de juventud y coraje porque creo que la juventud y el coraje no son dos elementos que nos son dados, sino que nos los ganamos día a día con nuestra actitud. Mario Monteforte practica los deportes exactamente como si los años no contaran para él, es decir: tiene juventud física. Pero también tiene la juventud intelectual como demuestra la viva fantasía y la intocable, todavía, imaginación, y la curiosidad que le lleva a inventarse nuevos mundos. Y por si fuera poco tiene también una actitud cívica y ciudadana tan virgen, diría yo, y tan llena de coraje y entusiasmo como en los primeros años de su vida».

Mario agradece la presentación de Rosa Regás y, con más papeles de los que acostumbra, inicia la conferencia.

22 de septiembre de 1998

Abierto el coloquio, un señor pregunta la opinión de Mario sobre la integración de nacionalidades y la función del capitalismo.

Interviene Rosa Regás haciendo un nuevo planteamiento:

«Yo quisiera preguntar una cosa, oyendo lo que acabas de decir. Me parece muy bien que no hay integración cuando distintas nacionalidades están en igualdad de condiciones económicas y culturales y lo que tienen que hacer es aprender a convivir y a soportarse y a negociar y a hablar, pero en igualdad de condiciones. Pero me pregunto qué ocurre cuando en estas nacionalidades una tiene todos los recursos y todas las técnicas y la otra no tiene nada. ¿Cómo se puede dialogar? No se puede dialogar, entrará inmediatamente el poderío de la una sobre la otra. Entonces, cuando se habla de la integración, por ejemplo, de los árabes, los marroquíes, en la cultura española, o de los inmigrantes en la cultura del país al que llegan, lo que se pretende es que también ellos tengan acceso a los bienes, acceso a las técnicas y acceso a la educación. De otro modo, siguen marginados y se convierten en carne de cañón, en esclavos».

Responde Mario Monteforte Toledo:

Rosa Regás:

—Pero son dos nacionalidades.

Mario Monteforte Toledo:

Rosa Regás:

—Pero hablaba en el caso de los indígenas y los no indígenas. Los indígenas son los que no tienen recursos. Lo de Italia yo no lo conocía, yo creo que todavía sigue habiendo miseria en el sur, seguramente se ha arreglado mucho. Pero no corresponde a dos nacionalidades, corresponde a una parte más pobre de la sociedad y otra parte más rica, pero de hecho de la misma nacionalidad. Mientras que, por ejemplo, en los países de América Latina, se da el caso bastante claro de que los que no disponen de recursos son los indígenas. Y eso creo que debe ser un poco más difícil, incluso un capitalismo tan tópico como el que tú describes, me parece que le va a costar.

Mario Monteforte Toledo:

Una señora plantea el problema de la reivindicación de la propiedad. Contesta Mario Monteforte Toledo:

22 de septiembre de 1998

Un señor pregunta por la presencia de Europa en Latinoamérica. Respuesta de Mario Monteforte Toledo:

Desde el fondo de la sala, alguien plantea sobre el cambio de valores.

Un señor pregunta sobre el capitalismo. Mario Monteforte:

Consulta sobre las ONG's. Mario Monteforte Toledo:

Pregunta sobre el comunismo y la reforma agraria. Mario Monteforte Toledo:

23 de septiembre de 1998

Café Comercial

A principios de siglo, había más de cien cafés literarios en Madrid y hoy, desaparecido el Teide, sólo subsisten el Café Gijón y el Café Comercial.

El Café Comercial, fundado en 1887, en pleno centro de Madrid, Glorieta de Bilbao, es el más antiguo. En su época de mayor esplendor llegó a tener treinta y cuatro camareros.

Sus mesas de mármol, columnas y espejos, siguen sugiriendo todas las figuras metafóricas de un café literario: museo de escritores vivos, barricada de ociosos y profesionales de matar el tiempo, hogar de los que no tienen hogar, teatro de ingeniosos, sala de encuentro, iglesia sin santos, motivo para escribir diarios y escuchar historias, fuego revolucionario que se apaga al salir a la calle, calor para los que tienen frío fuera, laboratorio de frustraciones, atalaya de creadores, cruce de voces y música de cucharillas. Ramón Gómez de la Serna diría que es la vida interior de la ciudad y el estado de ánimo de un pueblo.

Hoy estamos líricos. Café Comercial. Nueve de la mañana. Mario y yo bebemos, ensimismadamente, un franciscano café con leche. Para Borges, el café con leche era una mezcla insuperable. Para Josep Pla, la mediocridad se parece al café con leche.

—Antonio Machado fue el primer ilustre visitante y el Café guarda su recuerdo: el Rincón de don Antonio. Poesía sencilla como el pan la de Machado, directa, desnuda, profunda, que esconde, como él mismo confiesa, una metafísica existencialista.

—Son distintos. Juan Ramón centra todo en la poesía, es un poeta puro, tiene inmensos recursos artísticos. Antonio Machado, muy introvertido, pone su foco en el hombre. El que no habla al hombre no habla a nadie. Su profundidad filosófica le lleva al desengaño. Muere como vive: solo.

—Visitantes del Café Comercial fueron Gabriel Celaya y Blas de Otero. Encasillarlos en la poesía social es reducirlos. Hay un compromiso explícito y público evidente, servido en un lenguaje de extraña potencia, y una formación intelectual profunda. La declaración de principios de Celaya: poesía no como fin, sino como instrumento para cambiar el mundo; la eficacia expresiva es más importante que la percepción estética.

—Bajo esa aparente simplicidad militante, late una estructura compleja, un estudio filosófico y sociológico. Hay exploración y planteamientos artísticos sin red.

Un solitario con mucha voluntad de comunidad, como diría Vicente Aleixandre, otro Premio Nobel. Blas de Otero busca salvar la distancia entre vida y libros, y su vida desarraigada acaba siendo literatura.

—Pero hay mucho más...

—Hay pensamiento, conocimiento, el problema del hombre y de la muerte. Por supuesto que trascienden el encasillamiento de poesía social. La capacidad lingüística de Blas de Otero ha sido comparada con la de Lorca. Su obsesión por España, y ahí suena Machado, y su búsqueda religiosa, y ahí está Unamuno, le lleva a enfrentarse con la España cruel, metida en guerras fratricidas, y llama madrastra a España, denominación, por cierto, que ya estaba en Lope de Vega, en Luis Cernuda... Llega a escribir que le hubiese sido mejor nacer en otro sitio, por ejemplo en Santiago de Cuba.

—Bien, Machado, Celaya, Blas de Otero, Vallejo, desbordan la poesía y la militancia, y entran en el camino de la filosofía, de la sociología, incluso de la narrativa. Machado, con el peligroso juego de los distintos yos, plantea el ensayismo con su *alter ego* Juan de Mairena. Blas de Otero hace una prosa de finísima sutileza: «La mancha del cristal me impide ver a Dios».

Celaya escribe una novela, *Lázaro calla*, en 1949, en la que, además de denuncia, hay psicologismo y elaboración intelectual de gran calado. Todos parten de una individualidad íntima para llegar a lo universal humano y, algunos, como Celaya, Asturias o Neruda, curiosamente, con gran fe en el porvenir.

—Vamos allá. Como es tu especialidad sentimental, yo voy señalando sus etapas vitales y tú las comentas. ¿De acuerdo?

—César Vallejo nace en una ciudad peruana, y es hijo de padre gallego y madre indígena. Potente cruce.

—Todos los gallegos somos irónicos. Si a un gallego le quitas la ironía, se queda en Franco.

—Sólo unos instantes. Lequerica, su ministro de Exteriores, le visita un día, desesperado por el cerco internacional, incluso por la tibia actitud de algunos políticos afectos al Régimen, y Franco, con su voz de canario flauta, le interrumpe: «Lequerica, por favor, haga lo mismo que yo: no se meta en política». El dictador le aconseja a su ministro de Exteriores que no se meta en política siguiendo su ejemplo.

—La ironía es una verónica suave al desencanto y a la amargura, es un llorar hacia arriba. Vallejo podía ser irónico, pero nunca sarcástico. El sarcasmo esconde resentimiento y mala fe. Es un escupir hacia abajo.

—Cela, como todo intelectual, tiene un choque con la sociedad enferma de postguerra. Crea, entonces, el personaje de superhombre nietzscheano, y, literariamente, es el más clásico de los clásicos y el más vanguardista de las vanguardias y el más tremendo de los tremendistas; y oficialmente, el más oportunista y el más trepador y el más descomprometido socialmente. Oculta sus sentimientos que quedan para dos o tres amigos. Divide la Humanidad en amigos e hijos de puta. Como tiene un inmenso talento, un dominio del idioma sin igual, y una gran pasión literaria, merece pasar a la historia literaria española como uno de los más grandes. Por cierto, yo la medalla del sarcasmo no se la daría a Cela sino a Borges.

—Volvamos. Apuntado su origen, Vallejo vive su primera etapa vital en 1922, lo encarcelan por una revuelta popular.

—También, antes de la República, es entrevistado por César González Ruano. Ruano describe magistralmente a Vallejo: peruano pasado por París, ojos hundidos, muy moreno, nariz de boxeador, gomina en el pelo, su risa tortura en cicatrices el rostro. No es un poeta adánico, tiene la cultura del sufrimiento y las conchas de la experiencia. A Ruano le asombra la precisión de Vallejo, y Vallejo le confiesa que le interesa obsesivamente esa precisión, la expresión pura: «La sangre como flojo coñac dentro de mí».

—Sin tensión de contrarios puedes llegar a ser el más manso cordero del rebaño. Las contradicciones son creativas.

—Por cierto, Mario, ¿te das cuenta de que sólo hablamos de los grandes, los que han ejercido magisterio e inmensa influencia?

Salimos del Café Comercial y alquilamos un taxi, señalando al conductor las direcciones que Mario lleva apuntadas. Empezamos por la casa de Rubén Darío, Serrano 31. La placa señala que el pueblo y el Ayuntamiento de Madrid le dedican este recuerdo en abril de 1964 a Rubén Darío, cantor y adelantado de la futura Hispanidad.

—Completa esa historia que ya comentamos una vez. Unamuno no estaba acostumbrado a recibir lecciones de tal elegancia y lo comentó con Valle-Inclán, que también tenía cronificada la soberbia, pero esta vez remata muy bien la situación con estas palabras: Rubén es glotón, bebedor, mujeriego, pero posee todas las virtudes del espíritu: es bueno, generoso, sencillo. Y usted, Unamuno, almacena todas las virtudes de la carne, es frugal, abstemio y casto. Pero tiene todos los vicios del espíritu: usted es soberbio, ególatra, avaro y rencoroso.

—Yo también insisto: no hay menosprecio. Rubén Darío fue ruptura y enriquecimiento. Todos valoran esa deuda histórica.

Nuestros tres grandes, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Lorca, lo reconocieron como su maestro. Pero hoy, Mario, deslumbrarse por sus fogonazos verbales es un anacronismo. La poesía actual está en otra onda. Por cierto, al bueno de Rubén atormentado por Eros y por su miedo a la muerte, se lo llevó una cirrosis. Trató de desintoxicarse en Barcelona sin éxito.

Nos dirigimos ahora a la Plaza de Oriente número 6. La placa dice: «En esta casa vivió en 1918 el poeta chileno Vicente Huidobro, fundador del creacionismo y renovador de la poesía en español».

—En su famoso choque de trenes con Neruda, dos exuberantes y desbordadas egolatrías, Neruda califica al creacionismo de Huidobro de ropa usada. Lorca, Salinas y Alberti toman partido por Neruda, lo que acaba de desgraciar la relación de Huidobro con España. Su actitud narcisista y despreciativa con los otros poetas dañó la difusión de su obra. Califica el castellano de lengua tiesa y amojonada, utilizando americanismos para aligerarla. Aquí hizo dos grandes amigos: el genial e incodificable Juan Larrea y el tímido sabio Gerardo Diego. Y su conferencia en El Ateneo de Madrid de 1921 deslumbró. Nadie pudo discutir ya su genialidad.

—Pues a mí me interesa especialmente su concepción de la poesía, basada en el elemento mágico de la metáfora. Busca lo inhabitual, lo extraño, lo nuevo, y que funcione como una carga eléctrica. El poema creacionista se compone de imágenes, por encima de toda realidad, de cualquier raíz narrativa, descriptiva o argumental. El poeta como pequeño dios, que crearía sus propios árboles y ríos y mares. Un poeta debe decir lo que nunca se diría sin él.

Finalizamos el recorrido en la calle Alcalá 96, donde vivió García Lorca.

—Incluso a nivel personal. Pepín Bello, su compañero en la Residencia de Estudiantes de Madrid, con Dalí y Buñuel, decía: «Cuando entraba Federico, no hacía ni frío ni calor. Hacía Federico».

—Bueno... Los dos vienen de Whitman, los dos crean lenguaje; los dos se sienten discriminados, Lorca por su homosexualidad y Vallejo por su raza y, especialmente, son dos personalidades que viven y escriben aceleradamente con una intensidad y profundidad singular, como presintiendo su final próximo y trágico. Además los dos se comprometieron con la bandera republicana contra el fascismo.



El taxi nos deja en la calle Jorge Juan, Barrio de Salamanca. Comemos en el restaurante vasco Alkalde. Local confortable, arcos abovedados de ladrillo, decoración con motivos vascos. Clientela de empresarios y profesionales liberales.

Mario pide aguacate con gambas y flan de merluza. Se viene arriba con los postres caseros. Un vino Rioja de la casa, elegante.

—Si las centollas formaran partido político, ganarían las elecciones por mayoría absoluta, incluso creo que serían las únicas elecciones en la Historia que se ganarían por unanimidad. Vamos a seguir la grabación más literaria de nuestra vida. Dime los escritores que más te han influido.

—Les separaban muchos mundos. El origen de Sartre es burgués, padre y abuelo militares, y uno de sus objetivos fue borrar los privilegios de esa clase. Camus tiene una infancia miserable y una madre analfabeta, silenciosa como todos los pobres. Sartre odiaba su origen burgués, Camus queda marcado por el sacrificio de su madre y llega a pronunciar una frase que nos dejó a todos los camusianos en el total desconcierto: «Entre la justicia y mi madre, elijo a mi madre». He intentado confirmar esa frase con los especialistas y me dicen que fue publicada fuera de contexto.

—Es cierto que santificamos al idealista Camus. Ese idealismo camusiano recibió críticas de la izquierda que llegó a repudiarlo alegando que todo idealismo es reaccionario, tiene raíces burguesas, y es una deriva de la derecha. Todo porque Camus critica el nihilismo posthegeliano y el mesianismo utópico marxista con su noción de culpabilidad objetiva y la conversión de la Historia en un absoluto. El mismo Sartre llega a decirle en su famosa polémica, que la moral de Camus se cambió en moralismo, después sólo será literatura, y quizá mañana sea inmoralidad.

—Aunque son mundos distintos emocionalmente, intelectualmente tienen puntos comunes: la responsabilidad y el compromiso. Parten los dos del mandamiento de Dostoievski: «Cada hombre es responsable de todo y ante todos». Y el compromiso del escritor: cada palabra suya le compromete y cada silencio también.

—Pero ese activismo, esa necesidad de elegir y comprometerse con cada acontecimiento o conflicto de su tiempo, le lleva inevitablemente a una trayectoria oscilante. Por ejemplo: creo que nunca fue miembro militante del partido comunista, pero sí un compañero de viaje hipercrítico: «El PC siempre ha mantenido al intelectual separado de las masas». Y él se sitúa a la izquierda del PC: con las masas. Por otro lado, en una circunstancia histórica puntual, se niega a explicar la verdad sobre la Unión Soviética, para no desmoralizar a la clase obrera, que no estaba preparada para recibir esa verdad.

—Camus no tiene la densidad intelectual ni la profundidad filosófica de Sartre, una auténtica marea de ideas, pero es superior en humanismo y cercanía y calidez. Yo hubiera deseado ser alumno de Sartre y amigo de Camus.

Mario guarda un silencio erótico de varios minutos.

—Dime, Mario, cuál es tu título favorito de novela.

—¿Y el libro que tú hubieras deseado haber escrito?

Se hace otro silencio, no erótico, que Mario rompe pronto.

—García Márquez tiene el don. A ese trabajo obsesivo que hablas no se le ven las costuras, el artesano está oculto: sólo se lee al artista. Todo parece natural, fluido, espontáneo. Con esa claridad llega a lo mágico y a lo remoto. Sin profundidades psicológicas ni aventuras verbales, ni siquiera el recurso de la violencia explícita, como en Vargas Llosa, sino

el agobio de la violencia latente. Crea un mundo propio. En Macondo, donde a los escritores clásicos les llamaban ancianitos de antes, percibes el calor asfixiante y los olores intensos y la música de las plantas. Macondo tan cercano como misterioso, tan local como universal. Es curioso que en las traducciones del libro, sus lectores de China, Hungría o India, se sientan identificados con la historia de García Márquez, que tiene una tradición oral evidente y un evidente rastro de sus maestros, desde Faulkner a Rulfo.

—Cuando García Márquez visita Galicia ve florecer las piedras en Santiago de Compostela. Carlos Reigosa, periodista de la agencia Efe, trata de precisar sus ancestros gallegos en una entrevista. García Márquez tenía una abuela colombiana, Tranquilina Iguarán Cotes, nacida en Riohacha en 1863 y fallecida en Sucre en 1947. Esa abuela Tranquilina aterrorizaba a García Márquez, contándole imperturbables historias atroces de ultratumba, como si esas historias las estuviese viendo. Tranquilina era descendiente de gallegos que llegaron a Coro, el norte de Venezuela, y después pasaron al norte de Colombia hacia 1826. Cuando Carlos Reigosa le dice que habla mucho de sus ancestros gallegos, pero en su obra no hay nada de Galicia, García Márquez replica: «Sí que hay de Galicia, mi forma de contar». Ese culto de los gallegos por lo sobrenatural, lo que se esconde tras lo que vemos y tocamos, la realidad transracional que diría García Sabell, lo que se siente y no puede expresarse. También le dice García Márquez a Carlos Reigosa que su amistad con Fidel Castro, de padre gallego, es en realidad la amistad de dos gallegos.

—Consiguió que la leyenda no devorase a la persona. Y eso sí que es mágico.

—Hay dos hechos que definen su generosidad. El primero, después de ganar el Premio Nobel, renuncia a cualquier premio posterior. Caso excepcional. El segundo, rechazar ofertas multimillonarias para llevar al cine *Cien años de soledad*: sabía que era intraducible en imágenes. Caso aún más excepcional.

—¿Qué cantamos?

Y doy fe que, con más voluntad que acierto, entonamos el bolero a media voz.

24 de septiembre de 1998

Lhardy-Borges

Lhardy fue fundado en 1839 por el francés de origen suizo Emilie Huguenin. El hispanófilo Prosper Merimée, autor de *Carmen*, le sugirió trasladar a Madrid sus conocimientos de repostería francesa. Lhardy fue primero pastelería y después el restaurante más antiguo y exclusivo de España.

La tienda del piso inferior se restauró en 1880 por Rafael Guerrero, profundizando su sabor añejo con arañas de gas en el techo, objetos de bronce oro, grandes espejos, añadiendo paneles de madera de caoba traídos de Cuba.

Al fondo de la barra de esa tienda se conserva la tradición del consomé autoservido en el samovar de plata. Fue uno de los primeros lugares del siglo pasado donde se dejó entrar a señoras solas.

En el restaurante, primer piso, dieron banquetes históricos desde Alejandro Dumas al rey Alfonso XII. Isabel II se retiraba a sus salones privados y la Mata Hari fue detenida después de almorzar en este restaurante.

Era tradición teatral que al representar el *Don Juan Tenorio*, las escenas de mesa fueron servidas por Lhardy y los estrenos sonados cumplían la ceremonia de ser celebrados aquí.

Con un servicio señorial, la carta del restaurante es un sutil equilibrio de la cocina francesa y la española. El cocido madrileño sigue siendo un monumento de la gastronomía. En Lhardy se presenta en dos vuelcos: primero la sopa pulcramente desengrasada y después los garbanzos con repollo y patata, además de los mil ingredientes clásicos, aderezado todo con aceite de oliva.

En la carta hay auténticas reliquias de influencia francesa: turnedó Rossini, sopa marinada al Pernod, ternera príncipe Orloff, en homenaje al ex embajador de Rusia en Francia; la tortilla Alaska, invento de Benjamin Thompson en 1804; la Petite Marmite, y el lenguado al champán al estilo del cocinero galo Escoffer.

Mario Monteforte Toledo, que ya había degustado el consomé servido en el samovar de plata, elige en el restaurante lenguado al champán y de postre quesos franceses. Aceptamos la sugerencia del camarero de un vino blanco español, rioja, Marqués de Murrieta, de un amarillo deslumbrante que se deja querer.

—Ayer habíamos leído en una revista literaria que varios críticos hispanoamericanos consideraban a Borges y a Pessoa como los mejores escritores del siglo xx. De ellos y de los escritores estáticos desea hoy Mario que sea el tema de nuestra conversación.

—La obra de Borges me produce más admiración que emoción. Tiene su raíz en las nubes. Domador intelectual de metáforas y laberintos, juegos verbales y erudiciones no siempre profundas, teologías y valores filosóficos, controla hasta la magia y los sueños, mide hasta las abstracciones y vaguedades.

Da la impresión de un profesor inglés, perfecto y sabio, más distante y frío que un pez. En fin, su madre le llamaba *George*...

—Y sus delirantes paradojas. Desea ser sincero y sólo cree en lo que imaginamos. Profesa el esteticismo experimental y vitupera a quienes lo practican: desde Góngora a Joyce. Es racionalista, pero sostiene que la mera razón no debe entrometerse en las artes. Juega con la existencia del yo —«yo es el otro y el otro no existe— y es un individualista feroz. Rechaza el fascismo y se adhiere a dictaduras militares, siendo condecorado por Pinochet. Odia a Estados Unidos, pero los aplaude en sus intervenciones anticomunistas, bombardeos de napalm incluidos. Firma manifiestos como liberal y asegura que los negros no han servido para otra cosa que para ser esclavos, y existen problemas por el error de intentar educarlos. Y los vascos, según él, son aún más inservibles que los negros; se han pasado la vida ordeñando vacas y además han producido a un escritor tan insoportable como Unamuno. Ironiza sobre Dios, diciendo que basta un dolor de muelas para negar su existencia, y reza todas las noches porque se lo prometió a su mamá.

—Pero él sí juzgó por las ideas políticas. Dos ejemplos. En 1970, en Buenos Aires, se niega a entrevistarse con Pablo Neruda, embajador chileno, al que considera buen poeta cuando está motivado por su militancia, pero hombre mezquino y, además, comunista. Dice de Asturias que es comunista y eso no le salva de ser un mal escritor.

—¿Y sus opiniones literarias y artísticas? De García Lorca dice que era un andaluz profesional y que su ejecución le favoreció; en realidad, remata, su asesinato sólo sirvió para que Machado escribiese un admirable poema. Habla Borges: «Dicen que he influido en Cortázar. No seamos tan pesimistas». ¿Hemingway? Acabó matándose porque se dio cuenta de que no era un gran escritor. Sartre le resulta patético y eso de literatura comprometida le suena a equitación protestante. ¿Los surrealistas? Unos charlatanes. ¿Chaplin? Una porquería como cineasta. ¿Samuel Beckett? Tuvo la desdicha de leerlo. ¿Freud? Trivial, desagradable. Tú piensas pero no dices: Borges es el grado 33 del resentimiento.

—Pues a Borges lo amaron internacionalmente, solicitando que le dieran el Premio Nobel, desde Foucault que escribe un libro basado en una idea borgeana y Robbe-Grillet que lo considera un antecesor del objetivismo, hasta Louis Pauwels, reivindicador de las ciencias ocultas, o los estructuralistas que lo proclaman maestro por su método crítico-literario.

—Hay, para mí, una frase definitoria en Borges: «Somos cada vez más complejos, lo que nos vuelve cada vez más cobardes».

—Octavio Paz decía que con la poesía aparece ese otro que somos. Andersen, el mayor creador de leyendas infantiles, no soportaba a los niños. A todos nos fascinó la poesía de Pound, la profundidad filosófica de Heidegger, la narrativa de Céline. Pound, Heidegger y Céline eran fascistas.

—No, claro. En la ciencia, Einstein con su melena blanca al viento, paternal, cercano, postula que el ejemplo es la única manera de influir en los demás. Y a Einstein no se le conoció ninguna relación estable, guardaba distancia hasta de su hijo discapacitado y mantuvo diez amantes. En la música, Von Karajan creó un nuevo sonido. Sus compañeros se sentían humillados ante su despotismo y declaraba Karajan que sería capaz de cometer cualquier clase de delito por llegar a la cumbre musical. En el arte, Dalí creó un personaje amoral, mercader obscuro y frívolo. La Academia francesa elogió su sinceridad en su inmodestia. En la realidad, Dalí, además de pintor, fue un estudioso y practicante de la ciencia, mística, física, óptica, cine, nuevas tecnologías, ballet, fotografía, alquimia, performance, teatro, historia de la conciencia humana e historia general del arte. Y como culminación, Dalí escribió diez mil páginas literarias que me interesan mucho más que su pintura, un tanto relamida y *pompier*. En la literatura, el Joyce heroico creando palabras, mezclando unidades etimológicas y semánticas, metiéndose en un laberinto de infinitos significados, en su vida personal bastaba una tormenta para que se escondiera en un armario.

—Notables las coincidencias de Borges y Pessoa, en el terreno profesional y personal.

—Conciben la vida como sueño y sufren insomnio. La realidad les horroriza y humilla. La única realidad terrible es que haya realidad, dice Pessoa. Escapistas y escépticos que ni siquiera tienen la certidumbre de la incertidumbre. Prioridad absoluta de lo individual sobre lo social, de la seguridad sobre la libertad, de la aristocracia sobre la democracia. Borges considera la democracia como una superstición muy difundida y un abuso de la estadística.

—Y a una incapacidad absoluta para la acción. Es más importante escribir que atreverse a vivir, dice Pessoa, para quien vale más un adjetivo que un llanto. Tenemos hoy en España solamente un caso similar: Rafael Sánchez Ferlosio. Su única relación con el mundo son los libros; su única información, la escrita. Un hombre solo en una habitación, sin calle, sin poder contrastar empíricamente lo que escribe. Decía Sánchez Ferlosio de su mujer, la novelista gallega Carmen Martín Gaité, que era una viuda con el muerto en casa.

—Y triste es la conclusión final: ambos se declaran infelices. Pensaron seriamente en el suicidio, seguro. Los pájaros que describe Borges vuelan siempre de espaldas. ¿Te das cuenta que Pessoa y Borges son, en su actitud vital, los anti-Mario Monteforte?

—El tercer rey de la mesa camilla es el Nobel Juan Ramón Jiménez.

—Las salidas de Juan Ramón eran a sanatorios o balnearios para curar sus neuras, quiero pensar que no todas imaginarias. Rubén Darío, el día que lo conoció le dijo: «Usted va por dentro». Y tan por dentro. Como Borges y Pessoa vivió en los libros. Los tres vienen de Montaigne: el cultivo del mundo interior a través de la reflexión y del conocimiento, una obra basada en el presentismo: proyección instantánea de las ideas según van surgiendo. La poesía es presente o no es, dice Juan Ramón. Ese presentismo también es evidente en Octavio Paz cuando asegura que el valor supremo no es el futuro sino el presente y que su poesía propone siempre un ahora.

—No creas, no creas, antes de Zenobia, de joven, tuvo sus carnalidades y amores, desde la esposa del psiquiatra que le atendía su depresión a una monja.

10 de marzo de 1999

Cervecería Alemana

Mario Monteforte Toledo, en su último día en España, desea visitar la Cervecería Alemana, Plaza de Santa Ana número 7, fundada en 1904 por un grupo de industriales alemanes para el consumo exclusivo de cerveza, cuando lo popular era alternar con vino.

Después, a partir de los años 50, se generalizó, incluso se personalizó, el consumo de cerveza con un grifo de dos movimientos que permitía tirar la caña en dos fases, según el deseo del cliente con poca o ninguna espuma.

En 1924, el asturiano Ramón González Peláez se hizo cargo de la cervecería, iniciando así el negocio familiar que ya dura varias generaciones.

Aquí era el lugar de reunión de literatos como Valle-Inclán y taurinos como la saga de los Dominguín.

Ava Gardner, asidua durante los quince años que vivió en Madrid, entre 1952 y 1967, tuvo un tórrido romance con el torero Luis Miguel Dominguín.

El inevitable Hemingway tomaba el aperitivo sentado en la mesa del ventanal, donde estamos nosotros ahora, y así lo recuerda en un artículo publicado en septiembre de 1960 en la revista *Life*.

Los *hippies*, en los años 60 y 70, pusieron un paréntesis marihuanado, enturbiando el ambiente clásico, literario y taurino, del local.

Mario pide la cerveza Amstel Oro, y después la Paulaner. De comida compartimos las especialidades de la casa: empanadillas de bonito, croquetas, bacalao rebozado, y probamos las salchichas alemanas que Mario califica de demoledoras como tanques.

—¿Libertad o seguridad?

—Lenin preguntó: «¿Libertad para qué?»

Y Mario Monteforte Toledo contesta:

—¿Tienes la libertad suficiente como para saber que no eres libre?

—¿La primera desalienación del hombre es no creer en Dios?

—Entre la pena y la nada, dice un personaje de Faulkner en *Las palmeras salvajes*, «Me quedo con la pena». ¿Con qué te quedas tú, con la nada o con la pena?

—¿Conformista o insatisfecho?

—¿Pulsión sexual o motivación económica?

—¿Esencialidad o barroquismo?

—¿Radicalidad o eclecticismo?

—¿Lucidez o bondad?

—Nostalgia.

—¿Te has pasado la vida huyendo o buscando?

—¿Buscando qué?

¿Y tú cómo lo llamarías?

—¿Espiritualidad atea, sin el menor rastro religioso ni místico?

¿Autodestructivo, destructivo, creativo?

—El alcohol, ¿musa o antimusa?

¿La nueva cocina de la deconstrucción, de la esferificación y gelatinización?

—¿Prefieres sufrir una injusticia a cometerla?

—La duda.

—¿Tienes ahora muchas dudas?

—¿Y cómo resuelves tus dudas?

—Las certidumbres, las creencias.

—El azar. Luchamos para que influyan más las causalidades que las casualidades. Y perdemos muchas veces. ¿Estás de acuerdo en que la Naturaleza y el azar son absolutamente amoraes?

—¿El talento compromete?

—¿Vulgares o héroes según el número de testigos?

—¿Qué has ganado y perdido con la vejez?

—Cardoza dice que Guatemala es un pueblo golpeado, un pueblo de la eterna tiranía. Un pueblo que no canta.

—¿La única forma para que la sociedad progrese es que cada individuo tenga una especialidad?

—¿Lo más grande que ha hecho la Humanidad?

¿Y cuál es el rey del paraíso musical?

—¿La muerte quita todo el sentido a la vida o le da todo el sentido a la vida?

—Álvaro Cunqueiro, glorioso antecedente gallego del *boom*, dice que el amor se inventó en Avignon en el siglo XII. Háblame del amor y de la amistad.

—Para Marx el trabajo conduce a la alienación y hoy se presenta como una bendición. ¿Para ti qué es el trabajo?

—En la creación literaria, ¿trabajo y disciplina a lo Vargas Llosa o inspiración a lo Monterroso?

—¿Por qué todos los artistas son ateos?

—¿Y por qué son artistas?

—Hasta el mismo Sartre confiesa haber aprendido en los libros todo lo que sabe de la vida. ¿La lectura como conocimiento de los demás y la escritura como conocimiento de ti mismo? En la hipótesis de que tuvieras que optar entre vida y literatura...

—Rubén Darío inventó el modernismo y comió del periodismo.

—Un escritor mortal por una frase inmortal es capaz de vender su alma. A Jean Cocteau le preguntaron qué salvaría en caso de incendio del Louvre y contestó: «Salvaría el fuego». ¿Cuál fue tu frase inmortal?

—Si no fumas, ¿qué haces después de hacer el amor?

—En pintura, ¿abstracción o figuración?

—Para mí la abstracción es presencia de una ausencia.

—En literatura, ¿Joyce o Proust?

—¿Revolución del lenguaje o lenguaje de la revolución?

—¿Realidad imaginada o realidad pura?

—¿Qué predomina en tus obras, lo individual o lo colectivo?

—¿Creatividad buscando la originalidad o simplemente escribir de otra manera?

—¿Crees con Karl Kraus que el psicoanálisis es la única cura que ha inventado su enfermedad?

—Para Freud el mecanismo de la creación literaria es el mismo que el de las fantasías histéricas, y un sector de la nueva psiquiatría ve clara la relación entre creatividad y enfermedad mental, especialmente en la personalidad esquizotípica.

—¿Qué es para ti escribir?

—Sánchez Ferlosio declara que la lengua castellana está mal por el destrozo de los latinoamericanos que influyeron en los propios castellanos.

—¿Te consideras escritor indigenista?

—¿Es la belleza una búsqueda ética?

—¿El arte tiene que ser bello?

—Ya Valérie en 1929 anunciaba que la novedad y la extrañeza, todos los valores de choque, habían suplantado el concepto clásico de la belleza.

—¿Cuál es la clase social de un escritor?

—¿Te preguntaron eso alguna vez?

—¿Moralismo o amoralismo?

—¿El terrorismo es revolucionario?

—¿Las religiones son éticas?

—Paz, democracia, fraternidad, solidaridad.

—Gide asegura que la religión y la familia son los dos peores enemigos del progreso.

—La religión crea la utopía en el más allá. El marxismo crea la utopía en el más aquí. ¿Con qué utopía te quedas?

—Hoy se intenta sustituir la solidaridad basada en la justicia social por la caridad basada en la compasión cristiana.

—Fobias de escritores. ¿Cómo es posible que a Tolstoi le disgustara Shakespeare y que Conrad detestara a Dostoievski y que Nabokov despreciase a Faulkner y que Virginia Woolf sintiera el mismo desprecio por Joyce? ¿Prejuicios personales, complejos edípicos freudianos o simple choque de estilos literarios? ¿Reconoces tus prejuicios personales a colegas como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Cela, Monterroso, Cardoza?

—Tus fobias.

—Tus filias.

—En nuestras conversaciones muchos son los caminos que conducen a la izquierda política. Admites en Guatemala, circunstancialmente, el capitalismo como base material para el crecimiento; aspiras a una auténtica soberanía popular; desprecias supersticiones religiosas y banderas patrioteras; consideras la educación, cultura y conocimiento como los verdaderos instrumentos emancipadores; luchas contra la desigualdad basada en los privilegios, la corrupción o herencias obscenas. Pero no te veo, Mario, en una reunión sindicalista de seis horas.

—En todo rompimiento histórico hay una razón épica y otra más doméstica. Vargas Llosa da un puñetazo en México a García Márquez. Razón épica del puñetazo: divergencias profundas y dolorosas respecto a la revolución cubana. Razón doméstica: asunto de faldas. Sololá. Tienes relaciones con una indígena, Rosa, a la que llevas del brazo a un concierto en la capital. La indígena, vistiendo huipil y luciendo larga trenza, lo primero que hace es quitarse los zapatos. Nadie escucha el concierto, todas las miradas se centran en Rosa, algunos abandonan el local. Versión épica: Mario Monteforte da testimonio valeroso de su amor por una indígena. Versión doméstica: Mario Monteforte Toledo provoca, una vez más, a la burguesía. ¿Con qué versión te quedas hoy?

—Soy de una generación que llegó tarde a todo: a la democracia, al amor libre, a la tecnología, al hippismo, al yoga y al orientalismo, a la liberación de la culpa. Cuando te acostabas con una chica progresista, al llegar el momento culminante, te cortaba: «¿No tienes mala conciencia de que el Che diera su vida por nosotros en las selvas bolivianas?». Tal cual. Y frente a la cama, un inmenso póster del Che te miraba fijamente. Y te venías abajo. Antes, miedo al infierno; después reverencia al Che. Y siempre la culpa. Antes, la fornicación era pecado: culpa. Más tarde, con la liberación sexual el fornicio era una obligación. Y un día te preguntas, ¿culpa de qué, culpa por qué? Y también hemos llegado tarde a la pregunta.

—¿Conclusión?

—Decías que la base de tu creación literaria es el trabajo. ¿Cómo lo planificas?

—Todas tus respuestas desprenden escepticismo y descreimiento, nunca cinismo.

—¿Cómo te defiendes en una edad en la que dominan los reflejos condicionados?

—¿Y esa actividad constante no es un ocultar el miedo a la muerte? Tus referencias al paso del tiempo son obsesivas.

—El ahora no analizado sino vivido con intensidad: en ese amor no hay muerte. ¿Olvidar el paso del tiempo desde la eternidad del instante que vives?

—Como Hemingway has jugado las cartas que te han servido.

—Sin refugiarte en mitos o arquetipos, tus fobias y rechazos no los proyectaste en forma de fantasías pueriles. Eres muy poco infantil, Mario.

—El choque de contrarios, miedo y esperanza, cuando lo ideal es vivir sin miedo y sin esperanza. En la dialéctica hegeliana entre el amo y el esclavo, la victoria es de quien menos teme a la muerte.

—Antonio Gramsci, para quien la ética de la resistencia es la que da sentido a la vida, hubiera diagnosticado que al pesimismo de la inteligencia que lo lleva al nihilismo, Mario Monteforte Toledo opone el optimismo de la voluntad, creando una búsqueda de lo transracional.

Vuelve a caer el silencio y en silencio vamos en taxi a una tienda de instrumentos musicales, próxima a la calle del Pez. Mario había encargado allí una guitarra. La recibe con luminosa alegría.

—¿Puedo invitarte a esta guitarra?

—Siento que esa guitarra está construida con un sueño, el sueño de cómo sonará mañana.

Nos damos un abrazo. Fue el último día que vi a Mario Monteforte Toledo.

28 de agosto de 1999

Recordando a Miguel Ángel Asturias

Madrid. Diez de la mañana.

Mario quiere visitar la iglesia de Santa Bárbara, cumbre del barroco borbónico, donde yace Fernando VI. Los demás Borbones están enterrados en El Escorial. Mario, especialista no militante del barroco, muestra escaso entusiasmo por la iglesia.

Seguimos el paseo y en el Cacto-Cacto presentan más de cien variedades de cactus y en La Abeja Egipcia más de cien clases de miel y en El Son más de cien clases de ron. Es una zona que ha llegado a una divertida y exquisita singularidad.

Acabamos el recorrido en la librería Antonio Machado, punto de encuentro durante el franquismo y principios de la transición, de policías y progresistas. Los policías retiraban los libros prohibidos y los progresistas los compraban. La batalla la ganaron los progresistas, al menos espiritualmente. Mario se encuentra con unos libreros ilustrados que contestan a sus preguntas inquisitivas con rapidez. No tienen en la librería ninguna obra suya, pero de Miguel Ángel Asturias hay varias ediciones de cada título.

En 1999, Mario dio dos conferencias sobre Asturias. Una en Bilbao y otra en Madrid. La de Madrid fue un éxito clamoroso de público, llenando el salón Simón Bolívar de la Casa de América, incluso hubo que poner cuarenta sillas supletorias. Le acompañaban en esta conferencia doña Blanca de Mora y Araujo, viuda de Asturias, y Dante Liano, doctor de la Universidad de Florencia, catedrático de Brescia (Milán), investigador,

novelista, del que yo había leído sus narraciones. En el tema recurrente de la violencia salvaje ejercida por el ejército guatemalteco sobre los indígenas, Liano da una lección de sensibilidad y equilibrio, latiendo al fondo la poética asturiana.

Doña Blanca, al moverse sólo en silla de ruedas, fue todo un problema para la organización por su fragilidad y necesidad de asistencia. Requirió una complicada logística, interminables conversaciones con la compañía aérea para asegurar su traslado desde Mallorca e interminables negociaciones con su asistente enfermera que era además su gran amiga. Doña Blanca se mostró como una diva, ya muy perdida intelectualmente, pero con destellos de lo que debió representar en la vida de su marido.

Ediciones de Cultura Hispánica publicó, en 1989, las cartas de amor (1948–1954) entre Asturias y Blanca de Mora. Decía Pessoa que todas las cartas de amor son ridículas. El tono de éstas se mantiene en un difícil equilibrio de discreción sin caer en el temido ridículo.

Para Blanca, la escritura en Asturias era una misión, confiando siempre en el porvenir.

Las cartas de Asturias contienen cuestiones domésticas puntuales, gestación de una novela sobre el bananal y otra sobre las clases medias guatemaltecas, y trámites de divorcio con su primera esposa.

Hay también referencias políticas. En 1950, las elecciones presidenciales guatemaltecas, habla Asturias de la necesidad de resistir a los bárbaros yanquis. Él no participaría en la lucha activa callejera, no es lo suyo, pero estando en Guatemala puede hablar, aconsejar, pensar, dirigir, y «eso tenemos que hacerlo para no llorar mañana lo que no supimos defender».

Se entraña con la humanidad y atracción personal de Pablo Neruda: «Me siento vacacionando en cualquier parte del globo

terrestre cuando estoy con él». No tan favorables los comentarios para Alberti, con su flojera, y su pareja María Teresa León, con sus delirios de grandeza.

En 1950, con el ofrecimiento de un puesto en Europa, escribe: «París no me seduce. Es tan falso lo francés. Me seduce más América. Europa es un medio enterramiento de todo, es en tumbas en las que están viviendo».

Pero sobre todo, son las cartas de un Asturias entregado, viviendo un amor comunicativo, insustituible y único. Resumiendo: amor imprescindible, libro prescindible.



Dante Liano tuvo una intervención muy académica, refiriéndose en especial al ensayo regeneracionista de Asturias, «La arquitectura de la vida nueva», en el que se planteaban los problemas de Guatemala y un recetario de posibilidades. Mario Monteforte Toledo tuvo la mejor de sus comparencias en Casa de América, institución que siempre le fue fiel manteniendo su invitación anual.

Tras sus habituales dudas sobre leer su intervención o improvisarla, se inclinó por la segunda. Habló fuerte, convencido y brillante, hasta que empezaron las interrupciones emotivas de doña Blanca:

«Pero, Marito, eso no fue así, recordáte que...» Mario se fue descentrando.



Vamos a comer al restaurante Balear, situado en un discreto rincón de la calle Sagunto. Balear es un restaurante mediterráneo, con platos marineros de corte tradicional y auténtico, sin alardes.

Compartimos unos calamares a la plancha y un arroz con langosta. Bebemos uno de mis crianzas de Rioja favoritos, Viña Alberdi. Mario, que nunca perdona el postre, pide tarta de queso, rematando con café.

—¿Qué tal comiste? —pregunto.

—Nunca hay dicha completa. Pongo la grabadora en marcha. Tema: Miguel Ángel Asturias, por el que Mario mantiene vivo el afecto. En uno de sus aniversarios, le escribió Mario un mensaje que decía:

—Nacisteis los dos en una Guatemala, aldeanizada y estratificada, bajo la dictadura feroz de Estrada Cabrera que duró de 1898 hasta 1920. ¿Qué significado personal y familiar tuvo para vosotros esa dictadura?

—En Salamá fue donde Asturias tuvo su primer contacto con los indígenas.

—Luis Cardoza y Aragón, en su confusa biografía de Asturias, lo recuerda vestido de nazareno en una Semana Santa, con un cirio entre las piernas o rezando con los brazos en cruz en una iglesia. Y ya no era un niño precisamente.

—Con el terremoto de 1917 la sociedad guatemalteca sufre una catarsis.

—Pero sí le deja huella la dictadura de Estrada. En 1946 se publica su novela más leída, *El Señor Presidente*, que retrata al dictador. Es además un precedente de las novelas antiimperialistas, denunciando la connivencia de la oligarquía con los intereses extranjeros.

—Los dos estudiáis Derecho y su tesis es sobre el problema social de los indígenas, y la tuya sobre experiencias de la economía dirigida para Centroamérica. A los dos os dan el premio Gálvez. Viajáis a París, conocéis estilos literarios, escritores...

—Era escurridizo, vacilante.

—En 1944 tú asumes un liderazgo en la revolución y él desempeña funciones diplomáticas. La caída de Árbenz y la entrada de Castillo Armas con su cohorte imperialista significan un rompimiento en vuestras vidas.

—Y tú te exilias en México. No querías ser héroe ni mártir.

—Tú no serías virgen ni en un convento de monjas trinitarias. Sigamos. En 1957 asesinan al dictador Castillo Armas en el Palacio Nacional de Guatemala y al año siguiente la revolución cubana despierta el entusiasmo de todos los intelectuales.

—Eso del despilfarro cubano suena hoy tan a sarcasmo como tu virginidad. Es importante el dato que, a la vuelta de Asturias a Guatemala, Méndez Montenegro, decano de la Facultad de Derecho, le apoya, gestionando la devolución de su pasaporte. Después, cuando Montenegro asume la Presidencia, Asturias es su embajador. Méndez Montenegro restableció el aberrante decreto de Ubico en el que eximía de responsabilidad criminal a los propietarios de fincas. Por cierto, antes Asturias había sido diputado de Ubico.

—Fue una confirmación de su personalidad vacilante, contradictoria, con un punto misterioso, aparte sus momentos juveniles que amenizaba con relatos fantásticos...

—¿Hablamos de su estilo literario?

—Asturias escribía en lo que llamaba sus horas claras, a partir de las cinco de la mañana. La palabra para él tenía un

valor sacramental. Empleaba días enteros buscando la palabra adecuada, celebrando el hallazgo con la alegría de un niño. Reescribía el original mil veces, corrigiendo el sonido.

—Su dogma: «En la palabra, todo; fuera de la palabra, nada». En sus textos no hay ideas complejas, ni profundidades filosóficas. El milagro es contar historias aindiadas con ese barroquismo torrencial que bebe en las fuentes del castellano antiguo.

—Coincidís en una versión negativa del *boom*, incluso Miguel Ángel acusa a García Márquez de plagiar *La búsqueda de lo absoluto* de Balzac.

—Cuando le dan el Nobel en 1967, a Asturias, sus obras apenas se encuentran en nuestras librerías. Aquí conocimos antes a Vargas Llosa o a Cortázar. La proyección internacional de vuestra literatura no cuaja hasta *Cien años de soledad*. Y es triste.

Todo lo que estalló con el *boom* estaba ya en Asturias: imaginación, lenguaje, propósito de denuncia. Resucitar la vieja ética a través de una nueva estética.

—A la censura española vuestros ataques a los regímenes políticos que sufríais la tenían absolutamente sin cuidado pero, ay, si rozabais al régimen franquista, incluso la historia de nuestros bizarros conquistadores, entraba el cuchillo censor. Excuso decirte con los temas que tocaban la moral.

—Ahí el informe de la censura fue de una dureza cómica; la calificó de pornográfica, antirreligiosa, hereje, blasfema, morbosa. Con la Iglesia hemos topado, Sancho. Me gustó la actitud de Carlos Fuentes al no entrar en negociaciones con aquellos fundamentalistas y, como siempre ocurre, la censura multiplicó las ventas.

Silencio temporal. Después, el *boom* tiró retrospectivamente de todos sus padres legítimos, incluidos Asturias y Carpentier, y especialmente Rulfo y Onetti, que fueron leídos, estudiados y admirados, y, de rebote, multiplicaron sus ventas. Además, el *boom* abrió el camino a sus descendientes, que fueron recibidos con gran interés, desde Severo Sarduy a Bryce Echenique, pasando por Manuel Puig y por Cabrera Infante, otro maestro deslumbrante Cabrera, anticastrista furibundo, y excluido del *boom*, como Sarduy, por razones políticas obvias.

—Cambiamos. Asturias y tú teníais una relación de amor-re-sentimiento con Guatemala.

—Te hago un planteamiento incómodo. Se trata de la biografía de Luis Cardoza y Aragón sobre Miguel Ángel Asturias. Cardoza lo pinta como un personaje de temperamento feudal y arrogante, bebedor, glotón, con un compromiso con los indígenas que es mero folklorismo. Según Cardoza, a Asturias

los militares, oligarcas y dictadores, nunca le vieron como enemigo por lo que sus exilios siempre fueron voluntarios. Concluye su retrato con el Asturias de sus últimos años, abstemio, avinagrado y resentido.

—¿Nunca fuiste amigo de Cardoza?

—¿Siempre fuiste amigo de Asturias?

—Se siente.

2 de octubre de 1999

Puerta del Sol / Toros

Hoy, 2 de octubre de 1999, sábado, la Asamblea de Madrid me envía dos invitaciones de burladero para la corrida de toros de esta tarde en la Plaza de las Ventas. El vivir una corrida de toros desde el callejón, al lado de los toreros y sus cuadrillas, provoca en Mario un ataque de alegría tan épica como castiza.

Son las once de la mañana. Iniciamos el paseo por la Historia.

En el número 1 de la Puerta del Sol estaba el Café Imperial, inaugurado el 1 de septiembre de 1864. Ocupaba toda la planta baja del Hotel París, dos mil metros de superficie con capacidad para quinientas personas. Cincuenta años más tarde toma el nombre de Café de la Montaña.

Allí hacían tertulia Martínez Sierra, Valle-Inclán y Manuel Bueno. El autor teatral Martínez Sierra estrenaba con éxito obras que escribía su abnegada esposa y firmaba él. Manuel Bueno desarrolló todos los géneros literarios, incluso colaborando con Valle-Inclán en algún montaje teatral.

Valle-Inclán llegó a Madrid en 1896. Muy privado en su vida privada y muy público en su vida pública. Melenas, barbas de chivo, extravagantes vestimentas, polainas y bastón. Voz iconoclasta y dominadora. Como autor teatral y narrador sigue ganando batallas aún después de muerto. Como el Cid.

En 1899, al hilo de un presunto duelo entre dos amigos, Valle llama majadero a Bueno e intenta agredirle con una botella de agua. Bueno responde dándole un bastonazo en la muñeca del brazo izquierdo, clavándole el gemelo de la camisa. Casa de Socorro, cura de urgencia. Días después se le produce gangrena. Amputan el brazo a Valle que, tuteando por vez primera a Bueno, y por vez primera adoptando aires de humilde estoicismo, dice: «Mira, Bueno, lo pasado, pasado está. Aún me queda la mano derecha para estrechar la tuya».

Cuando le preguntaban el origen de su amputación, salía el creador del esperpento, y contaba historias como ésta: «Viendo en un gran palacio gallego, mi fiel sirviente Rubén me inquietó un día diciéndome que no tenía nada para echar al puchero. Le pedí que me trajera de la cocina un largo cuchillo de carnicero: Y ahora corta un buen trozo de este brazo izquierdo y échalo a la olla. En esta casa nunca va a faltar comida».

Debajo del Café de la Montaña lucía elegante y exclusivo el Hotel París, fundado en 1864. Allí convivieron celebridades y personas del cuerpo diplomático. El refinado estilo francés dominaba hasta en su cocina, sin aceite ni ajo, los dos referentes de la cocina española. El cliente pagaba un precio elevado y fijo por alojamiento y comida, sin tener en cuenta la cantidad.

En el número 5 de la Puerta del Sol estaba el Café Levante, tranquilo y discreto refugio en el torbellino madrileño. Allí hacía tertulia ocasionalmente Valle-Inclán con Galdós y Benavente. Al antiguo Café Levante, no situado en la Puerta del Sol, lo visitaron Baroja, Picasso, Rubén Darío y el pintor mexicano Diego Rivera. También fue cobijo de ampulosas señoras pecadoras que merecían el trato de usted.

En 1768 se alzó el Ministerio de la Gobernación. Jaime Marquet, francés, se olvidó de las escaleras al proyectar el edificio. Ese olvido tiene una gran fuerza simbólica: durante el franquismo fue

la Dirección General de Seguridad y su leyenda deja pálidos los esperpentos de Valle-Inclán. No había escaleras al cielo. Hoy es la Presidencia del Gobierno Autónomo de la Comunidad de Madrid, sin estar abierto al público.

—Tan cierto como que Juan Barranco fue alcalde de Madrid años después, con la democracia.

—Franco no era gallego. Era militar.

En el número 2 de la Puerta del Sol subsiste La Mallorquina, hoy famosa pastelería. Nos sentamos. Mario pide zumos de naranja como para una boda. Son las doce de la mañana.

Madrid ha tenido mil cantores. Desde Larra, Mesoneros Romanos, Galdós y Cansinos Assens a Baroja, González Ruano, Cela y Umbral. Mario y yo preferimos la música de Ramón Gómez de la Serna. He traído una antología de sus greguerías y un pequeño libro de bolsillo, *Descubrimiento de Madrid*, en una edición de Tomás Borrás de 1974.

Disfrutamos con las descripciones de Ramón de ese Madrid, verbenizado y chillón, teatral y tan novelesco que su novela perfecta es la de lo insucedido. Madrid es un conjunto de gente ingeniosa, mezcla de chulería y delicadeza. Gentes que creen en el ocio y no en el negocio, y no saben dónde ir pero sí saben dónde estar y dónde quedarse, metiéndose las manos en los bolsillos como nadie en el mundo, y celebrando como una fiesta diaria el gran milagro de vivir y sobrevivir con una moneda que les dejó su abuela.

Jóvenes quietos en una esquina, sin esperar nada ni a nadie: son centinelas por si acaso les invade el extranjero. Comerciantes de risa estallante aunque sólo hayan vendido un lápiz en

todo el día. Noctívagos luminosos porque acaban de descubrir que a los nocturnos no les ataca la gripe. Paseantes como turistas del Madrid en que han nacido y acudiendo a la Puerta del Sol como si allí estuviese la pila de agua bendita para la persignación de cada día. Y Ramón remata estos lances con una media verónica: «El ideal del madrileño es conservar mucho tiempo, sin que se caiga, la ceniza del cigarro que se está fumando, consiguiendo así la inmortalidad de lo efímero».

—Hay una escena literaria muy bien contada, especialmente por Manuel Vicent. El catalanísimo Josep Pla, otro artista del adjetivo, coincide con el madrileñísimo Ramón Gómez de la Serna en la entrada del Hotel Palace. Llueve. Pla abre el paraguas y Ramón dice: «Abrir un paraguas, querido amigo, es como disparar contra la lluvia». Pla queda sorprendido. Sigue Ramón: «El paraguas puesto a secar abierto parece una tortuga de luto». Pla queda admirado y Ramón sigue: «La lluvia cree que el paraguas es su máquina de escribir». Pla queda desbordado y se rinde: «Seguro que este Ramón ha creado y escrito tres mil o cuatro mil millones de greguerías».

—Pero Ramón creó la palabra y la convirtió en género literario. En 1970, el diccionario de la Real Academia las define muy bien: «Visión personal y sorprendente de algún aspecto de la realidad y que ha sido lanzada por el escritor Gómez de la Serna hacia 1912». Seleccionamos ocho greguerías para esta grabación. Podíamos seleccionar otros mil millones, que diría Pla. En sus fognazos hay poesía y metáfora, aforismo y analogía: misterio. Ramón es el acierto incesante:

«El amor es algo así como bordar juntos».

«En la noche helada cicatrizan todos los charcos».

«El pez está siempre de perfil».

«Cuando un gato bosteza parece un tigre».

«Venecia es el sitio en que navegan los violines».

«Los negros tienen voz de túnel».

«Se ve que el agua que hierve se ha vuelto loca y se le saltan los ojos».

«Nuestra verdadera y única propiedad son los huesos».



Previa reserva, comemos en Malacatín, otro mesón clásico, junto a la Plaza de Cascorro, de 1895. Negocio familiar que ya va por la quinta generación. Ambiente bullicioso y popular, sin la menor concesión al esnobismo o a la comodidad; sus banquetos de madera son insufribles. Mario los encuentra casi confortables. Menos mal.

Pinturas en el techo. Carteles taurinos. La bailaora mítica Carmen Amaya inmortalizada por un cartel de Ruano Llopis. Retrato de Romero de Torres a Juan Belmonte envuelto en un capote.

—Él sí toreaba como era, un genio en los ruedos y fuera de los ruedos. Como torero fue el gran revolucionario en la ejecución. Se cruzaba en el cite al pitón contrario, dentro de los terrenos del toro. Sin facultades físicas y con esa personalidad estoica hacía sufrir a los que le veían torear. Después de su retiro, hastiado de las limitaciones de la vejez, decepcionado de un mundo en el que se encontraba extraño, se suicidó disparándose una pequeñísima bala. El poeta Benítez Carrasco se preguntaba en unos versos cómo a un torero tan grande pudo llevarse un torillo tan menudo.

—Ahí tienes el ejemplo de que no se torea como se es. Tomás es un chico introvertido, de timidez enfermiza, silencioso y solitario, que confiesa no saber mucho de sí mismo y que le asusta más la vida que la plaza de toros. Personalmente, está bloqueado y no comunica nada. Como torero, transmite escalofríos con una seguridad, profundidad, pureza e intensidad sin precedentes en la historia taurina. Personalmente, todo le afecta. Artísticamente, nada le afecta. El desfase entre persona y torero es abismal. El torero intenta encontrarse en el hombre, buscando su luz de fondo, y esa identidad entre obra y creador no se produce: es muy superior la obra poética. Tomás no torea como es sino como quiere llegar a ser porque aún no es.

—Es trágico. Por su quietud de piedra tiene el cuerpo tatuado de cicatrices, varias veces al borde de la muerte. Donde los demás ponen la muleta, él pone la femoral. Confiesa que cuando torea deja el cuerpo en el hotel.

—No exactamente. Su apoderado Antonio Corbacho, otro personaje, cuenta que Tomás se entrena en una sala rodeado de espejos, capaz de repetir los pases, lentísimamente, concentradamente, durante horas y horas hasta el total agotamiento. En la plaza, ni un paso atrás, le valen todos los toros, si es necesario ampliando el terreno del toro y reduciendo el suyo hasta lo imposible, para que la lucha sea igual y ética. No compite con nadie. Sólo compite consigo mismo. Y si en ese camino de perfección, de acariciar el misterio y decir lo indecible, encuentra la muerte, es una muerte noble, es la mejor muerte.

—El abuelo Celestino llevaba al niño José Tomás al tendido 8 de Las Ventas, y el niño José se asomaba a la ventana de la Puerta Grande para contemplar la salida a hombros de los triunfadores. El 24 de septiembre de 1995, José Tomás sale a hombros de Las Ventas. Al pasar bajo aquella ventana manda parar a quienes lo llevan y levanta la vista: «Quería ver si yo aún seguía ahí». Hoy, el torero Tomás vuela tan alto que crea, paganamente, milagros y devotos, pero el niño José sigue allí, asomado a la ventana. El día que el niño alcance al torero nacerá otra historia.

Interrumpe nuestra conversación un camarero con aspecto poco místico. No lee la carta: la impone. Nosotros pedimos el cocido, especialidad de la casa. Tiene la fama de ser el mejor de Madrid, con el del Lhardy y el de La Bola.

La casa te invita si terminas las inabarcables raciones que te presentan en tres vuelcos. En el primer vuelco, potente sopa de fideos, el camarero no místico advierte: no entregarse. El segundo vuelco es una bandeja de garbanzos y patatas, cuenco grande de repollo y plato de tocino. El tercer vuelco es de carnes: chorizo, morcilla, codillo, gallina y manitas de cerdo. Extensa carta de vinos. Elijo un Ribera del Duero, Dehesa de los Canónigos, vino pleno, de olor afrutado y una persistencia agradable.

En una mesa próxima, un grupo de franceses, que también van a los toros esta tarde siguiendo a su paisano Juan Bautista. Los aficionados franceses han llegado al mundo taurino por la vía cultural e intelectual. En el sur de Francia se llenan las plazas, pero siempre con el soporte de la lectura, el estudio y la investigación. En España, el camino es mucho más emocional y se basa en la tradición.

Cobijarse en la tradición popular me parece un argumento miserable e insuficiente. Miserable, porque las tradiciones españolas con raíz taurina son de una crueldad y bestialidad

que a los aficionados les hiere. Sólo un ejemplo. En Tordesillas, Valladolid, el Toro de la Vega. Una horda de paisanos aullantes alancean un toro sádicamente, utilizando lanzas auténticas o cuchillos de cocina atados a palos de escoba. Miserable e insuficiente porque el progreso se ha hecho contra costumbres bárbaras, sólo legitimadas por la tradición, desde la esclavitud hasta la pena de muerte.

Sin el soporte simbólico, artístico, ritual, estético y cultural, el mundo taurino es una mueca. Los taurinos son animalistas. Y aman al toro bravo, el único animal que vive en libertad con arreglo a su naturaleza y con arreglo a su naturaleza muere.

¿Se puede amar a un toro como se ama a una mujer? «Más», contestó el Viti, torero de laconismo espartano.

Los franceses comparten mi planteamiento, pero inciden en la dificultad de hacer entender que el toreo no es tortura ni crueldad. La tortura tiene un único fin: sin riesgo, provocar el dolor máximo al que no está en condiciones de defenderse. Y el toreo tiene un único fin: crear un arte que convierte la acometida de un animal en temple; un animal que se defiende y lucha con riesgo para la vida del torero.

Según las teorías psicoanalíticas, el toro es sexualidad liberada, muerte, naturaleza, condición demoníaca, instinto y amenaza al orden (izquierda). Y el torero representa la sexualidad integrada, vida, cultura, condición benefactora, espíritu y orden (derecha).

Todos estos roles son reversibles. En un instante, el domesticador pasa a domesticado, y la naturaleza vence a la cultura, y la vida toma la negra musculatura de la muerte.

El toro es víctima porque muere hoy, aquí, ahora. Pero el torero también muere hoy, aquí, ahora, o dentro de cincuenta años y lo sabe. Por eso es igualmente víctima y retrasa su muerte, emocionadamente, creando arte.

Un francés treintañero que parece el portavoz del grupo, motivado por la comida totémica y un vino color toro, apunta con pasión:

—Ni tortura, ni crueldad, ni hostias, ni siquiera el toro como víctima. Hablemos sobre el dolor. En Francia y en España hay unos estudios científicos aún incipientes que demuestran que el toro bravo libera en la lucha unas hormonas, las betaendorfinas, que contrarrestan el sufrimiento. Hablamos del toro bravo.

—dice Mario.

—Añade el misterio —contesto yo—. El toro es un animal misterioso. Decía el fundador de la dinastía Dominguín que de toros sólo entienden las vacas y no todas.

—Y nosotros hacemos lo posible por deshacer este misterio, lo de la Santísima Trinidad nos tiene sin cuidado —dice el francés, que desea intervenir como veterinario—, si el dolor del toro es contrarrestado por la liberación de betaendorfinas, en el torero se puede medir una hormona, conocida como la del estrés, segregada en los momentos de mayor presión. Escuchen el resultado: en un torero el nivel de cortisol es sesenta veces superior al de un piloto de carreras.

El dueño del mesón me regala unas cerillas de publicidad. Bandera española y un Franco imperial con el brazo extendido en el saludo fascista. Mario, que había estado encantado oyendo y preguntando sobre betaendorfinas y cortisoles, frunce el ceño al ver las cerillas. Amenaza tormenta.

Los franceses comentan ahora sobre el toro de Madrid, cornalón y atacado de kilos. Provoca más espanto que admiración.

Tiene una buena fotografía y ningún pase. Temen que hoy su torero, Juan Bautista, se estrelle contra ese muro de agresividad y kilos. Comento que casi siempre el genio y la agresividad no son cualidades de la bravura, sino defectos de la mansedumbre.

—¿Hay un toro de configuración ideal? —preguntan los franceses.

—Sí, claro, hay un toro ideal —contesto—. Bajo de alzada, pegado al suelo, para tener mayor asiento y deslizarse en largas embestidas. Pecho hondo, con volumen para oxigenarse y no ir a menos. Cuello largo y fuerte para humillar y embestir en redondo. Pitones recogidos, no paliabiertos, para caber en la muleta y evitar que pelee sólo con un pitón. Que ese toro le toque hoy a vuestro torero. Amén.

Abrazo taurino con los franceses. Intercambio de tarjetas. Le deseamos suerte a su torero Juan Bautista.

Mario pide café. El dueño le contesta:

—Aquí no servimos café. Entra ahora el nuevo turno de comidas.

Apunto. Ha estallado la paz.



La Plaza de Las Ventas, situada en el tramo superior de la calle de Alcalá, fue finalizada en 1929 e inaugurada en 17 de junio de 1931 con una corrida benéfica. En aquellos tiempos, el entorno era un enfangado barrio de chabolas, por eso fue reinaugurado el 24 de mayo de 1939, superados los problemas sociales y las obras de desmonte. Juan Belmonte figuraba en el cartel.

Estilo mudéjar con incrustaciones de cerámica, capacidad para veintitrés mil personas. Ocasionalmente el ruedo se usa también para conciertos. En 1965, los Beatles dieron su primer concierto en España.

Frente a la plaza estatuas de los toreros Antonio Bienvenida y el Yiyo. La de Antonio Bienvenida, torero mimado por Madrid y muerto absurdamente tanteando una vaquilla, fue descubierta en 1977. La de José Cubero, el Yiyo, es de 1985. El Yiyo, desnudo de agonía y oro, muere matando el toro Burlero, de Marcos Núñez. Torero y toro se reparten la muerte. Son víctimas en el mismo instante. Seis y media de la tarde en Colmenar Viejo el 30 de agosto de 1985.

También se alza en 1964 un monumento de un torero saludando el busto del doctor Alexander Fleming, descubridor de la penicilina, antibiótico que salvó la vida de muchos toreros.

El Museo Taurino abrió sus puertas en 1951. La sección dedicada al torero Manolete tiene el máximo interés. Manolete, leyenda aún viva, falleció en Linares (Jaén) por una cornada de un toro Mihura, ganadería y leyenda hoy no tan viva. En el Museo se puede ver el traje de luces que el torero vestía el día trágico, con las manchas de sangre, y los instrumentos médicos empleados en intentar salvarle.

Hay en el Museo una bula papal de Pío V fechada en 1567, proclamando que los espectáculos taurinos no son dignos del hombre, sino del diablo, y excomulgando a todos los que participan y negando el entierro cristiano a todo aquel que muera como resultado de las mismas.



Plaza de Las Ventas. Feria de otoño. Cinco de la tarde. Casi lleno. Temperatura agradable. Toros de Santiago Domecq, Gabriel Rojas y Victoriano del Río. Cartel: Vicente Barrera, Eugenio de Mora y Juan Bautista.

Desde el burladero, Mario y yo vivimos la corrida en una cercanía inquietante. Allí el movimiento de las cuadrillas tiene una música distinta, hasta el olor es distinto. A veces huele a ciprés.

Mario observa a los toreros. Aparentan absoluta tranquilidad, pero las manos se crispan y las palabras salen entrecortadas. Y la boca seca. Le preguntaron a el Guerra qué era lo más difícil para un torero en esos momentos. Contestó sin dudar: escupir.

La corrida transcurre pesadamente.

Juan Bautista es hijo de Luc Jalabert, potente empresario francés que hoy viene como apoderado de su hijo y ocupa el burladero próximo al nuestro. Jalabert influyó para que Juan Bautista torease en todas las plazas galas.

Juan Bautista, aunque fue criado en el campo entre reses bravas, tiene aspecto de alumno de filosofía inglesa. Su toreo es apolíneo, elegante en el trazo, de sutil técnica.

Empieza la faena con unos muletazos por alto, pero al llevar el toro a los medios la faena pierde temperatura y cae en la vulgaridad. Históricamente, a todos los toreros de familia acomodada les ha faltado ese punto de entrega, ese paso adelante, para llegar a primera figura. Juan Bautista tiene clase, pero uno no apostaría por ese triunfo de clamor y mucho menos por su continuidad en el esfuerzo.

Vicente Barrera, el único abogado del escalafón taurino, tuvo unos comienzos ilusionantes. Hacía un toreo verticalista y amanoletado. Después llegó el desconcierto y la desconfianza, y perdió sitio y su estilo singular. Hoy se empeña en torear de perfil con la desaprobación del tendido siete, que es el tendido guardián de la ortodoxia. Su penosa insistencia lleva al silencio indiferente del público. Eugenio de Mora representa hoy la ardorosa voluntad. Desde el callejón, su cuadrilla le apoya con un entusiasmo digno de mejor causa. Eugenio no encuentra el temple en un toro de inmensa nobleza.

Tarde artísticamente gris. Una más. Y quizá una menos en este camino a la decadencia.

Al acabar la corrida, vamos a Braulio, una taberna en la Avenida de los Toreros, muy próxima a la Plaza de Las Ventas, punto de reunión de aficionados. Mario, divertido y atento a las conversaciones. Pedimos dos cervezas.

—Nunca te leí ningún artículo o reportaje, ni siquiera opinión sobre la fiesta.

—Recuerdo cómo tituló un artículo suyo: «El seguro azar del toreo». Perfecto. El seguro azar del toreo...

—Obviamente, por razón de edad no vi torear a Silverio. Por películas y documentales deduzco que era un torero ortodoxo y de escuela castellana, pero con el toque de indolencia y dejadez que lo convertía en un artista desigual, sin regularidad, pero con ramalazos de genialidad que electrizaban al público. Tenía carisma, y cultivaba el misterio.

—Decía Belmonte que pasar del mundo taurino al político es una forma de degenerarse.

—Todos los toreros, todos, querido Mario, tienen lista de espera femenina. Fornican tanto que no tienen tiempo para hacer el amor.

Mario y yo comentamos un aforismo de mi amigo José Carlos Arévalo, el Pepe Alameda español: «Quien sólo sabe de toros, tampoco sabe de toros». Lo que flota alrededor de una faena es lo que la enriquece. Gestualidad, mimo, literatura, plástica, ballet, música, teatro, circo, drama, diseño. Arte. Arte fronterizo, entre lo sublime y lo esperpéntico. Un

arte tan religioso que resulta pagano, tan técnico que resulta mágico, tan reglamentado que resulta libre, tan sangriento que resulta lírico.

En las fiestas populares, las corridas de toros son como una costumbre mecánica que se cumple después de la comida étnica y antes de la verbena. Tres mil personas envinadas reparten orejas y broncas según la calidad de las transfusiones étlicas. Les es igual que muera el toro o el torero. Y el toreo es algo más, infinitamente más que un juego de vísceras, sudor, sangre, crueldad, ignorancia y aceite de soja.

—Ponerse delante de un toro implica transgresión, es un puro acto revolucionario. Te enviaré una fotografía del Che Guevara, en esta misma Plaza de Las Ventas de Madrid, concentrado en el espectáculo, fumando un inmenso puro y luciendo su boina y su frondosa barba guerrillera.

—Y todos los autores del realismo mágico, hasta Borges.

Lo cuenta muy bien el escritor colombiano Antonio Caballero, que encontró varias cartas curiosas. En los años veinte, Borges envió a un amigo una carta, comentándole una corrida a la que acababa de asistir en Barcelona. Hace una pregunta lúcida: «Sin duda algunos de los toreros eran muy valientes. Pero ¿el público?».

—Y hay otra carta que también le envió una amiga a Antonio Caballero. Es de Julio Cortázar, fechada en los años cincuenta, en la que se declara aficionado entusiasta, después de haber visto en Madrid dos corridas de toros. Se podía hablar de crueldad y

decadencia pero hay algo que, para Cortázar, queda siempre en pie, la hora de la verdad, ese momento en que toro y torero están solos y toda la plaza guarda silencio. El mismo Sartre va a una corrida en España, y declara que el espectáculo no es simplemente cultural, era algo mucho más misterioso y había que pensar y procurar encontrar su significado.

—Es que el toreo, para mí, es un sentimiento basado en el conocimiento. Sin ese conocimiento, y si hoy fuese mi primera corrida, caería desmayado cual turista japonés. Por otro lado, el toreo si no es arte es carnicería. Y esta tarde no vi ni el más mínimo atisbo de arte.

—La ignorancia siempre es agresiva.

—Tengo la conciencia, y no es mala conciencia, de que esta fiesta tiene menos futuro que una rosa. Cuando me preguntas, recuerdo unos versos del poeta argentino Arnaldo Calveira: «¿Y sabes?, no supe que estaba triste hasta que me pidieron que cantara».

—Perdí la magia.

Biografía conversada

Nacimiento. Familia

Nací en Guatemala el 15 de septiembre de 1911, exactamente el día que la República celebraba con bandas marciales los primeros noventa años de su independencia.

Para nacer tienen que darse mil casualidades y, que fuese el día de mi nacimiento el de esa celebración, una casualidad más. ¿Qué mil casualidades no forman una causalidad, dices? Pues claro, pero algún chamán ha visto esa coincidencia como una señal, como si yo fuese un elegido.

¿Elegido por nacer en una ciudad racista y violenta, bajo una dictadura bestial, rodeada de volcanes y que regaló mi niñez con un terremoto en el que las casas caían como si fueran de papel?

Mi padre, italiano de Turín, piamontés, era brillante, cultivado, políglota, procedía de familia de intelectuales. Con tan especiales cualidades es natural que mis relaciones con él fueran espantosamente malas. Pensaba, creía y hacía exactamente lo contrario de lo que yo pensaba, creía y hacía. Apenas hablamos. La relación llegó al odio, pues.

Te cuento. Tres escenarios. Primer escenario: mi padre, delante de sus amigos, lo de amigos es un eufemismo porque mi padre nunca tuvo amigos, era un malquerido, me humilló comparándome con mi hermano Víctor; Víctor era el europeo rubio y de ojos claros; yo era el de aquí, una mezcla vergonzante.

Segundo escenario: el dictador Estrada Cabrera ordenando a mi padre, que desempeñaba funciones oscuras a su servicio, y mi padre obedeciendo, manso como cordero pascual. Tercer escenario: conocer que los extraños desequilibrios económicos familiares, se debían a la toxicomanía de mi padre. Era morfomano. Es cierto. Aunque nunca hubiera entrado en humillaciones racistas, ni fuera servil con el dictador, ni toxicómano, mi relación hubiera sido de desprecio. ¿Me dices que no existe históricamente un solo artista o escritor que tuviera relaciones confortables con su padre? No me consuela.

Mi madre era encantadora y neurótica, es decir: neuróticamente encantadora; desde los veinte años aseguraba que se moría de extrañas y espeluznantes enfermedades y se murió, claro, pero a los noventa y seis años. El llanto de las mujeres no me produce ninguna emoción: mi madre me inmunizó.

El carácter angelical de mi madre, ajena a todo acontecimiento político o social, se convirtió en heroico defendiendo en el terremoto sus pertenencias contra un ladrón y gestionando la huida a Nueva Orleans de mi padre, que corrió peligro de linchamiento en el atrio de la Catedral, al caer el dictador Estrada Cabrera.

A mi madre, mi confidente en la niñez, la quise mucho, menos de lo que merecía, en esa relación rosa que tenemos con todas las madres. Tenía su sentido del humor: «Te salvaste de ser guapo, Marito».

Tuve dos hermanos, Jorge Raúl murió a los veintitrés días, tenía yo diez años, y Víctor a los dieciséis. Víctor era linda persona, generoso y parrandero, de esos que llevan la marca de su final. En una revuelta estudiantil, la Policía le pegó un tiro en la frente.

Si mis relaciones con mi padre fueron pésimas, con mis hijos fueron imposibles. Los hijos son como los gatos, soberbios,

egoístas, presumen de independientes hasta que tienen hambre y te comen en la mano.

Un hijo mío, cuando tenía diez años creó en el colegio el MCA, es decir: Movimiento Contra el Adulto y me pidió seriamente que financiara su sostenimiento. La juventud de clase media alta, componente típico de la universidad, acumuló resentimiento contra sus padres, dudosamente enriquecidos por un sistema semifeudal de privilegios. Esa rebelión, en Latinoamérica tenía dos salidas: la revolución en la selva, la guerrilla con el modelo del Che Guevara, sustituto de Cristo, el último símbolo de pureza que, cuando se pronuncia su nombre, se escucha correr agua limpia; el otro camino era la droga. Mis hijos no fueron a la revolución. Tuvieron problemas con la droga y la Policía. Con la droga se cruzan el mundo universitario con el lumpen, forman una curiosa y perversa democracia, sin relación profunda, sin integración, pero la burguesía adopta el lenguaje simplificador y basurero del lumpen.

Antes te cuento, en 1972, con mi mujer y mis hijos viajamos en furgoneta recorriendo Europa y haciendo cámping. Llegué a un pacto con ellos, distribuyendo las horas de música y silencio. Cuando estaba escuchando a Johan Sebastian Bach, como sabes yo siempre quise ser Bach, y escribiendo concentradamente, sonó una música estruendosa de latas, y mis hijos proclamaron que estaban hasta los mismísimos de música de muertos y de ver a un adulto escribiendo con cara de lelo, así que ahí iba su música y que se acababa el pacto, qué pesadilla, carajo, yo, que fui capaz de escribir en la misma cárcel, no pude articular ni una sola línea en todo el viaje. Para mí, escribir es respirar. Y no pude respirar, me hospitalizaron cinco veces en Francia e Inglaterra y, por fin, me operaron de la vesícula. Prefiero recordar 1972 como el año en que dejé definitivamente de fumar y no como el del rock de latas.

Somos mundos distintos, desconectados. Quizá el mayor error de un intelectual vocacional es tener hijos, pasan siempre a un segundo plano, y ese error se paga... Después, con el tiempo, uno de mis hijos, Mario, cuajó en oceanógrafo de prestigio internacional; y el otro, Raúl, es un gran sociólogo economista.

En los años sesenta y setenta, los jóvenes se encerraban en su habitación a practicar ritos psicodélicos. No era sólo abandono, tedio, pasividad; tenían estallidos de violencia caníbal y salían de aquel incendio que se les formaba dentro como se sale de un estercolero. No fueron generaciones creativas, sólo náufigos que fundían rezagos surrealistas, morosidad orientalista, devaluación del trabajo como actividad productiva, rechazo a todo sistema organizativo proponiendo flores, placer y paz, y, en el fondo de todo, un miedo pavoroso a enfrentarse con la realidad, pues carecían de capacidad de esfuerzo y riesgo. Tampoco yo quisiera haber vivido mi adolescencia en época tan estrujante, sí, confusa y estrujante como la actual, pero hace años que no tengo hijos adolescentes.

Sentía piedad por los indolentes, con marihuana hasta las cejas, cuya única rebeldía era el infantilismo de poner margaritas en el cañón de las metralletas. Me emocionaron los que, generosos y suicidas, se fueron a las montañas a luchar contra el militar de turno. Murieron a miles. A veces tengo el tirón de ir a sus tumbas a leerles lo último que he escrito y decirles que su voz no se ha roto. Y sigo sintiendo un asco profundo por los diletantes, teóricos de la revolución, garrapatas de la oligarquía o resentidos lumpenescos, que, con profunda ignorancia, sacan la alfombra de los pies auténticamente revolucionarios.

Una vez, en Chile, en un encuentro de escritores, la mesa la formábamos Rulfo, Ángel Rama, Cortázar, Vargas Llosa y yo. Un muchacho del público, a grito pelado insultó a Cortázar y a Vargas por su postura cobarde ante la revolución latinoamericana. Hubo unos instantes de sorpresa que aprovechó la

sanguínea Marta Traba para contestarle: «Se te ve en la cara que jamás has leído un libro de estos señores, serías capaz de llamar traidor a Carlos Marx porque se dedicó a escribir libritos en vez de poner bombas. Quieres quitarnos nuestro oficio, que es escribir. El tuyo es sólo gritar: esa es tu aportación revolucionaria». En fin, los perros pequeños ladran más fuerte que los grandes. ¿Qué ha quedado de aquella época marcusiana? Un rechazo anarquizante al sistema, pero muchas veces la anarquía sólo cuaja en agitación universitaria, en un dogma o en un partido político. Las ruidosas rebeliones adolescentes se diluyen cuando la monarquía inglesa, luciendo desministrados y pinchurrientos sombreros, hacen nobles a los Beatles o al rebelde rockero de moda, con la misma perversa habilidad que ennobleció a los piratas hace cuatrocientos años.

Niñez. Aventuras y viajes

A los tres años fue mi primer viaje, familiar, a Francia y España. Único recuerdo: los olores.

Un terremoto fue mi aventura y mi viaje de los seis años. En 1917, un terremoto destruyó la ciudad de Guatemala. La imagen de casas destruidas y perros aullando entre las ruinas y llantos desesperados por los muertos y sepultados, me hizo perder el respeto a los dioses. Todas las familias nos trasladamos a los suburbios, a vivir en barracas. Imagina nomás la escena. Yo había nacido en el centro de la ciudad, en el seno de una familia aristocratizante, con chicas de servicio, vigilado por una institutriz que me mantenía impecable bajo un suéter de cachemir y que me encerraba a las seis de la tarde para que no me enfriase. Decían las señoras de la ciudad: «Qué lindo es el hijo de Chusita, lástima que anda tan relimpito». Y, de pronto, estoy en una barraca, junto a los marraneros y campesinos. Mis amigos eran los hijos de los ladrones que, lógicamente, cuando fueron mayores se hicieron rigurosos policías. No había escuelas, ni agua, ni electricidad.

Al no encerrarme a las seis de la tarde, vi la luna por primera vez, y conocí por su nombre a las plantas y a los árboles. Tenía una sensación de plenitud estallante, montaba a caballo, tiraba piedras, correteaba por los bosques sin suéter de cachemir.

Aquella experiencia me dejó sello, me sentí comprometido con la gente de las barracas, lo que implicó mi desclasamiento, y el inicio de un camino, aún incierto, pero ya había conocido la luna, y sabía el nombre de las flores y no quería ser como mi padre. Con el terremoto se inició la democracia, acercó a los jóvenes que después harían juntos la revolución y suavizó diferencias económicas y divisiones sociales.

El descubrimiento de Petén también fue viaje y aventura. Descendimos por los ríos hasta el mar en lanchas de lona, cazamos, buscamos tesoros en tierra y arcones de piratas en el fondo del mar, descubrimos con emoción a los lacandones, el eslabón incontaminado de los mayas. Emilio Salgari y Julio Verne, Jack London y Conrad, Stevenson y Dumas, estaban allí. La aventura formaba parte de nuestra vida, el riesgo, la búsqueda angustiosa de la libertad, que viene menos de la filosofía que del romanticismo.

En 1921 acompañé a mi padre a su exilio de Nueva Orleans. Allí gané mi primer salario, entrenando caballos de carreras; y estudié inglés, idioma que fue uno de mis instrumentos más valiosos, llegando a traducir a Joyce en *Finnegans Wake*, que es como ascender el Himalaya en calzoncillos.

En 1932 voy a estudiar a París y después realizo mis viajes a Europa. En 1961–62 escribí un libro sobre esos mil viajes. En 1965 doy la vuelta al mundo con mi mujer, Mireya, y sigue la aventura.

Desde el hotel donde vivía en Bagdad, contemplé una sangrienta revolución con recia balacera y en mi hotel de Sumatra se refugió un tigre de Bengala que se había escapado del zoológico. Mi mujer fue a una mezquita de Caironam sin subirse

los brazos y doscientas musulmanas enfebrecidas la quisieron linchar. En Japón, después de ver una película hindú doblada al japonés, incómodo por el enloquecido tráfico, encontré a un hombre desparramado en un banco, al margen del mundo, y le pregunté en inglés una dirección. Ni se inmutó. Probé en francés, ruso, italiano, intenté el alemán... el hombre seguía inmovible. Me entró la cólera y exclamé casi a gritos: «¿En qué carajo de idioma hablará este pendejo?». El hombre dio un bote de alegría: «En el tuyo, soy mexicano. ¿Me invitas a un trago?».

El paraíso terrenal lo encontré en Bali. Rodeado de escultores, pintores, contadores de fábulas, todas las noches celebraban una fiesta con teatro y danza, mientras saboreaban frutas maravillosas. Se trabajaba lo indispensable y su religión, basada en el *Ramayana*, era pura poesía sin opacidades siniestras. Allí no había ansiedad interior ni contaminación exterior. Después empezaron a llegar las hordas turísticas y ya no quise volver. El turismo y el llamado desarrollo, que muchas veces es el negocio de tres, traen dinero y también el sida y la religión, ansiedad y violencia, y ya la jodimos. Nos han expropiado el mundo.

En la India me sonrojó el espectáculo de vacas sagradas, animales gordos y niños famélicos, debe ser que no pueden hacer religiones entre gente alimentada, se necesita dolor y miedo. En Bombay vi cómo la gente moría en la calle; en Benarés, masas de hambrientos, perros que eran meras sugerencias buscando cadáveres; en el río Ganges, de color ocre, bebían agua los leprosos, y allá, arriba, templos en los que eran venerados monos obesos de culo rojo; y la diosa Kali con su matorral de brazos. Cierto, no es sólo el fanatismo hindú; en diciembre, en la Villa de Nuestra Guadalupe, los fieles se clavan espinas en la lengua y en la cabeza.

Cuando se desmadra un río, los hindúes crean un dios, los chinos crean la bomba aspirante-impelente y sacan el agua. India es una fábrica de dioses, China una fábrica de exportación,

tiene una cultura laica, han inventado todo y ahora copian todo, menos dioses. Admiro en los chinos su praxis, su adaptación al medio, su sentido de la cooperación. No chocan: se complementan, suman fuerzas, para conseguir un objetivo común. Construyendo un dique, ves trabajando miles de chinos hormigueantes. Es un comunismo natural. No pueden plantear la vida a base de individualidades; mientras más grande es un país más tiene que colectivizarse.

No hay en toda la Historia un éxodo como la Larga Marcha, millones de personas dando la vuelta a China, eso no lo impone un hombre, lo hace un pueblo. Si lees a Confucio te encuentras con lo más sencillo, lúcido, limpio, algo que no tiene edad. La profundidad es lo poético, no el adjetivo de lo poético como en Occidente. Hasta cuando caen en lo barroco son esencialistas y conservan su pureza expresiva. Y lo que más admiré de lo chinos es el intuirte, ese saberte, y partiendo de ese conocimiento actúan con sutileza y eficacia. Yo necesitaría toda mi vida para conocerlos.

¿Su parte negativa? Al convivir con sus escritores, me encontré con una literatura controlada y vigilada hasta la pura enajenación y, carajo, también es abominable que te den una cena con treinta clases de pato sin vino. Confieso mi debilidad por China, aunque no podría vivir allí por mis malsanas ansias de libertad que me crean, que nos crean a los occidentales contradicciones, pero pienso que el ejercicio de la libertad es el único modo de ampliarla. China tiene fe en el futuro. Yo no.

¿Jerusalén como símbolo religioso? Es una de las mayores farsas que hay en el mundo. El Santo Sepulcro es una confederación de sectas, mafias, etnias, tribus y mercaderes disputándose el monopolio del negocio espiritual. Judíos, ortodoxos, católicos, protestantes y musulmanes, explotando el fanatismo en desleal competencia, sólo coinciden en una cosa: que el visitante no tenga tiempo para reflexionar sobre aquel infame mercadeo. Jerusalén debía ser como el agua: no pertenecer a nadie. Me encontré

incómodo viendo gente llorar su impotencia en el Muro de las Lamentaciones, fui a la Mezquita de Omar y me dicen que Mahoma dejó allí su huella antes de volar no sé adónde. ¿Por qué carajo han de volar siempre los dioses? Ahora observarás que hay como crisis de milagros, ¿no?, y los dioses ya no vuelan, era como una manía. En estos espectáculos religiosos se me sube la cólera, siento rechazo e indignación, comprendo el choque para mucha gente de buena voluntad al ver el comercio que se hace con su fe, no veo ninguna belleza, salvo en las escultura indias, con las portentosas nalgas de las bailarinas, dignas de la más sagrada Catedral.

Años sabáticos en la UNAM de México, congresos internacionales, investigaciones científicas, conferencias, mesas redondas, asesorías políticas, fueron siempre coartadas para el viaje, para la exploración y la aventura. Buscando siempre. Buscando qué.

Adolescencia. Sexo y literatura

Si mi niñez la marcó la aventura, en la adolescencia surge el sexo como un volcán en continua erupción, y se apuntan ya mis primeros escauceos literarios.

¿Que si estudié la pulsión sexual como motor de la creatividad literaria, preguntas? Las viví nomás, sin ni siquiera relacionarlas.

Convertí el sexo en la filosofía de la animalidad, inmediata y directa, conviviendo con el proceso mental, reflexivo y lento, de la escritura. Te he confesado muchas veces que escribir ha sido la más grande preocupación y dedicación de mi vida. Y el auténtico drama es que yo no pude vivir sólo con los derechos de autor, y dedicarme con exclusividad a la literatura. Condecoraciones, homenajes, medallas, premios, ediciones múltiples y múltiples traducciones: meras cortinas de humo. Y el humo no alimenta físicamente.

Mi primer amor, a los siete años, más platónico que Platón, fue por Yolanda, hija de un rey pequeñito que tenía Italia. La vi en una revista, con un dejo de languidez y tristeza, que me permitieron acariciarla y protegerla en fotografía. Como era platónico y a distancia, aquel amor duró varios años. ¿Que si fuera sexual y próximo, el encantamiento duraría menos? Es posible, pero yo aún sigo limpiando nubes con Yolanda, mi único amor platónico.

A los catorce años me sentía vulnerable y confuso en el aspecto sentimental. Conocí a una chica local de la que me enamoraron su seriedad y madurez. La vi distinta. El amor siempre ve distinto. Por ella hice heroicidades, como levantarme a las seis de la mañana para caminar gimnásticamente por los cerros o pelearme con la competencia de otros muchachos que también deseaban enamorarla.

Una tarde, llovía con furia, fui a buscarla para ir al cine. Y ella, desde el pequeño balcón de su casa, vestida como un jardín, me dijo de manera unciosa: «Marito, escúchame con profunda atención, quiero llegar a tu alma. Estamos interfiriendo peligrosamente nuestros sentimientos en nuestros estudios, poniendo en riesgo el sacrificio de nuestros padres. Tenemos que dejarnos, pero los senderos de la vida son anchos y quizás un día nos volvamos a encontrar». Me dejó pulverizado bajo la lluvia. Hablaba como hablaría el cardenal Matthey. Me sentí humillado y pienso que ese resentimiento lo proyecté sobre otras mujeres que no lo merecían. A partir de ese día, interpreté el papel de Otelo con cierta convicción, incluso brillantez.

Siempre se me reprochó que, en mis relatos, los verdaderos protagonistas eran hombres. Claro. No tengo la pretensión de ponerme en la piel de alguien que no conozco profundamente y que he renunciado hace años a conocer. La mujer nos oculta su parte más potente y acaba por no entenderse a sí misma. Esto me significó un gran problema narrativo, los personajes eran ángulos del autor, y las mujeres un reflejo de mi propia sexualidad.

Después, en mi vida, hubo cuatro matrimonios, sucesivos ¿eh?, y muchas relaciones no necesariamente sucesivas. Quisiera quedarme con el agradecimiento de lo que recibí. Por mi parte hubo intransigencia, machismo disfrazado literariamente, grandes egoísmos, grandes traiciones, y vamos a bebernos un albariño de tu tierra, porque los excesos sentimentales me erizan el cuerpo.

Reconozco que las mujeres han sido la causa de mis mayores pasiones, de mis mayores errores y de muchas decisiones fundamentales. Como siempre quieres tocar fondo, te voy a confesar: no he tenido confianza en las mujeres. Y si aún quieres profundizar más, sería cuestión de psicoanalizarme y a lo mejor se encontraba la clave en la experiencia heridora bajo la lluvia. No, no frivolizo el psicoanálisis, a mis hijos se les aplicó con resultados notables.

¿Mi obra narrativa? Te cuento en telegrama. *Anaité* es de 1948, mi primera novela. Yo tenía veinticinco años. Libro tentativo, se le ven las costuras. Pero ahí está mi amor a la aventura y el testimonio que en nuestro país había mucho más que selva.

Entre la piedra y la cruz es de 1948. La historia de una pareja india y mestiza, símbolo de esperanza en la integración. Novela no sobre indios, sino de indios, desde dentro, escrita por alguien que vivió entre ellos. ¿Sería pretencioso decir que esta novela creó todo un género?

Donde acaban los caminos fue publicada en 1950, con carátula de Carlos Mérida. El choque de dos culturas que, después de intentar encontrarse, acaban aún más heridas.

Una manera de morir es de 1955. Tomé la voz de los que, como José Revueltas, sufrieron angustiadamente los dogmas religiosos o políticos, y no pudieron cantar. Volver al dogma es una manera de morir. Ninguna novela me creó más problemas.

Llegaron del mar es de 1965. El trabajo más complicado que he emprendido nunca. Los pueblos originarios de América no conocían los derechos humanos, sólo conocían los derechos de los dioses. Hice novela, no Historia, de un mundo en el que la barbarie y la crueldad se fundían con la poesía y el refinamiento. Cuando la publiqué confieso mi enorme ansiedad por que se entendiese.

Los desencontrados es de 1975. Mi primera obra totalmente urbana. Otra vez el enfrentamiento de culturas y generaciones, con el sexo y sus demandas enredando. No me hizo feliz el resultado literario, tampoco me hizo desgraciado.

Unas vísperas muy largas la terminé en 1996. Era inevitable escribirla. Un resumen literario de todas mis experiencias vitales que tenía ocultas. Canto a la libertad y al viaje y al amor. Al fondo, esperando, la muerte. Tú la calificas generosamente de autoficción: Mario Monteforte es narrador de sus propias historias pasadas por el filtro literario.

Los adoradores de la muerte es de 2001. ¿Puede un escritor como yo, que adora la vida, crear personajes que adoren la muerte? Puede. Mis personajes aceptan la muerte como alternativa a una vida urbana basada exclusivamente en el dinero, el consumismo, la imagen y la mentira. Es mi último libro y refunde todos los elementos, ambientes y símbolos de mi vida.

No me gusta hablar de mis obras literarias. No sé cómo se puede ser objetivo, las siento demasiado, tuve una disciplina bestial para construirlas. Un texto literario jamás concluye, sus autores quisieran enmendarlo, incluso destruirlo, pero la obra se va distanciando de la vida y uno desearía que fuera cambiando con ella.

Cuanto más se madura, no quiero decir envejecer, más doloroso resulta escribir. Se agigantan los que lo hicieron mejor,

crece la convicción de que no constituimos un peligro para el poder, la riqueza del idioma te desborda y cuesta encontrar la palabra exacta, todos los terrenos narrativos están ya urbanizados y temes tocar lo ya sobado. Sí, cada día resulta más doloroso escribir, pero en mí es una necesidad.

Personas que me dejaron huella

Miguel Morazán. Después del terremoto, cuando abrieron las escuelas, mi hermano Víctor y yo fuimos al Liceo Moderno. Nuestro profesor, Miguel Morazán, un hondureño que se autotitulaba pedagogo, tenía físicamente la fortaleza de un armario.

Le doy la medalla de oro de los hijos de puta. Violencia ciega y bestial, pateaba a sus hijos hasta romperles los huesos, nos torturaba a nosotros con un alambre.

Además, como todo violento, odiaba la lectura. Decía que las novelas degeneraban y embrutecían, quemándonos las obras de Salgari y Verne.

Un día le pegó a mi hermano y Víctor agarró un tenedor y se lo metió en el cuello, saliendo un chorro de sangre. El escándalo saltó a la prensa, descubriéndose el maltrato de Miguel Morazán. Se cerró el colegio.

El hijo de Miguel Morazán, Paco, oficial del ejército de Árbenz, confirmó la triste historia de que la violencia y el odio son hereditarios.

Alfonso Orantes. Abogado, con buena posición económica, honestidad cristalina, biblioteca portentosa que enriquecía con los libros que le pedíamos que comprara.

Recibía revistas extranjeras y tenía conocimiento de todos los movimientos literarios. Su casa fue para nosotros el paraíso encantado literario.

Allí leímos, con diccionario y recién publicado, el *Ulises* de Joyce, y allí me aconsejó que no publicara mi primera e infame novela que convertí en cenizas un Viernes Santo.

Yo tenía diecisiete años.

Alfonso Orantes es autor de la frase: «Tres cosas le da Guatemala a sus hijos: el encierro, el destierro y el entierro», que hermana con la de Miguel Ángel Asturias: «En Guatemala sólo se puede vivir borracho o loco».

Orantes se comprometió con la Revolución de 1944 y, al caer Árbenz, se fue a El Salvador y allí murió.

Su influencia en nosotros fue máxima por lo que nos hizo leer. Es una figura a reivindicar.

Fernand Braudel. Braudel, uno de los grandes historiadores del siglo, fue un maestro para mí en París. Me enseñó a estudiar el materialismo y yo, con el filósofo español Wenceslao Roces, le traduje su monumental obra sobre el Mediterráneo.

En el terreno cultural, tenía un poder de sultán. Como no me proponía para ningún cargo, un día se lo sugerí: «Usted es ave de paso. Está en Francia sólo para volver a su tierra a ser presidente o líder de una revolución».

Ante mi perplejidad de no citar a Marx en sus historias del capitalismo y del materialismo, contestó: «Yo no cito a Marx porque Marx tampoco me cita a mí».

Era un aristócrata anarquista. Como aristócrata cultural explotaba a sus ayudantes y colaboradores, y como anarquista me enseñó a perder toda ortodoxia.

Raúl Haya de la Torre. Cuando viene a Guatemala yo tengo unos quince o dieciséis años. Sus ideas dejaron profundísima huella y fueron el germen de la reforma universitaria guatemalteca que empezó en 1928 y en la que participé activamente. En 1931 salió electo el general Jorge Ubico, expulsa

a los dirigentes del movimiento estudiantil y clausura la Universidad por dos años.

Haya de la Torre era un auténtico revolucionario en esos momentos. Hablaba de la rebelión de los indios, la lucha contra el imperialismo, la participación de la Universidad en la política nacional y el acercamiento de esa Universidad al mundo obrero y campesino.

La revolución universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918, había sido el germen de la revolución universitaria guatemalteca de 1928 y los dirigentes formados en ésta son después los líderes de la Revolución de 1944.

En todo este proceso había ideas de Haya de la Torre, sí, sí, el mismo que en los años cincuenta fue publicista y defensor de la inmundicia política intervencionista norteamericana.

Jacobo Árbenz. Con Jacobo Árbenz tuve mucha relación. Mi primera esposa y su mujer, María Cristina Villanova, eran amigas, y nos visitábamos frecuentemente. En el ámbito personal, Árbenz era templado y discreto, nunca confesaba intimidades ni entraba en juegos de chismes. Como militar era atípico, tenía ideas, ideas claras y progresistas, aspiraba a una democracia moderna. Fue un ministro de Defensa modélico bajo la presidencia de Arévalo. Leal y eficaz ante las revueltas que sufrimos y apoyó siempre lo más avanzado. Tenía frialdad y gran valor. Nunca vi asustado a Árbenz.

¿Arévalo y Árbenz? De Arévalo nunca fui amigo, no valoraba a los jóvenes políticos que le acompañábamos y le disgustaba oír consejos. Pasó de ser catedrático de Filosofía en Buenos Aires a presidente de la República de Guatemala. Era un hombre de ideas, de estudios, maestro de la dialéctica idealista. Un abstracto que realizó, o dejó realizar, cosas concretas.

Los seis años que gobernó Arévalo fueron la mayor experiencia política, social y cívica, de toda la Historia de Guatemala.

Participaron clases populares, mujeres e indígenas. El gobierno de Arévalo llegó aún más lejos de lo que Arévalo pretendía. Tenía un gran apoyo social Arévalo, pero la Constitución de 1945 no contemplaba la reelección. Se celebran unas elecciones limpias. Yo apoyo a García Granados, el ejército apoya a Árbenz. Sale elegido Árbenz, que me ofrece la Embajada de El Salvador. No acepto y me voy a México, dejando definitivamente la política activa.

¿Te crearon mala conciencia abandonar el país y el proyecto de Árbenz, me preguntas? Conviene detenerse en esta decisión en la cual he pensado muchas veces. Con la perspectiva que da el tiempo, fue un error, un inmenso error, sí, que me creó mala conciencia: debí quedarme con Árbenz peleando hasta el fin, asumir ese compromiso con todas sus consecuencias, pero en esos momentos creí que iba a ser un héroe inútil, y la muerte retórica es más humillante que la misma muerte.

Evidentemente, en el ir a México abandonando la política activa, pesaron varios factores: estaba dolido por el hecho de que no hubiese salido mi candidato García Granados, frustrándose el proyecto que había detrás; pesaron también mis prejuicios antimilitaristas y la convicción de que los poderes fácticos me iban a enfrentar a Árbenz, por el que sentía respeto. Pesó también mi desprecio por comunistas como José Manuel Fortuny y Pellicer, que rodeaban a Árbenz, y contra los que escribí. Y como remate, me disgustaban también las personas elegidas por Árbenz para su gobierno.

La firme decisión de Árbenz de poner en vigor la Ley de Reforma Agraria en 1952-3, basada en los principios de la revolución mexicana, significó en el plano económico-social el paso más potente de la Historia del país. Esa reforma no la hicieron los comunistas, sino a pesar de los comunistas, que utilizaron el campo como estrategia para avivar contradicciones.

Parcelas en usufructo vitalicio, expropiación de hectáreas ociosas incluyendo las de la United Fruit, créditos del Banco Agrario.

Resultados: incremento de la producción en los campos recién sembrados, redistribución de fincas por temor a la expropiación, inicio de cultivos en tierras baldías.

Hubo errores doctrinarios y defectos técnicos, sí, y surgió la inevitable politización: líderes militares y civiles se enriquecieron, capitalizaron el reparto de tierras y el otorgamiento de créditos.

La reforma agraria despertó el aplauso de toda la izquierda internacional al gobierno de Árbenz, por su firmeza y coraje antiimperialista. Pero vivíamos momentos de estrategia militar de Guerra Fría. Estados Unidos vigilante y amenazante contra cualquier brote comunista, con la connivencia de la derecha guatemalteca y los afectados por las reformas, incluso de las clases menos favorecidas siguiendo el mensaje de la Iglesia católica.

La United Fruit era el león corporativo de la economía centroamericana, principal aliado de la oligarquía guatemalteca y con el monopolio de los ferrocarriles. Además, tenía relaciones íntimas con el gobierno de Eisenhower. Cuando Árbenz expropia sus fincas, la United envía a la CIA un claro mensaje: derrocar a Árbenz.

A finales de 1953, el alto mando del ejército guatemalteco, y después el embajador norteamericano, solicitaron que Árbenz se apartara de los comunistas. A la muerte de Stalin, el Congreso Nacional, del gobierno Árbenz, declaró tres días de duelo nacional.

¿Cómo pudo Árbenz caer en tan absurdo extremismo siendo un hombre reflexivo y realista?

Árbenz, con la reforma agraria y la lucha contra el monopolio del ferrocarril por la United Fruit, y calificado de comunista, cosa que nunca fue, selló su tumba política. Se quedó solo. Castillo Armas cruza la frontera el 17 de junio de 1954.

La invasión tuvo apoyo aéreo, bombardeo y metralletas la noche del sábado día 26. La resistencia se hizo imposible.

Árbenz no mandaba en el ejército enteramente, su grupo era una élite: los más competentes, no los más leales. Por otra parte Árbenz bebía muy duramente y eso le indujo a enroscarse en la convicción de que no había absolutamente nada que hacer y trató de evitar derramamientos inútiles de sangre. Se refugia en la Embajada de México y allí tiene una relación de gran violencia con su mujer y bebe aún más copiosamente.

Un hombre válido acaba destrozado políticamente, físicamente, psicológicamente, familiarmente. ¿Por qué la historia, su historia, tenía que acabar así? Cuando escribo que las dos cosas más difíciles son envejecer con dignidad y morir a tiempo, pienso en Árbenz, al que admiré profundamente por su lucha contra los privilegios.

Y aquí, como sabes, no acaba la historia Árbenz. Me gustó leer un artículo tuyo, muy antiguo, sobre la vida de Jaime Bravo, al que viste torear en Madrid y conociste personalmente. De origen lumpenescos, conocía todos los trucos para hacer fortuna.

Carismático, de ojos azules, conocimientos de inglés, era un auténtico depredador de mujeres. Torero valiente y vistoso, llegó a ser el ídolo de Tijuana. Coleccionaba romances con actrices de Hollywood que iban a Tijuana a verle torear. Se casó muchas veces y uno de sus matrimonios fue con Arabella, hija de Jacobo Árbenz, que, en plena luna de miel, se suicidó, disparándose un tiro en la cabeza. La escena ocurrió en un restaurante y en presencia de su marido. Árbenz asistió en México a su entierro.

Resumen de esta etapa

De 1944–1954, por primera vez en el siglo Guatemala conoció elecciones libres y, en los planos educacionales, fiscal, laboral y agrario, se lograba el paso de un feudalismo económico a un capitalismo moderno, como abanderaron Arévalo y Árbenz.

Con Castillo Armas, se devolvieron las tierras a la United Fruit y se cancelaron las reformas fiscal, agraria y laboral, ilegalizándose partidos políticos, sindicatos y organizaciones campesinas. Acoso al mundo indígena, asesinatos incluidos como los de la familia de Rigoberta Menchú, y el delirio de prohibir todo libro subversivo, desde Dostoievsky a Miguel Ángel Asturias, a quien se despojó de la ciudadanía. Y a mí me encarcelaron. En 1954 John Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano, proclama la caída de Árbenz como una gloriosa victoria para la democracia. Debió decir: gloriosa victoria para la ignominia.

A partir de 1954, con el país polarizado, la CIA ha sido el ariete de Estados Unidos para entablar una guerra sangrienta del gobierno y el ejército de Guatemala contra su propio pueblo: un bestial genocidio.

Árbenz y el Che Guevara

En 1971, en nuestras conversaciones en casa del presidente chileno Allende, Régis Debray, personaje ilustrado y de inteligencia combativa y generosa, centró muy bien la figura del Che: costumbres ascéticas, ausencia de vanidades mundanas, lucha por sus ideales con valor rayano en la temeridad, inteligencia fría, superando todo sentimentalismo e intimidación con una distancia que podía llegar a la crueldad con sus compañeros de lucha. El fin justifica los medios.

Guatemala fue la primera y decisiva experiencia del Che, experiencia que después aplicaría en Cuba.

Ernesto Guevara aún no era el Che, vino a Guatemala en noviembre de 1953. Asmático, lector voraz desde Marx y Lenin a Mariátegui, atraviesa una situación económica precaria y busca trabajo.

Considera la reforma agraria de Árbenz como un hecho histórico revolucionario, y sigue su proceso, día a día, hasta la

invasión norteamericana. Comprometido con esa causa política, juzga como deficiencias del gobierno de Árbenz: no purgar el ejército de los elementos desleales que permitieron infiltrarse a la CIA, excesiva complacencia frente a una Iglesia católica que apoyó a los que derrocaron a Árbenz, permitir a la prensa mantenida por la United Fruit excesos golpistas.

Ante la invasión inminente, había que armar al pueblo y conducirlo en una guerra de guerrillas desde las montañas. Ernesto Guevara creía en la lucha armada como único camino para salvar a un pueblo.

Entre las complacencias de Árbenz, el Che no incluía su relación con los comunistas, y para armar al pueblo había que contar con el apoyo de un ejército que ya estaba fracturado.

Con la invasión, Guevara pide asilo en la embajada argentina. En su diario, es lúcido y brillante definiendo situaciones y personajes. A Carlos Manuel Pellicer, comunista y dirigente campesino, lo califica como exaltado, ambicioso, al que un traspies puede colocar en situación de renegar violentamente de su fe. Yo añadiría que Pellicer era un pendejo.

José Revueltas

Gran amigo en México y quizás la persona más inteligente que conocí en mi vida. Pertenece a una familia de doce hermanos, todos artistas y de gran formación cultural, antisistema y rebeldes hasta la desesperación.

José reverenciaba a Silvestre, el mayor, músico genial que sufrió las mismas contradicciones de su hermano: fervorosos de la doctrina marxista, eran demasiado libres para someterse a la disciplinada militancia del rebaño comunista.

José sufrió lo que él llamaba la angustia de partido, la angustia de escritor del partido comunista. Los intelectuales, heterodoxos potenciales, se obligaban a vivir en constante estado de

autovigilancia, en la tortura de la autocrítica. No sólo estaban obligados en sus obras a un contenido social sino también a una tendencia pragmática y positiva.

Cuando publica José *Los días terrenales*, muy en la concepción sartreana del hombre como pasión inútil, su tesis no es precisamente positiva: luchemos por el comunismo para hacer a los hombres libremente desdichados.

Las críticas al libro fueron demoledoras. Según el aparato comunista, Revueltas pintaba al hombre como un ser inmundo e intenta demostrar que el partido del proletariado rebaja y aniquila la dignidad humana. El mismo Pablo Neruda dice que el misticismo destructor de José conduce a la nada.

Se retira el libro de la circulación comercial. Lo expulsan del partido en 1943. Una década después José hace una auto-crítica pública que es una penosa autoflagelación. Reingresa en el partido en 1956. Vuelven a expulsarlo en 1960.

Declara José en esos momentos, y es una declaración de principios y fines, que él nunca ha dejado de ser marxista y continuará siéndolo hasta el fin. Pero tiene dos enemigos: el dogmatismo de izquierdas y el capitalismo-imperialismo de derechas, adversario natural del revolucionario.

En 1961, en el Congreso del Partido Comunista, Jrushchov denuncia los crímenes de Stalin y el culto a la personalidad, y se comprueban todas las intuiciones y críticas de José Revueltas.

La segunda contradicción de los Revueltas es que la música de Silvestre, una de las más originales, inclasificables y sorprendentes del siglo; y la novelística de José, compleja y profunda, están en un estadio cultural inaccesible al proletariado con el que están comprometidos.

A José le añadiría una tercera contradicción. Combinaba una disciplina espartana de trabajo, en una mesa de orden impecable, con la otra disciplina de emborracharse todos los días

de dos de la tarde hasta las cinco, en compañía de unos amigos culturalmente romos pero de vino alegre. Dormía de cinco a siete y a esa hora se montaba una síntesis de comida, desayuno y cena, y escribía hasta las cinco de la mañana. Asombroso.

Silvestre murió muy joven, a los cuarenta años, deprimido y alcohólico. Puro malditismo, como su hermano Fermín, gran pintor. Silvestre se comprometió en la Guerra Civil española hasta el punto de alistarse con el ejército republicano. No pudo soportar la victoria del fascismo. Murió al año siguiente. Y a su muerte, unos versos de Octavio Paz y Pablo Neruda. Poco más. No me resisto a emplear el calificativo de genial a esa familia.

Mario Payeras

La guerrilla surge ante unos gobiernos militares que son auténticas máquinas para la destrucción de la dignidad humana.

Mario Payeras analiza, desde la óptica marxista, esa guerrilla desesperada y voluntarista, abarcando desde 1972 a 1985.

Para Payeras, espléndido escritor, la utilización política de las contradicciones del ejército hubiera dado el triunfo a la guerrilla. Tres eran las contradicciones principales. Primera: el ejército disputaba a la guerrilla unas masas populares que tenían intereses y valores distintos. Segunda: para estabilizarse, el ejército necesitaba hacer unas reformas que lo enfrentarían a su aliada natural, la clase dominante. Tercera: el apoyo imperialista le era imprescindible para sobrevivir, y ese imperialismo se negaba ya a subvencionar genocidios; exigía, al menos, una legalidad formal.

Además, el ejército tenía contradicciones de formación: unos habían sido preparados en academias norteamericanas y otros especializados en Taiwán; y contradicciones ideológicas: unos amparaban el orden institucional y otros eran directamente golpistas.

Años después, desde el gobierno Cerezo hubo una evolución ética que resistió las presiones de la extrema derecha, pero históricamente queda el inevitable poso de dolor y resentimiento.

Para Payeras, la lucha política precede a la lucha militar, entendiendo por lucha política la lucha de clases. La organización política de las masas precede a la organización del ejército revolucionario. La guerra es política concentrada.

Leí a Payeras con el mismo interés que tú, llegando a la misma conclusión: la guerrilla fue una solución límite ante una situación límite, difícilmente repetible. Hoy yo la veo como una fórmula caducada.

Lugares decisivos

Durante el terremoto de 1917, nosotros nos refugiamos en el Guarda Viejo. Para los muchachos, una mina de arena abandonada fue nuestra trinchera, jugábamos a indios, trepábamos a los árboles, nos reuníamos en cuevas. En la tierra derruida, Guarda Viejo fue un mundo de aventuras que continuamos en Petén.

En 1938, nomás graduarme de abogado, me ofrecieron un caso en Sololá, centro del mundo indígena, para defender a un señor que había robado ladrillos y del que nadie quería hacerse cargo por miedo al cacique local.

Acepté inmediatamente. Allí se daban todos los alicientes: aventura y riesgo, pilas para cargarme literariamente, mundos amoroso y sexual por explorar, idealismo salvador de una injusticia. Me sentí más conquistador que Cristóbal Colón y en realidad yo fui el conquistado.

Asesoraba a los indígenas y ellos me pagaban con pollos y bendiciones. Aprendí algo de cakchiquel; hice un gran amigo, Raxtún, que me enseñó leyendas y cuentos. Con la ayuda de

un albañil, construí una casa diseñada por mí, con tantos defectos arquitectónicos que fue la única que se salvó del terremoto nacional de 1976; los árboles que sembré son ahora los más gigantescos de la región.

Viví con una indígena tzutujil, con la que tuve una hija, Morena, bautizada según el rito local. La Morena murió recientemente. Perdí una amiga.

Mis amores con Rosa fueron un descubrimiento del viejo mundo. Me enamoré de Rosa como te enamoras de un color o de un misterio. Yo le contaba cuentos que habían creado los indígenas y ella me decía que las ovejas enseñaban a hacer el amor a las muchachas del pueblo.

Sololá fue una experiencia profunda e irrepetible.

En 1932, voy a París para estudiar Sociología, Política, Historia y Arte. Si Sololá fue un descubrimiento de lo primitivo mágico, París me refundó intelectualmente y sexualmente. Hacer el amor era una parte importante de esa elaborada cultura. París fue un espejo de mis carencias.

Allí estudié las fuerzas históricas que rebajan la dignidad del hombre y tuve conciencia de que los pueblos latinoamericanos, después de siglos siendo humillados, estaban solos ante el desafío de buscar caminos propios de liberación.

Guatemala. Revolución de 1944

Fue la época más intensa y plena de mi vida. Además de participar con voracidad celtibérica en todos los temas legislativos, organizaba el partido y escribía para su periódico, daba cursos de capacitación política, fundé con tu paisano Eugenio Granell la revista *AGEAR*, colaboraba en revistas extranjeras y publicaba novelas y cuentos. Me nombraron presidente del congreso y vicepresidente de la República. Por supuesto, ni en esa etapa hice voto de castidad.

¿Si calificaría la revolución cultural de 1944 como socialdemocracia en el plano político? Puede calificarse así, cómo no, aunque a muchos les sonara como bomba de relojería. Ahora, con la perspectiva del tiempo, sigo creyendo en su mensaje, aunque la globalización, el poder económico omnímodo y la decadencia organizativa de las clases populares y medias, lo haya desvirtuado.

No hay más camino salvador que los principios de la Revolución de 1944, hubo errores, claro, pero la salvación no estará nunca en las revoluciones armadas ni en las guerrillas, y extrapolar el modelo de Cuba o China es una alternativa al seguro fracaso.

32 años en México

Ingresé como investigador en 1951 en la UNAM y allí estuve hasta mi jubilación. En el plano cultural, di conferencias y cursos, colaboré en prensa y revistas científicas y literarias, hice programas de radio, escribí libros y teatro, y traduje del inglés y francés.

A pesar de esa actividad cultural intensa, nunca me abandonó la sensación de extrañeza, nunca me sentí plenamente integrado en la cultura mexicana. Para la crítica literaria fui siempre un escritor periférico. Mis relaciones con la jerarquía de la UNAM, que discriminaban descaradamente con su proteccionismo a los no nacionales, fueron malquerientes. No contribuyó desde luego mi personalidad que rompe, pero nunca dobla.

En el plano afectivo, hice amigos entrañables, como el escritor Andrés Henestrosa, el pintor Leonel Maciel, y uno de los creadores de un plan memorable para los campesinos: Norberto Aguirre. De José Revueltas ya hemos hablado.

Tú también opinas que la Guerra Civil española la ganó en el plano cultural el presidente de México, Lázaro Cárdenas, al recibir a los exiliados españoles entre los que estaban figuras

de la Ciencia, Medicina, Derecho, Cine, Historia y Literatura. Sí, México dio un salto intelectual cualitativo, y yo tuve la gran satisfacción de ser amigo de muchos de esos exiliados, especialmente del gran poeta León Felipe.

En México hay más violencia que ideas, tiene grandes desniveles culturales y sociales. Mathias Goeritz me tranquilizaba diciendo que los dos pertenecíamos a la lumpenburguesía y que vivíamos más modestamente que Marx en su casa de Trier.

Guardo de México el recuerdo de su generosidad.

El regreso a Guatemala

Regreso a Guatemala en 1986, después de más de treinta años de exilio. Me impongo el regreso como un deber y caigo en el idealismo mesiánico.

Pronto escribo: los nuestros ya murieron y los vivos ya no son nuestros; tierra desconocida que ya no es mi tierra; mis palabras ya no se usan, mis valores son pura literatura, mis mujeres amadas ya son abuelas.

¿Situación en ese momento del gobierno y de la sociedad, del ejército y de la Iglesia? El presidente Vinicio Cerezo, en principio, fue una esperanza. Después, con un gobierno no uniforme, perdió solvencia moral por su debilidad ante la violación de derechos humanos. Históricamente es imposible eximirlo.

La oligarquía, como siempre, ajena a su responsabilidad social y oponiéndose a cualquier reforma que aliviara las desigualdades.

El ejército y la Iglesia se habían convertido en entelequias, en abstracciones al margen de todo juicio crítico, cuando en realidad fueron dos decisivos poderes fácticos de influencia en la sociedad civil y protegiendo siempre a los sectores hegemónicos.

A la Iglesia católica le ha salido una competidora: las sectas evangélicas, que no atacan al poder, ayudan materialmente

a sus fieles y advierten del peligro de las diferencias sociales. Dentro de poco, aquí será todo el mundo evangélico, hasta el Papa de Roma.

En fin, para mí el regreso es más doloroso que el exilio. Sin la más mínima complicidad con una sociedad de bajísimo nivel cultural y ético, percibiendo ese resentimiento contra que el que se ha ido treinta años y no ha sufrido como ellos, la impotencia por no saber estar íntegramente y definitivamente con los humillados...

¿Libertad de expresión? Toda, eso sí, puedes escribir lo que quieras, pero ¿para quién escribes? ¿En qué lenguaje?

¿Que haga un voto de esperanza? Pues lo hago en una nueva clase empresarial, militar y sacerdotal, de formación progresista y concienciada de que, fuera del juego democrático, sólo cabe el dolor y la sangre. Quieren entrar en la Historia con las manos limpias. Son pocos pero son.

¿Mis sentimientos contradictorios con Guatemala? Te cuento. Guatemala, con su orografía agresiva, coloca al ciudadano en estado de vitalicia emergencia y sus indeseables acompañantes de violencia, represión y exilio. Mi formación es mediterránea, viví en México más de treinta años, tuve largas estancias en Europa, pero en Guatemala están mis raíces.

Profesionalmente, nuestra remotidad nos obliga a un trabajo aislado con dosis delirantes de mesianismo, una especie de exilio interior. En mi tierra soy un escritor clásico, es decir un escritor del que todo el mundo habla y casi nadie lee. Y la presión de ser persona considerada llega a ser sofocante, siempre esperan de ti más de lo que puedes dar. Los éxitos en el extranjero se deben a mi exotismo centroamericano, como un albino en África.

No separamos nuestra libertad individual de la libertad de nuestro pueblo, y ese compromiso en intentar hacer algo por nuestra identidad nacional, profundizar en los derechos humanos, alertar de la globalización, no es planteable en Europa donde

ya está todo hecho. Pero nuestro mundo literario no puede limitarse a fotografiar la miseria, sermonear sobre la lucha de clases o testimoniar la injusticia, porque caeríamos en el panfleto. Hace falta más. Y la literatura puramente escapista, al margen del partido social, el arte por el arte, refuerza la ideología de la extrema derecha. Encontrar ese equilibrio es camino doloroso. Tengo pasión por mi oficio, que es el más absorbente y frustrante que existe. Mi ideología de izquierdas y mi actitud literaria son complejas, como compleja es la situación que vivimos. Pienso que el arte creativo, enraizado en tu ideología, es siempre revolucionario y dialéctico con la realidad social.

En mi tierra, la magia es natural. El surrealismo lo cultivamos desde las culturas precolombinas y especialmente desde los mayas. Baste mirar el entorno, escuchar, personajes y naturaleza son de una riqueza fabulosa, mayor que la de la literatura. Observa. Campesinos bendiciendo a volcanes lanzando fuego porque las cenizas mejoran sus cosechas. Los santos más milagrosos y las desgracias más sangrientas. Indios que son príncipes vistiendo como mendigos y oligarcas que son mendigos vistiendo como príncipes.

¿Sentimientos contradictorios con Guatemala? Claro que sí, pero repito: ahí están mis raíces y ahí moriré.

Mi presente

Hoy el ritmo de vida es el pulso acelerado de la sangre. Un pintor hace una retrospectiva a los veinticinco años y a los veintiséis un escritor publica sus memorias. Todo tiene que ser rápido y divertido, hasta mis clases de semiótica. Las cosas se hacen para durar poco: ahí está el negocio. Recordaba Mathias Goeritz que el destino de la basura es el gran problema de las ciudades. Y cuando una civilización está amenazada por los desechos y residuos que genera, ha tocado fondo. Es el fin.

Y para llegar a ese fin se combinaron varios elementos. En las últimas décadas, la incapacidad intelectual de los gobernantes es insultante, desde Aznar, con su cara de marimbero, hasta ese Bush, que debían retirar a una de esas granjas que hasta los crucifijos huelen a vaca. Esos gobernantes no tienen ni una sola idea, sólo creencias, y no olvidemos a la gran Italia presidida por un Berlusconi que ni siquiera tiene creencias como no sea en la plata.

Y esa tribu dirigente, moviendo el culo como jamaicanas, provoca y se aprovecha del miedo de sus gobernados, miedo a un mundo tecnológico y nuclear fuera de su control, miedo a la inmigración y a nuevas enfermedades, a no saber si la bomba se la pondrán los terroristas de aquí, los contraterroristas de allá o el suicida iluminado.

La vida ya no vale nada. Cuando al presidente Obregón, de México, le aconsejaban tomar medidas de seguridad, contestó: «¿Para qué? Cuando alguien quiera cambiar su vida por la mía, soy hombre muerto». Nunca ha sido más inútil prever. Y ese miedo, el sistema también lo ha convertido en negocio, como la basura.

El tercer elemento es el fundamentalismo, no sólo el religioso o nacionalista, me refiero al fundamentalismo democrático. La democracia es un medio, no un fin. La democracia ya es insuficiente. Y a ver cómo carajo rompes una progresión histórica basada en máquinas y computadoras, amoralidad y negocio. Hace falta una revolución total, inimaginable, con nuevas ideas. Y es peligroso soñar. Los sueños sólo alimentan a los dormidos.

¿En qué invierto ahora mis emociones? Hago gimnasia y monto a caballo, escribo mis memorias y los artículos puntuales, releo y escucho música, juego al ajedrez, no abandono la poesía, convivo con los amigos que me quedan, saboreo los buenos vinos, atiendo la fundación que lleva mi nombre, sigo

la versión cinematográfica de mi novela *Donde acaban los caminos*, colaborando en el guion. Viajo con mi enfermiza curiosidad a los lugares donde ofrecen algo nuevo artísticamente, ahora Alemania me interesa mucho, están haciendo cosas importantes en plástica, danza, teatro.

No empleo la esperanza hacia atrás, inventándome misericordiosamente el pasado. Por mi desesperado amor a la libertad, hice lo que quise sin desmedido daño para nadie. Nunca supe pedir, ese revolverse humilde sin humillarse, y ya no tengo fuerza para cambiar. He vivido mucho dentro de mí y pude caminar con muchas cosas ocultas.

La amistad, para los escritores, es difícil. Nos quejamos de que no hay crítica literaria solvente, y cuando surge esa crítica y es negativa, se nos sube la ira. Una obra cuesta años de esfuerzo y nos alimenta la vanidad. No buscamos amigos, queremos admiradores, cómplices, aduladores tiernos como caballos. A los intelectuales también nos hace falta un movimiento de liberación para salir de la jaula. En el fondo, sólo esto: necesitamos que nos necesiten.

En el terreno social, sin el filtro de la actividad política, soy más radical que nunca. El mejor modo de reverenciar la vida es el compromiso con los humillados, pero siempre me faltó el fervor para unirme a los todos. En su autobiografía, Orozco recordaba una reunión constituyente de un sindicato de artistas revolucionario, con Diego Rivera y David Siqueiros como líderes. Siqueiros sostuvo que el arte siempre se había hecho y debía seguir haciéndose colectivamente. Orozco le contestó: «David Siqueiros mentía. El arte siempre lo ha hecho el hombre solo, solo como ama y solo como muere». Y solo, sigo pateando, defendiendo mi dignidad, aunque ofrecer arte, belleza e ideas a los becerros de oro, es como tocar el violín a una tribu de sordos.

Futuro

Viviéndola, la Revolución de 1944 me parecía el futuro. Fue una revolución cultural, inclusiva de todas las clases sociales, con valores universales y una gran carga ética, y políticamente encajaba en una socialdemocracia. La socialdemocracia, por definición, es un factor equilibrante entre ideologías polarizadas, un pacto de capital y trabajo para redistribuir la renta, aceptando la economía de mercado. Pero nos confiscaron ese futuro.

Tú eres un apocalíptico intelectual: el progreso acelerado tecnológico y científico contrasta con la atonía de las ideas. Hay un Apocalipsis intelectual, dices, porque la creatividad humana ha llegado al límite en el terreno del puro pensamiento. Sólo se piensa lo ya pensado. ¿Es posible al menos, preguntas, si descartamos como utópica la creación de la idea jamás pensada, el planteamiento de Foucault de pensar de otra manera?

Si tú eres un apocalíptico intelectual, yo soy un apocalíptico tecnológico. Mi formación es literaria, sociológica, política, no filosófica. Y desde mi punto de vista, llegamos a la misma conclusión. La epilepsia tecnológica, movida por el poder económico, conduce inevitablemente al pensamiento cero. Europa y el mundo se suicidan sustituyendo Ilustración por crecimiento.

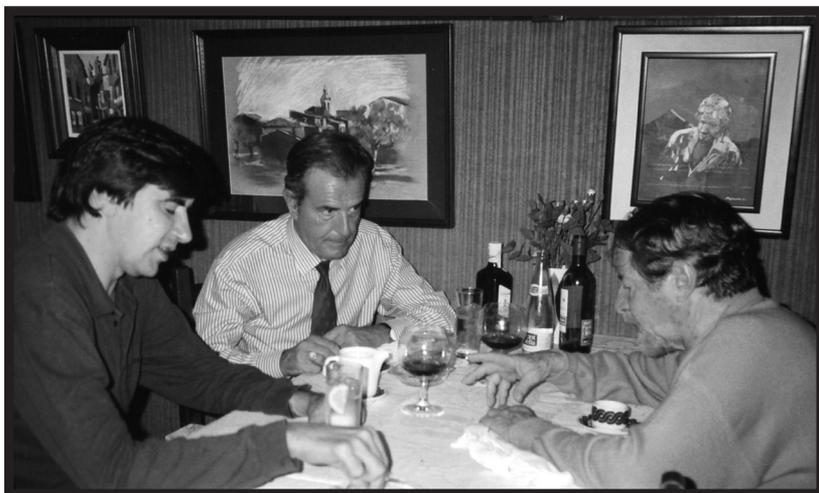
¿Cómo recuerdo el futuro? Buena pregunta. Recuerdo el futuro con el poder financiero aplastando al poder político, y a los mercados globalizados dominando el mundo al margen del juego democrático.

Así recuerdo el futuro, Juanjo. Así recuerdo el futuro.

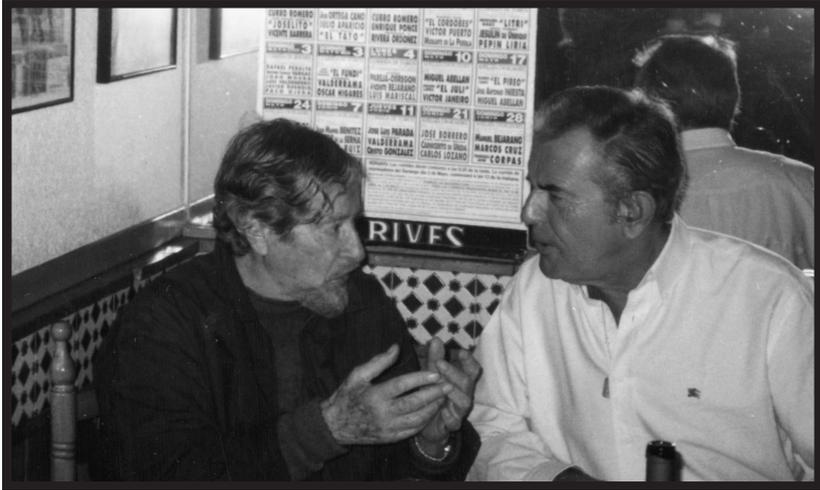
Anexo



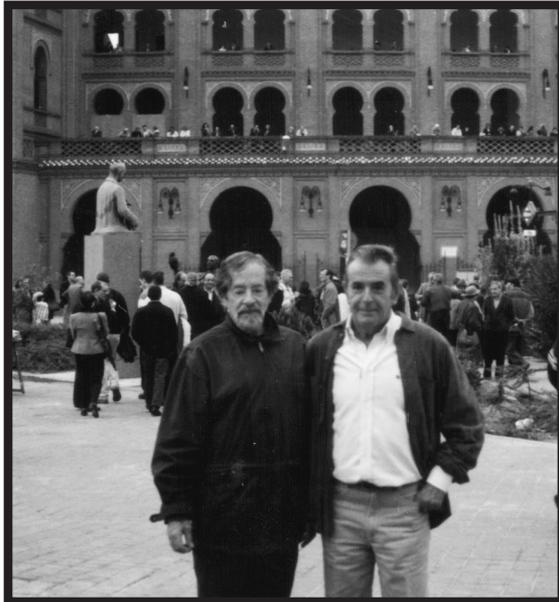
Con Marga y Eliseo Bayo, cena de cinco (1998).



Madrid. Mario Monteforte Toledo con el dr. Sabanés, psiquiatra y poeta (1998).



Madrid. Mario Monteforte Toledo y Juan José Suárez Losada en el restaurante taurino El Albero (1998).



Madrid. Mario Monteforte Toledo y Juan José Suárez Losada en la plaza de toros Las Ventas (1998).

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2018,
en los talleres de Gare de Creación, S.A.
Guatemala, Centro América.



Mario Monteforte Toledo se llamaba; así nomás. Dueño de tanta luz, su totalidad, igual que la de los dioses, no humillaba. Supo abrirle radicales ojos de agua a la resequedad de los abecedarios.

En los signos de puntuación que distribuyó entre catedrales volterianas, tuvieron sitio silencios proclamados por diamantes y cantos como lo único verdadero de la Tierra, sin una sola nota de más.

Digno de sí mismo frente a un espejo que duró casi un siglo, contribuyó a que los demás también lo fuesen frente a azogues que no durarán tanto. Monteforte Toledo era su rostro y su rostro era su nombre.

Igual que algunos de sus personajes, toda su vida practicó la valentía de la soledad.

Sin buscarlas, encontró contraseñas que sólo podían obtenerse en las páginas de unos cuantos autores franceses, chinos y japoneses. O en su amistad exacta con León Felipe. O en sus diálogos memorables con Nehru, Nasser, Sukarno y Tito.

Sólo 22 años tenía cuando conoció a Joyce, pero, sobre todo, a Ezra Pound, cuya obra fue su más profunda y constante escuela literaria.

En Nueva York y en más de un café parisino también encontró, sin buscarlas, las cadencias dejadas por Fitzgerald, Hemingway y Dylan Thomas.

A la más alta escritura pensada y respirada en idioma español legó novelas, cuentos, álbumes de crónicas y cuadernos de reflexiones con dibujos. Una literatura demasiado grande para el pequeño continente donde nació.

Hijo, hermano, padre, amigo del alma, punto cardinal siempre claro, Mario Monteforte Toledo se llamaba; así nomás.

Donde hace mucho se acabaron los caminos de los demás, dio inicio su eternidad de autor. En la memoria de sus más fieles lectores, sólo a él jamás le llegará el olvido. Sólo a él.

JOSÉ LUIS PERDOMO ORELLANA

